

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El emperador del Cielo y la Tierra, vol. 1 y 2

Soy Carlomagno, el emperador del Cielo y la Tierra. A usted debe de parecerle una excentricidad exagerada, pero cuando estoy en este lugar me siento como un emperador así que mis empleados me llaman así. Estas cosas se aprenden en la escuela a muy temprana edad. ¿Qué niño, qué escolar, no ha estudiado a Carlomagno? Hijo de Pipino El Breve, rey de los francos, nacido en el año 742 de nuestra era, y muerto en el 814 aunque hay quien dice que no nació en el 742, sino en el 747 o en el 748. También, algunos historiadores le atribuyen cinco esposas, no cuatro. Además, ¿qué tiene de malo sentirse emperador?



Lou Carrigan

El emperador del Cielo y la Tierra, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 286

ePub r1.1
Titivillus 29.09.2017

Lou Carrigan, 1980
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Preludio en la niebla

Por los altavoces del aeropuerto de Heathrow, cercano a Londres, fue anunciada la llegada del vuelo de la British European Airlines procedente de Viena, y entonces, los dos hombres que esperaba sentados en el vestíbulo se miraron y sonrieron.

—Menos mal —dijo uno de ellos—… Temí que la niebla obligase a desviar el vuelo hacia otro aeropuerto.

—Ya te dije que no había tanta como para eso. Las pistas quedan perfectamente iluminadas, así que no podía haber problemas. Es una niebla amable. ¿Vamos para allá?

El otro asintió, y se puso en pie, imitando a su compañero. Más allá, otros dos hombres que también esperaban, uno fumando pensativamente y otro leyendo una revista, captaron el movimiento de estos dos, los miraron, y alzaron las cejas con gesto interrogante. Acto seguido se pusieron en pie también, y se acercaron a los dos primeros.

—El avión aún tardará unos minutos —dijo uno de los recién incorporados.

—Vale más estar prevenidos.

—Prevenidos… ¿para qué?

—No sé. Pero sabéis muy bien que últimamente están ocurriendo cosas extrañas. Vamos a separarnos, y esperaremos afuera ese avión.

—¿Quiénes vienen con ese sujeto?

—Bradford y Payne. Se desplazaron expresamente a Viena para recogerlo.

—Dos buenos elementos —comentó otro—… Pero, en fin, que no se diga que los del servicio secreto británico nos ganamos la sopa sin hacer nada. ¿Vamos?

En dos grupos de nuevo, salieron del aeropuerto, y fueron hacia la zona donde desembarcarían los pasajeros de aquel vuelo

procedente de Viena. Todo parecía tranquilo, normal. La niebla, en efecto, no era lo suficientemente espesa como para impedir el aterrizaje de los modernos aviones, equipados con toda clase instrumentos de precisión, por otra parte. De todos modos, allá estaba, formando como una leve humareda que, básicamente, era fría.

—Linda primavera —mascculló uno de los espías británicos.

—Me parece que llevas un cabreo de los buenos —le miró su compañero, sonriendo.

—Hombre, ¿qué te parece? A un sujeto cualquiera se le ocurre negociar con nosotros, seguramente sobre cualquier tontería, y ya tienes al MI6 en marcha, movilizando dos agentes a Viena, cuatro en el aeropuerto… ¡Ni que ese tipo fuese la Reina!

El otro encogió los hombros, y miró hacia donde estaban los otros dos, a menos de cincuenta metros. Hubo un guiño, una mirada sonriente y eso fue todo. A fin de cuentas, eran cuatro espías bien entrenados, de modo que podían estar seguros de sí mismos y tomarse las cosas con tranquilidad. Eran huesos muy duros de roer, sin duda alguna…, si es que llegaba el caso de que alguien quisiera morderlos.

El avión apareció por fin, parpadeando sus luces entre la niebla, cada vez más ligera, de modo que se veían por encima algunas estrellas en el negro cielo. Sin novedad alguna, el rutilante y poderoso monstruo del espacio tomó tierra, rodó sobre las líneas de pintura reflectantes indicadoras, y se fue acercando al punto de estacionamiento que por supuesto le habían indicado desde la torre de control. Allí no había azar, ni improvisaciones, ni temeridades: todo estaba medido, estudiado, controlado.

Finalmente, muy cerca del edificio del aeropuerto, los pasajeros comenzaron a descender del avión. Las miradas de los cuatro agentes del MI6 británico estaban fijas en la portezuela, como fotografiando a todas las personas que salían por ésta. Sabían que los últimos serían sus compañeros Bradford y Payne, acompañando al hombre que habían ido a buscar a Viena, y que los tres se dirigirían hacia el automóvil que les esperaba estacionado cerca del edificio, directamente sin pasar por las aduanas ni nada parecido. Cuando ese coche se pusiera en marcha, ellos cuatro irían al otro, que estaba estacionado detrás, y los seguirían, garantizando así el

feliz término del viaje hasta Whitehall, en Londres.

Cosa fácil, rutinaria.

En efecto, mientras los pasajeros corrientes se alejaban del avión, tres hombres aparecieron en lo alto de la escalerilla. Uno de ellos era delgado, de estatura mediana, vestido con vulgaridad, y debía de tener poco más de cincuenta años. Los otros dos, detrás del primero, destacaban fácilmente, altos, atléticos, de facciones más duras, de mirada inquieta…

—Ahí los tenemos.

Los tres hombres bajaron a la pista, y comenzaron a caminar hacia donde esperaban los dos coches.

Entonces, todo dejó de ser rutinario.

La camioneta de la BEA (British European Airlines) utilizada por el personal de los servicios de mantenimiento de los aviones de esta línea aérea, apareció como brotada del asfalto, o, mejor, como un fantasma podría aparecer de entre la niebla. Lanzada a toda velocidad, se detuvo en seco a pocos metros de los tres hombres recién llegados de Viena… Las puertas de atrás se abrieron de golpe, y varios hombres saltaron al suelo, directos hacia los recién llegados. Entre la niebla, fue perfectamente visible el brillo de sus armas… Corrían tanto que uno de ellos tropezó apenas saltar de la camioneta, y cayó de bruces…, mientras por el suelo, cerca de él, se deslizaba una pistola, lejos del alcance de su mano.

Uno de los de la camioneta ya había disparado, y uno de los que acompañaban al hombre de mediana edad lanzó un alarido, saltó hacia atrás, y cayó de cabeza…, mientras el atacante que había caído al suelo se ponía en pie rápidamente, gritando algo que nadie pudo entender…, e interponiéndose en la línea de tiro de uno de sus compañeros de la camioneta, con tan mala fortuna que la bala le alcanzó en la espalda…, mientras por delante recibía otro balazo, disparado por el segundo acompañante del hombre de mediana edad…, y recibiendo a su vez varios balazos disparados por los hombres de la camioneta…

Si el MI6 se hubiese limitado a utilizar a estos dos hombres para recoger al otro en Viena, el asunto habría terminado así, con la derrota de Bradford y Payne y el secuestro o muerte del hombre de Viena, pero…

… Pero en el aeropuerto había cuatro hombres más del MI6, que

comenzaron a disparar, mientras corrían hacia los atacantes. La sorpresa de éstos fue evidente. También era evidente que estaban informados de la llegada de aquel hombre que les interesaba, pero no de las últimas medidas de seguridad tomadas por los mandos del MI6. Así que, como consecuencia inmediata, otro de ellos fue alcanzado por un balazo en el vientre cuando se giró, con expresión desorbitada, tras recibir el anterior en la espalda. En un instante, la situación cambió por supuesto favorablemente a los cuatro hombres que habían estado esperando en el aeropuerto. Habían derribado ya al segundo atacante, y los demás, desconcertados, habían dado media vuelta y corrían de regreso a la camioneta de la
B. E. A.,
a cuyo interior saltaron rápidamente, uno de ellos ya cojeando, dando trompicones los últimos pasos…

La camioneta partió como disparada, batiendo con fuerza las puertas, que no habían sido cerradas, y los cuatro agentes británicos, pálidos, pareció que no sabían qué hacer. Pero eso fue sólo un instante. Inmediatamente, uno de ellos echó a correr hacia donde estaban los dos coches, de los cuales se habían apeado sus conductores, armas en mano pero desorientados.

—¡Thomas! —gritó uno de los que corrían a otro de sus compañeros—. ¡Ve a ver qué pasa con Payne y Bradford, nosotros vamos tras esos tipos…!

Uno de los que habían esperado en el aeropuerto desvió su marcha hacia donde yacían los dos compañeros que habían llegado de Viena, mientras los otros tres corrían hacia el primero de los coches, se metían dentro, y el conductor, de nuevo ante el volante tras comprender por fin lo que convenía hacer, ponía el motor en marcha, maniobraba rápidamente, y partía a todo gas en pos de la camioneta, rechinando los neumáticos sobre el húmedo conglomerado de las pistas…

No tuvieron que viajar mucho, ciertamente.

La camioneta apareció enseguida, visible entre los jirones de niebla, detenida. El conductor del coche británico frenó tan rudamente que todos fueron desplazados hacia delante.

—Cuidado —jadeó el que había gritado la orden a Thomas—… ¡Mucho cuidado con esos tip…!

El rumor de un helicóptero llegó hasta ellos. Se quedaron como

petrificados, mirando alrededor; luego, apretando los labios. Vieron todavía durante un par de segundos el potente helicóptero que desaparecía entre la niebla, sin luz alguna, y volvieron a mirar hacia la camioneta, que, ahora lo sabían con toda certeza, ya estaba vacía.

—La madre que los… ¡Busquemos un helicóptero!

Cinco o seis minutos más tarde, podían haber dispuesto de un helicóptero para emprender la persecución, pero todos sabían ya que era perder el tiempo, así que desistieron. Para entonces, había ya policías por todas partes, y se oía la sirena de una ambulancia llegando… Los agentes británicos caminaron hacia donde esperaba el hombre llegado de Viena, y Thomas, y los dos compañeros caídos en el suelo…

—Payne ha muerto —susurró Thomas—… Bradford quizá se salve, no sé…

Los demás estaban muy pálidos, igual que el hombre que había llegado de Viena, y que parecía una estatua, como si no comprendiese nada de nada…, pese a que todo había sucedido por su causa.

—¿Y esos dos? —señaló un británico hacia los dos hombres que habían llegado en la camioneta, caídos algo más lejos.

—Uno se llama Ivo Pavelic, tengo su pasaporte… El otro no lleva documentación encima, pero le conocemos bien: se llama Walter Summers, y es agente de la CIA.

Capítulo primero

El rojo Thunderbird apareció por la rampa de descenso al primer sótano del estacionamiento subterráneo del Crystal Building, el lujoso edificio sito en la Quinta Avenida de Nueva York. Inmediatamente, los dos empleados de servicio dejaron de hablar, se miraron, y se hicieron un alegre guiño.

—Ahí llega… Conozco ese Thunderbird desde un millón de millas de distancia.

—Unos tanto y otros tan poco —suspiró el otro—… ¿Para qué querrá tres coches? Un Thunderbird, un Cadillac, y un Dodge. ¡Y todo para una sola persona!

—El Cadillac y el Dodge están ya muy viejos —encogió los hombros el primero en hablar—… De todos modos, ella merece lo mejor. A ver: ¿cuántas personas en toda tu cochina vida te han dado mil dólares de propina por Navidad?

—Sólo una.

—¿Y quién fue esa persona?

—Pues ella: la señorita Montfort.

—Entonces, no refunfuñes y vamos a ayudarla.

—¿Y quién refunfuña? —protestó el hombre—. ¡Si de mí dependiese, la señorita Montfort tendría lo mejor del mundo!

—Ya lo tiene —rió el primero—… Tiene dinero, buenos amigos, vive como una reina, es famosa, inteligente, guapa, simpática… ¡De modo que tiene derecho a pegarse la vida padre!

El Thunderbird pasó junto a ellos, hacia su plaza de estacionamiento. Al volante, la señorita Montfort volvió la cabeza hacia los dos empleados, sonrió, y agitó una manita por la ventanilla.

—¡Hola! —saludó—. Jason, Sammy… ¿qué tal?

—Hola —sonrieron los dos.

Y echaron a correr detrás del coche, de modo que cuando, tras

detenerlo, Brigitte Montfort se apeó, ellos ya estaban allí, con el tiempo justo para que Jason le abriese la portezuela.

Era como abrir la puerta que dejaba escapar toda la belleza del mundo. Más de metro setenta, un cuerpo esbelto y bellísimo, la piel de un tono dorado por el sol que siempre dejaba pasmado al buen Jason, los movimientos elegantes y vivos, Brigitte Montfort podía ser la representación viva de la Belleza. Sus cabellos largos, suavemente ondulados, aparecían algo alborotados, como una deliciosa aureola en torno al dulce rostro de grandiosos ojos azules. Con aquellos ojazos, con aquella boquita sonrosada, el hoyuelo vertical en la barbilla, Brigitte podía haber sido la *starlet* más famosa del mundo si hubiese aceptado las propuestas que había recibido en gran cantidad en ese sentido.

Propuestas que olvidaba inmediatamente. No le interesaba el cine, sino la realidad, la Vida. Una vida que mucha gente se esforzaba en complicar con turbios manejos. Y cuando esto sucedía, la dulce y encantadora señorita Montfort se convertía en la secretísima agente «Baby» un ser frío, implacable, inexorable. Pero esto, claro, no lo sabían Jason y Sammy. No sabían cuántas y cuántas veces se había jugado su propia vida la señorita Montfort. Para ellos, era una muñequita de lujo mimada por la Vida… No había que culparlos, de todos modos, ya que sólo la veían cuando llegaba de alguna recepción, elegantísima con su vestido de noche; o de su lección de judo, flexible y deportiva; o, como en esta ocasión, de adquirir nuevos elementos para su extenso vestuario… Cajas y más cajas llenas de «cosas de mujeres», todas con la etiqueta de
Rachel's,
la famosísima tienda de modas de la Quinta Avenida…

—Permítanos ayudarla —se ofreció Jason, que conocía a Brigitte hacía años—… ¡Lo haremos con mucho gusto!

—Gracias, Jason. ¿Todo bien?

—Todo estupendo. ¡Y más ahora que la estamos viendo!

—¿Sabe? —sonrió Sammy—: Jason está enamorado de usted. Brigitte sonrió, miró a Jason, y suspiró:

—Hace años que yo también estoy enamorada de Jason —dijo con graciosísimo gesto—… ¡Pero nuestro amor es imposible! Podrían encarcelarme por seducir a un menor de edad.

Los dos hombres soltaron la carcajada.

Con motivos, porque Jason había cumplido ya los sesenta años, tenía esposa, tres hijos, y siete nietos.

—Yo no soy menor de edad —aseguró Sammy.

—No, es cierto —reflexionó la divina espía—… Pero es demasiado bajito para mí.

Quien más rió ahora fue Jason, porque Sammy, a sus veintitantos años, era posiblemente el tipo más larguirucho de Nueva York. Y por supuesto, el más desgarbado y flaco, con una enorme nuez de Adán que subía y bajaba a cada sílaba, como una bolita… Todavía riendo, los dos hombres cargaron con los paquetes, y se dirigieron hacia los ascensores, precedidos por Brigitte. Depositaron las cajas en el del centro del ascensor, y salieron, apartándose a ambos lados. Los dos sabían muy bien que no recibirían propina alguna. La señorita Montfort no daba propina jamás: simplemente, pagaba los servicios… Pero los pagaba de tal modo, con tal generosidad, que no hacían falta las propinas.

—El señor Minello está arriba —dijo Jason.

—Santo cielo —se estremeció Brigitte—. ¡Espero que no haya venido a contarme uno de sus malísimos chistes! Gracias a los dos. Y que Dios les bendiga por ayudar a pobres muchachas desvalidas.

El ascensor se elevó, y los dos hombres se quedaron allí, como clavados al suelo.

—¡Ay! —suspiró Sammy—. ¡Por una mujer así, yo me cortaba las piernas, para ser más bajito!

—Si eso de cortarse las piernas fuese un remedio, el señor Minello lo habría hecho ya hace años —musitó Jason—… El pobre está enamorado como un loco de la señorita Montfort desde siempre…

La señorita Montfort había detenido el ascensor en el vestíbulo. Salió a éste, y fue directa hacia la conserjería, donde Pete, como siempre, leía el periódico. Los gruesos cristales oscurecidos de la entrada amortiguaban casi totalmente el rumor del tráfico en la Quinta Avenida, en la que se veían algunas rayas de luz solar, y, más allá, la amplísima zona verde y soleada de Central Park. Pete debió de oír las pisadas en el amplísimo vestíbulo adornado con plantas y cuadros, confortablemente amueblado con un par de sofás y algunos sillones. Al ver a Brigitte, dejó el periódico a un lado, y

salió disparado a su encuentro.

—Buenos días, señorita Montfort… ¡Hermosa mañana!

—Hola, Pete. Pues sí, un día espléndido…, lo que ya nos correspondía, después de esos terribles fríos y las nevadas. ¿Tengo algún recado?

—El servicio de Correos no ha tenido hoy el privilegio de enviarle nada a usted —sonrió el viejo Pete—. Pero tiene visita en el apartamento.

—Sí, ya sé. Frankie ha venido…

—Oh, no se trata de él. Al señor Minello ya no lo considero una visita, desde hace años. Me refiero a tres damas imponentes, que han llegado a paso de formación. Una de ellas, que naturalmente debe de ser el jefe del pelotón, ha dicho llamarse *Mistress* Rutheford.

—Dios mío —gimió Brigitte—… ¡Oh, no! ¡*Mistress* Rutheford a merced de Frankie! ¡Adiós, Pete!

—Adiós —rió el conserje.

Sin ninguna mala intención ni pensamiento pecaminoso, estuvo mirando las hermosísimas piernas hasta que las puertas del ascensor se cerraron. Nada de malos pensamientos. Simplemente, él apreciaba la belleza, y pese a los años que llevaba contemplando aquellas bellas piernas, no se cansaba de hacerlo… El velocísimo ascensor llegó en pocos segundos a la planta veintisiete, y Brigitte salió a toda prisa, corriendo por el pasillo y sacando ya el llavín de su bolso. ¡Dios bendito, aquellas tres pobres damas a merced de Frankie! A buen seguro que las había sofocado ya varias veces con sus terribles chistes, y las pobres no debían de saber qué hacer ni cómo librarse de aquel energúmeno simpático y atolondrado que lo mismo le daba por ponerse a contar chistes, que las invitaba a bailar, o a tomar un trago «para limpiar esos viejos intestinos petrificados»… ¡Frank Minello era capaz de poner en práctica cualquier idea que se le ocurriese!

Abrió la puerta, entró, y cerró con deliberada fuerza, para que el portazo llegase hasta el salón. Cuanto antes avisase a Frankie de su fiscalizadora presencia, mejor, más cosas podría evitar. En el salón no se oía nada, pero Peggy apareció a toda prisa por el ancho pasillo, acudiendo a su encuentro.

—Ah, señorita, ya está de vuelta. La están esperando…

—Ya sé, ya sé, Peggy… Por favor, ve a recoger unos paquetes

que he dejado en el ascensor.

—Sí, señorita.

La rubia, pecosa, tímida y simpática Peggy, ama de llaves de la señorita Montfort, se dirigió hacia la puerta, mientras Brigitte lo hacía en dirección al salón, comenzando a oír ya la voz de Frankie… ¿Qué estaba diciendo?

—… con lo que tendríamos entonces —sonaba inconfundible la voz de Frank Minello—, que yo les habría hecho a ustedes unos niños encantadores. Y muy sanos y fuertes. Podríamos… ¡Brigitte!

Sofocada, Brigitte apareció en la puerta del salón, mirando aterrada y furiosa a Minello. ¡No había llegado a tiempo, él les había soltado una terrible inconveniencia! ¿Cómo se había atrevido a decirles que él «les haría unos niños» a *Mistress* Rutheford y a las otras dos señoras?

—Buenos días —saludó Brigitte—… ¡Oh, *Mistress* Rutheford, no sabía que iba a venir hoy! Siento mucho que…

Las tres damas se habían puesto en pie como impulsadas por el mismo resorte. Eran lo que Minello habría definido como «tres viejas cacatúas que se han caído del árbol y ya no saben volar para volver a él». La mayor de ellas, *Mistress* Rutheford, acudió al encuentro de Brigitte, tendiendo ambas manos, que Brigitte tomó afectuosamente, inclinándose acto seguido para besar las mejillas de la dama, y recibir el mismo obsequio. Saludo que fue repetido con las otras dos, asimismo viejas conocidas de Brigitte, que hablaban haciendo gorgoritos y que miraban a Minello con ojos brillantes.

—Lo siento tantísimo —se disculpaba Brigitte—… Tenía que hacer unas compras, así que…

—No se preocupe, querida —pareció cantar *Mistress* Rutheford—… Nos agrada mucho estar aquí. Y además, el señor Minello nos ha entretenido muy amablemente con su encantadora charla.

—¿De veras? —exclamó Brigitte.

—Hola —farfulló Minello, alzando un brazo—… A mí ni siquiera me has saludado.

—Hola, Frankie.

—Hola —volvió a farfullar éste.

—Nos estaba diciendo el señor Minello —prosiguió *Mistress* Rutheford— que él podría hacernos unos niños encantadores, sanos y fuertes, si nosotras construíamos el gimnasio en nuestra

institución. ¡Está bien claro que el señor Minello es un caballero muy amable y generoso!

—Sí —se sofocó ahora Brigitte de bochorno hacia sí misma—… Ya lo creo que sí. ¿Les estaba diciendo a ustedes… que él… entrenaría en el gimnasio a unos niños, para hacerlos fuertes y sanos?

—¡Exactamente! Claro que… Bueno, eso ya sería abusar demasiado de usted, *Miss* Montfort. En realidad, hemos venido a hacerle una de nuestras peticiones, pero comprendemos que… Sí, no hace mucho que usted ya contribuyó muy generosamente, pero las necesidades…

—*Mistress* Rutheford, ya le dije a usted que *nunca* vacilasen en venir a pedirme lo que fuese necesario. Por favor, siéntense… Ah, veo que Peggy las ha atendido debidamente… ¿Quieren más té?

—No, no, gracias. —Las tres damas se sentaron, y Brigitte lo hizo también, en el centro del sofá—. El señor Minello ha sido un anfitrión excedente. ¡Y es tan simpático…! ¡Además, fue campeón de boxeo! ¿No es así, señor Minello?

—Sí —masculló Frankie—… Campeón, eso es.

Brigitte lo miró, captó el guiño de su amigo, y se las arregló para contener la carcajada.

—Sin la menor duda —dijo—. Frankie ha sido siempre un excelente boxeador. Bien, *Mistress* Rutheford: ¿cuánto, esta vez?

—Oh, pues… Bien, con unos diez mil dólares podríamos hacer casi todo lo que es más urgente…

—Pero no el gimnasio. ¿Cuánto costaría un gimnasio como el que tú imaginas, Frankie?

—Doscientos cincuenta mil —dijo Minello.

Las tres damas casi saltaron de sus asientos, y se quedaron mirándolo con expresión desorbitada. Expresión que aún se desorbitó más cuando oyeron a *Miss* Montfort:

—Les entregaré ahora un cheque por veinte mil dólares. Lo del gimnasio espero conseguirlo en una semana.

—¿Qué…? —balbuceó *Mistress* Rutheford.

—Ya tenemos gimnasio —dijo tranquilamente Frankie.

—Pe-pero… dos-doscientos cincuenta… cincuenta mil dó-dólares… —tartamudeó *Mistress* Rutheford.

—Brigitte y yo atracaremos un banco. ¿Más té, señoras mías?

Ah, ya han dicho que no. Claro, lo comprendo: deben de estar esperándolas para el almuerzo. Yo creo que no deberías entretenerlas tanto, Brigitte.

Ésta le dirigió una mirada de reojo, asintió con la cabeza, ante las protestas de las tres damas, y fue a su despacho. Extendió un cheque por veinte mil dólares contra el First National Bank, y regresó al salón.

—Bien, aquí tienen el…

Se calló bruscamente. Su mirada fue vivamente, con un inicial gesto de sobresalto que no pudo evitar, de uno a otro de los dos hombres que estaban de pie cerca de la puerta del saloncito que daba al pasillo. Minello estaba mirando el techo, y ponía los labios como si estuviese silbando. Las tres damas, sentadas muy tiesas, no sabían adónde mirar. Y Peggy, que había dejado los paquetes a un lado de la entrada, no sabía qué hacer.

—Ah, señor Pitzer —resolvió Brigitte la situación—… Ha sido muy amable al venir; estoy segura de que resolverá magníficamente la decoración floral de la terraza para esta primavera. Les atenderé enseguida.

—Gracias —murmuró Charles Alan Pitzer.

El otro no dijo nada. Había un gran contraste entre los dos hombres. Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA, y por tanto jefe local directo de la agente Baby, era menudo y delgado, de ojos pequeños y vivos, algo calvo, expresión un poco hosca. El otro, bastante más alto, era atlético, impresionante con su larga cabellera grisácea, parecida a la melena de un león, y sus grandes ojos de mirada reposada y penetrante. Era ni más ni menos que Mr. Cavanagh, el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA en todo el mundo. Y por tanto, jefe directísimo de la agente Baby. Inquietante visita.

Las tres damas se habían puesto en pie, y Brigitte fue hacia ellas. Les entregó el cheque, cortó las expresiones de agradecimiento, sonrió cuando se despidieron del «encantador» señor Minello, y las acompañó a la puerta del apartamento. Cuando regresó, los dos visitantes se habían sentado.

—¿Qué pasa? —exclamó Brigitte—. ¿Algo hice mal en mi último trabajo?

Mr. Cavanagh se puso en pie, y fue hacia ella, cojeando.

Recuerdo de un balazo recibido en la cadera años atrás, en una refriega entre espías, en Buenos Aires, de la que salió con vida gracias a la intervención de la entonces novata agente Baby. Poco después, ya restablecido, Cavanagh fue ocupando diversos puestos en la CIA, hasta acceder al actual, en el que había demostrado ser el hombre más idóneo para el cargo.

—He querido venir personalmente —murmuró, tomando de una mano a Brigitte— porque es un asunto muy delicado, y no he querido enviar el mensaje a la floristería de Pitzer, como hacemos habitualmente.

—Sí, comprendo. ¿Qué ocurre?

—Han matado a uno de los nuestros. —Cavanagh intentó una pésima sonrisa—… A uno de sus Simones, Brigitte. En Londres.

Brigitte *Baby* Montfort apretó un instante los labios. En realidad, lo había presentido, pues cuando sus jefes la ponían al corriente de la muerte de un agente de la CIA sabían cuánto la afectaba, de modo que sus expresiones entonces no podían ser más sombrías.

—Está bien —musitó—… ¿Sabemos quién ha sido?

—Sí: los ingleses.

La espía quedó un instante boquiabierta. Luego, palideció.

—¿Los ingleses? —exclamó—. ¿Qué quiere decir? Cavanagh la llevó hacia el sofá, y se sentó a su lado.

—Nuestro hombre se llamaba Walter Summers. Hacía tiempo que prestaba servicio en nuestra *station* de Londres. No era un genio del espionaje, pero tampoco era de los torpes, ni mucho menos. Su hoja de servicios…

—¿Qué quiere decir que lo han matado los *ingleses*? —cortó Brigitte, un tanto secamente—. ¿Qué *ingleses*?

—Bueno… Los británicos. Los agentes británicos del MI6.

—¿Los agentes del servicio secreto británico han matado a uno de los nuestros? —Casi gritó Brigitte—. ¿Por qué?

Cavanagh sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió a Brigitte. Ésta sacó algunas fotografías del sobre, todas ellas pertenecientes al hombre llamado Walter Summers, agente Mass. 4219 de la CIA. Treinta y cinco o treinta y seis años, atractivo, expresión inteligente, ojos oscuros, cabellos castaños… Un Simón. Uno de tantos Simones caídos fuera de la patria.

Brigitte devolvió las fotografías, e insistió:

—¿Por qué?

—*No comment.*

—¿Qué quiere decir *no comment*? —Se encrespó Brigitte—. ¡Si ellos han matado a uno de los nuestros, tienen que darnos una explicación, por muy británicos que sean! ¡Algo tienen que *comentar*!

—Nuestro jefe en Londres lo ha intentado todo para conseguir ser recibido por alguien importante en el Servicio Secreto de Su Majestad Británica. Y no ha conseguido nada. Se le ha sugerido que él no es lo bastante importante para tratar este asunto…, y se le ha hecho comprender, parece ser que muy claramente, que los británicos están ya más que hartos de nosotros, de los americanos.

—¿Que están hartos de…? ¿Por qué?

—Yo diría que en Whitehall pretenden que alguien de las altas esferas de la CIA viaje a Londres para tratar este asunto. Y me permito insistir en que están muy, muy enfadados.

—¿De modo que nos matan a un hombre…, y ellos están enfadados? Está bien: cuando la CIA envíe a nuestro alto representante, quisiera ir con él, para…

—El alto representante de la CIA es usted —dijo Pitzer; y añadió —… Naturalmente.

—Tío Charlie, yo sólo soy un agente de la CIA, no un…

—Vamos, vamos, Brigitte —masculló Pitzer—… Usted es sólo un agente porque siempre ha querido permanecer en este puesto. Pero incluso los británicos saben cuál es su verdadera posición dentro de la CIA. La recibirán, claro está. Además, usted tiene amigos personales en el MI5. Y finalmente, ya no tenemos la menor intención de ocultarle esta clase de acontecimientos. Cuando matan a un agente de la CIA, usted siempre quiere encargarse del asunto, ¿no es así?

—Así es —asintió Brigitte—. Pero yo siempre resuelvo estas cosas a mi manera, tío Charlie. En esta ocasión, según entiendo, estaría representando oficialmente a la CIA, así que… no me interesa.

—¿No vas a ir a vengar a uno de tus Simones? —Se pasmó Minello.

—No es eso lo que he dicho, Frankie. He dicho que no pienso de ninguna manera representar a la CIA. Yo trabajo para la CIA cuando

es necesario, pero no me convertiré jamás en uno de sus representantes, porque ello significaría estar de acuerdo con lo que hiciese la CIA. Y de eso, ni hablar. ¿Me necesitan? De acuerdo, a la orden, señores. Pero no pretendan que me responsabilice por lo que haga todo un servicio de espionaje.

—Los británicos —dijo pausadamente Cavanagh— no admitirían conversaciones a ese nivel… personal. Quieren representación oficial e importante.

—Pues lo siento mucho, pero no pienso aceptar. Si voy a Londres será como siempre, como Baby, para hacer las cosas a mi manera y admitiendo *mi responsabilidad*, por lo tanto. Pero no la de otros… que han hecho las cosas a su manera.

Cavanagh y Pitzer cambiaron una mirada, y el primero sonrió tenuemente.

—Sabíamos que se negaría —dijo—, pero yo tenía órdenes de la Central, de nuestro Directorio, para intentar convencerla. Puestas así las cosas, no habrá más remedio que enviar allá a una persona… que esté dentro de las líneas exigidas por los británicos. Ahora bien, paralelamente a la acción de ese enviado oficial de la CIA, yo creo que no estaría de más que la agente Baby se diese una vuelta por Londres.

—Pero si ya envían a un…

—Cada cual está jugando con su baraja, en este extraño asunto —dijo secamente Cavanagh—… Muy bien: yo juego con la mía, por lo tanto. Y sería un cretino si no utilizase la mejor carta de mi baraja: la agente N. Y. 7117, Baby. Con esta carta, yo acepto cualquier juego que los demás pongan en marcha…

—¡Tramposo! —exclamó Frank Minello—. ¡Usted sabe perfectamente que va a ganar!

Capítulo II

John Pearson, ex agente «Fantasma», y en la actualidad jefe de uno de los más importantes departamentos de contraespionaje del Servicio Secreto británico, no era, ciertamente, la clase de hombre que olvida con facilidad lo mucho aprendido en momentos difíciles. Momentos en los que el instinto de supervivencia es realmente vital: un gesto, una mirada, un sonido, un olor, eran cosas que podían salvar la vida a un espía de acción, de los llamados «de capa y espada».

Por eso, como su memoria era muy buena, y en modo alguno se había relajado al retirarse casi completamente del servicio activo, supo que algo ocurría en cuanto introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de su apartamento. Frunció el ceño, quedó inmóvil un par de segundos, y luego abrió. Entró tranquilamente, cerró, colgó el gabán en el armario del recibidor, y, con indudable flema británica, sacó su pistola… Vieja y sana costumbre, la de ir armado.

Sin hacer el menor ruido se deslizó por el pasillo. Quizás estaba equivocado, y no era cierto por tanto que alguien había hurgado en su puerta…

Quizá, porque quien fuese lo había hecho magníficamente. Magníficamente…, pero no tanto como para engañarlo a él.

Había manchas rectangulares de tímido sol en el elegante apartamento del espía británico. Todo estaba como él lo había dejado aquella mañana, al salir hacia Whitehall. Todo…, menos la cerradura. Así que llegó a la doble puerta del salón, a la izquierda del pasillo. Se quedó allí, escuchando atentamente, lista la pistola… La doble puerta estaba abierta. Si había alguien allí le había oído entrar, desde luego. No caminar por el pasillo, pero sí entrar, de modo que debía de estar prevenido, y si él asomaba la cabeza podía volársela de un balazo…

—Ejem, ejem… —carraspeó alguien dentro del salón.

John *Ghost* Pearson quedó como petrificado. Acto seguido, su rostro se iluminó, como si acabase de recibir la mejor noticia del mundo. Luego, enfundó la pistola, y entró con toda la tranquilidad del mundo en el salón.

Y allí estaba ella, en efecto.

Sentada en un sillón, bellísima, elegante, risueña, mostrando sus sensacionales piernas cruzadas, sosteniendo en la mano izquierda un vaso.

—Hola, Fantasma —sonrió la divina.

—Hola, Baby —sonrió Pearson.

Ella dejó el vaso, se puso en pie, y acudió a su encuentro. Se colgó de su cuello, y le besó cariñosamente en los labios. Un beso que terminó antes de lo que John Pearson hubiese deseado.

—¿Cómo estás? —murmuró ella.

—Bien. Pero acabaré por pedirte que no me beses más, Brigitte.

—Oh… ¿Y eso por qué?

—Es como… como tener en la boca una dulce fresa… y no poder encontrarle su sabor: habría que morderla.

—No seas salvaje —rió ella—… ¡Me harías mucho daño si me mordieses los labios!

—Pero si no los muerdo, no percibo el gusto de la fresa… De todos modos, supongo que no tengo derecho a quejarme: un beso de cariño es mucho más que ningún beso de nada. ¿Quién dijo *no llores por haber perdido el sol, pues las lágrimas te impedirán ver las estrellas*?

—¡Eso lo dijo Rabindranath Tagore! —rió de nuevo la divina espía—. Y en mi opinión, tenía mucha razón. Y ya que estamos hablando de personas de esas latitudes… ¿sabes lo que dijo el poeta persa Saadi?

—¿Qué dijo? —sonrió el británico.

—Bueno, lo explicó en un poema: resulta que había un hombre que estaba llorando desconsoladamente porque había perdido sus babuchas y entonces, cuando más amargo era su llanto…

—… Vio a otro hombre que no tenía piernas.

—Lo que indudablemente —terminó Brigitte—, es mucho peor que no tener babuchas. ¿Te preparo un trago? Debes de estar muy cansado.

Pearson asintió, se sentó en un sillón, y estuvo mirando a Brigitte Montfort mientras ésta servía un *whisky*. Ella le llevó el

vaso, se sentó frente a él, y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Por qué, John? —susurró.

—Él se lo buscó. Y la CIA lo sabe perfectamente. Si no se hubieran metido donde no les llamaban, Walter Summers no estaría muerto ahora.

—¿Es cierto que lo matasteis vosotros?

—Sí.

—¿Qué hizo Walter Summers… mi Simón, para que tus compañeros del MI6 lo tuviesen que matar?

—¿No te lo han explicado en Langley?

—Ellos lo ignoran tanto como yo.

—¡Vamos…! —soltó un bufido Pearson.

—¿Crees que te miento?

El británico se quedó mirando a Brigitte estupefacto durante unos segundos. Por fin, soltó un gruñido.

—Claro que sé que tú no me mientes —masculló—. Pero, como en muchas otras ocasiones, la CIA te está mintiendo a ti. Además, ¿qué haces tú en Londres? Tenemos noticias de que un importante personaje de la tenebrosa CIA va a llegar en breve a Inglaterra, precisamente para atender este asunto.

—Yo estoy en viaje de turismo —sonrió Brigitte.

—Pues te llevaré a visitar la Torre de Londres.

—La tengo ya muy vista. Vamos, John, vamos… ¿Qué pasó? La CIA puede que lo sepa, y puede que no. Pero yo lo ignoro todo…, salvo que nuestros amigos británicos han matado a un agente de la CIA.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Karl Bauer?

—No.

—¿En Langley no te han hablado de él?

—No, John.

—Está bien… Karl Bauer es un austriaco que parece tener la solución para la crisis energética del mundo. Un investigador científico del que, hasta hace apenas un par de meses, nosotros tampoco teníamos noticias. De pronto, uno de nuestros hombres en Viena abandona precipitadamente su puesto y se presenta en Londres. Dice conocer a un hombre llamado Karl Bauer, que ha buscado contacto con él para pedirle que nos pase el siguiente mensaje: él, Karl Bauer, puede solucionar la crisis energética del

mundo, y concretamente la de Europa, en muy poco tiempo.

—¿De qué modo?

—Todavía no se ha explicado al respecto.

—Ya. Entiendo que el señor Bauer está actualmente en Londres.

—Debidamente custodiado, después de lo que ocurrió en el aeropuerto de Heathrow.

—¿Qué ocurrió?

—Un grupo de hombres intentó secuestrar a Karl Bauer cuando éste descendió del avión que le había traído desde Viena. Como quiera que nosotros le estábamos esperando, se organizó un tiroteo… Y de resultas de ese tiroteo, murió uno de los nuestros, otro quedó herido…, y fue muerto Walter Summers, agente bien conocido de la CIA.

—Quieres decir que Walter Summers formaba parte de ese grupo que pretendía secuestrar a Karl Bauer…

—Exactamente. Nosotros lo matamos a él, quizá con un poco de suerte, y herimos a otros dos hombres de ese grupo. Pero escaparon todos. Lo tenían muy bien preparado todo: un helicóptero les estaba esperando, a no demasiada distancia del lugar del tiroteo.

—Está bien. Veamos: ¿qué has querido decir con eso de que matasteis a Summers *quizá con un poco de suerte*?

—En el tiroteo, Summers se interpuso en un momento dado entre nuestro grupo y el suyo, y uno de sus propios compañeros lo hirió por la espalda, de modo que ya no fue difícil de abatir.

Se quedaron mirándose fijamente, Brigitte con expresión de incredulidad.

—Santo cielo, John… ¡No me digas que se te ha embotado el cerebro!

—Mi cerebro funciona perfectamente —gruñó el británico—. No creo que vayas a decirme ahora que la CIA mató a uno de sus hombres por la espalda a propósito, para impedir que lo cazásemos vivo. Eso es absurdo, ya que conocíamos perfectamente a nuestro colega Summers.

—¿Y no has pensado que Summers podía estar colaborando con un grupo que no tuviese nada que ver con la CIA?

—Nosotros conocíamos bastante bien a Summers, pero supongo que tú lo conoces mejor, pues te habrán hablado de él extensamente, o habrás leído su expediente personal. ¿Cierto?

—Cierto.

—Entonces, dime: ¿crees que Walter Summers era la clase de hombre que podía convertirse en un traidor a la CIA?

—Según todos los datos, no.

—Entonces, dime qué hacía allí, en el aeropuerto…, si no estaba cumpliendo órdenes de Langley en compañía de otros americanos.

—Podía… estar allí en contra de su voluntad.

—¿Pistola en mano y dispuesto a hacernos frente? —preguntó con exquisita suavidad John Pearson.

Baby quedó pensativa. Por fin, se pasó las manos por la cara, y suspiró.

—¿Tenéis el cadáver de Summers? —musitó.

—Desde luego. A disposición de las decisiones de vuestro enviado especial. Por cierto: ¿de quién se trata?

—Lo ignoro. No me he interesado por esa parte de la cuestión.

—Lo que significa que no has aceptado una propuesta por parte de tu Directorio para atender este asunto —demostró su agudeza mental el británico—… Lo que significa, también, que estás aquí para trabajar en este asunto, pero a tu manera y por tu cuenta.

—Sí.

—De acuerdo. ¿En qué puedo ayudarte?

—No tengo la menor intención de comprometerte, John.

—Absurdo —sonrió de pronto Pearson—… No sólo no me comprometerás, sino que sé perfectamente que saldré ganando aceptando una… alianza contigo. Haz tus preguntas, y a lo mejor, buscando una respuesta para ti encuentro una respuesta para nosotros.

—Eres demasiado amable, de veras —sonrió Brigitte—… ¿Quién más, aparte de vosotros, sabía lo de Karl Bauer?

—Que nosotros sepamos, sólo nosotros. Karl Bauer se ofreció directamente y en exclusiva al Reino Unido. Pero, Brigitte, sabes perfectamente que la CIA puede enterarse de cosas mucho más secretas que ésta.

—Sin duda. Pero dime entonces por qué no intentó el secuestro de Karl Bauer en Viena. Le habría sido más fácil, ¿no?

—Quizá se enteraron del asunto cuando ya no podían preparar el secuestro en Viena. No siempre van a llegar tan a tiempo como en el caso del agente egipcio Refit.

—¿De qué hablas ahora? —se sorprendió Brigitte.

—¿No sabes lo del agente del Moukhabarat llamado Refit?

—No sé de qué me hablas.

—Al parecer, tus jefes te tienen mal informada… Hace poco más de un mes, un agente egipcio llamado Refit escapó del norte de África en dirección a Europa. Llegó a Marsella, donde parece ser que debía ser recogido por unos hombres del SDECE francés. Pues bien: antes de que los agentes franceses pudieran arroparlo, Refit fue asesinado por tres hombres, que, según todos los datos, eran americanos. Naturalmente de la CIA.

—¿Por qué habría de asesinar la CIA a un simple espía egipcio? —protestó Brigitte.

—Porque ese hombre venía a Europa, concretamente a Francia, con documentos que probaban que Estados Unidos, concretamente la CIA, está detrás de los árabes en el asunto del petróleo y sus aumentos continuos de precio. Según rumores, Refit podía demostrar que la CIA estaba controlando la OPEP, es decir, la Organización de Países Exportadores de Petróleo…

—¡Vamos, John…! ¿Con qué objeto?

—Controlar económicamente a Europa, de tal modo que paulatinamente iría quedando a merced de Estados Unidos.

—Santo cielo —gimió Brigitte—… ¡No estás hablando en serio!

—Dime una cosa: ¿realmente te sorprendería tanto que Estados Unidos estuviese detrás de los países árabes productores de petróleo? Vamos, Brigitte… ¿Realmente te sorprendería tanto? Económicamente, estratégicamente, políticamente, Europa sería un bocado exquisito para tu país: podríais tener aquí bases, mercados, y, sobre todo, un gran campo de batalla para contener a los rusos si éstos decidiesen algún día iniciar un enfrentamiento. No me digas que no entiendes esto.

—¡Claro que lo entiendo! ¡Pero es descabellado!

—Yo no lo veo así —replicó con firmeza Pearson—. Y otra cosa: ¿qué piensas del atentado de los soldados americanos contra Willy Brandy, el ex Canciller alemán?

—¿Qué? —saltó Brigitte—. ¡Pero qué estás diciendo…!

—Querida, eso fue hace pocos días… Un grupo de hombres intentó asesinar al señor Brandt, en Bonn. El intento fracasó, tres de esos hombres cayeron muertos, y los demás escaparon.

Posteriormente, los tres hombres muertos fueron identificados como soldados norteamericanos de uno de vuestros grupos especiales de Asalto, entrenados especialmente en Stuttgart.

El Mando americano dio la explicación de que esos hombres habían sido considerados como desertores… Y todo esto… ¿sabes cuándo ocurría? Pues, en los días, no hace mucho de ello, en que se estaba acusando al señor Brandt de haber recibido dinero de la CIA durante su mandato como Canciller.

—Santo Dios…

—¿Tampoco sabías eso? Entonces, no sabes nada de nada, incluyendo lo último, lo más grave de todo.

—¿Aún hay cosas peores que las que me has contado?

—Hace más de tres meses, y esto sí debes de recordarlo, ya que apareció en todos los periódicos del mundo, el hombre que entonces era el Primer Ministro británico, *Sir* Leonard Dingham, fue asesinado, en un viaje que hizo a París… ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí… Esto sí.

—Bien. ¿Sabes quién lo asesino?

—Claro que no. ¿Vosotros lo sabéis?

—Lo hemos sabido hace unas treinta horas. Supongo que no te sorprenderá que cuando recogimos el cadáver de tu Simón, es decir, de Walter Summers, recogiésemos también su pistola. Tampoco tiene nada de extraordinario que esa pistola fuese examinada por nuestros servicios de Balística. Pura rutina. Y de pronto, la rutina saltó en mil pedazos: la pistola de Walter Summers fue la que se utilizó para asesinar a *Sir* Leonard Dingham en París.

—¡No!

—Puedo demostrártelo cuando quieras.

—¡No!

—Lo siento, Brigitte, así están las cosas. O sea, muy mal. Nuestro actual Primer Ministro, John Charles Wellington, está preparando una ofensiva verbal por medio de la radio y la televisión contra Estados Unidos, en la que piensa hablar mucho y muy claramente.

—¡No podéis hacer eso!

—Ve a decírselo a John Charles Wellington, y ya veremos qué te contesta.

—John, todo esto… ¡todo esto tiene que ser un complot contra la CIA! Más aún: contra Estados Unidos.

—Dime quién tiene las suficientes agallas para hacer semejante cosa. ¡Y no me digas que son los rusos!

—No acuso a nadie en concreto… ¡Pero me niego a admitir que nosotros, los americanos, estemos haciendo eso!

—En lo que a mí respecta —dijo sosegadamente el británico— tampoco soy de los que se tragan siempre todo el anzuelo, ya lo sabes. Pero son demasiadas cosas: el asesinato de *Sir* Leonard Bingham, el del agente egipcio, el intento de asesinato de Willy Brandt…, y ahora, lo de Karl Bauer. Y claro está, te estoy hablando sólo de las cosas que han llegado a nuestro conocimiento. ¡A saber qué otras cosas habrán ocurrido…! Y sobre todo, a saber qué cosas más van a ocurrir. Aunque en este sentido, tengo bastantes esperanzas en la prudencia de la CIA: se han pasado de rosca, y ahora deben de andar con mucho cuidado.

—¿Podrías conseguirme una entrevista con el señor Wellington?

—Sí. Pero tal como están las cosas dudo mucho que a la agente Baby le convenga correr el riesgo de ser mencionada. Cualquier indiscreción podría resultarte fatal.

—Tienes razón… ¿Y Karl Bauer? ¿Podría hablar con él?

—Puedo conseguirte una entrevista con Bauer en mi presencia.

—¿Temes algo de mí? —Respingó Brigitte.

—No. Sólo quiero que si algo le ocurriese a Bauer nadie pensase que habrías podido tener algo que ver en ello, ya que habría estado yo contigo.

—Oh… Perdona, John. Y gracias. Puesto que sólo tenemos como pista lo que pueda decirnos Bauer… ¿No? ¿Qué te ocurre?

John Pearson vacilaba visiblemente. Por fin, masculló:

—Tenemos otra pista. Me parece absurdo pedirte que seas discreta en este sentido, ya que la CIA debió de informarte de ello.

—Vamos, John, no seas tonto… ¿Qué pista es esa?

—Walter Summers no fue el único en morir, en el aeropuerto, cuando el intento de secuestro de Karl Bauer. Matamos a otro del grupo. Un yugoslavo, según su pasaporte, llamado Ivo Pavelic, que tenía fijada su residencia en Marsella.

—Lo que significa que el MI5 está trabajando activamente en Marsella en busca de ese hombre.

—Claro. Pero no sólo en Marsella, sino también en Roma. Hemos sabido que Pavelic llegó a Londres en vuelo directo desde

Roma. Nuestra idea es que el grupo estaba formado por hombres llegados de varios puntos de Europa, y que debían ser capitaneados y dirigidos por Summers, el cual, como residente aquí, conocía bien el terreno. Lo que justifica que la CIA lo utilizase, aun sabiendo el riesgo que corría de ser reconocido; pero no podían dejar la acción a cargo de hombres que no conociesen bien el terreno, así que tuvieron que recurrir a un residente en el país, concretamente en Londres.

—Ya. Y claro, pensáis que tanto Ivo Pavelic como los otros que escaparon, son tan americanos como Walter Summers.

—Tú sabes perfectamente lo fácil que es para la CIA conseguir cualquier pasaporte para sus agentes. Para nosotros, el de ese hombre, a nombre de Ivo Pavelic, no significa nada…, salvo una pista hacia Marsella y Roma, que, naturalmente, estamos siguiendo.

—Naturalmente. ¿Podrías conseguirme una fotografía de Ivo Pavelic?

—Por supuesto que sí. Pero serían mejores las que podrían enviarte desde Langley. En las mías, Ivo Pavelic aparece muerto. En las de la CIA, aparecería vivo.

—¿Y si estuvieses equivocado, John? ¿Y si Pavelic no hubiese tenido nunca, nada que ver con la CIA? Si hubiese sido un Simón me habrían hablado de ello, como han hecho respecto a Walter Summers.

—En lo único que estoy seguro de no equivocarme es en tu sinceridad hacia mí, y que no vas a perjudicarme avisando a la CIA de Marsella y Roma de que estamos rastreando al agente que actuó con el nombre de Ivo Pavelic. Por lo demás, sé muy bien que puedo estar equivocado en todo, pero de momento, ahí están los hechos y las evidencias.

—Te comprendo —murmuró Brigitte—. Bien… ¿Algo más?

—Sobre Pavelic: estaba alojado en la habitación 26 del Ambassador Hotel, de aquí, de Londres. Había llegado hacía dos días.

—Ah… ¿Dos días? Bueno, ese es tiempo más que suficiente para que la CIA hubiese preparado el secuestro de Karl Bauer en Viena, ¿no crees?

—Sí —admitió Pearson—… Pero yo no he dirigido el juego, así que desconozco cómo se ha pretendido jugar.

—Está bien, John. ¿Qué clase de relaciones tenéis en estos momentos con mis Simones de la zona?

—Muy tensas. Ellos aseguran no saber nada de todo esto. Por el momento, permanecen en sus puestos, esperando que llegue el representante de la CIA. Claro está, nos estamos molestando en vigilarlos estrechamente, dadas las circunstancias. Es una situación muy violenta… e incómoda. Para todos.

—Claro. Supongo que habéis registrado a conciencia el apartamento de Walter Summers y la habitación de Ivo Pavelic en el Ambassador.

—Sí, naturalmente. No hemos encontrado nada digno de interés especial. ¿Vas a entrevistarte con tus Simones?

—Sí.

—No les digas que me has visto, ni que has obtenido información de mí. Sobre tu discreción no tengo duda, pero si ellos se enteran, y hacen correr la voz, me vería en aprietos para darles una explicación a mis superiores.

—Sabes muy bien que haré las cosas con la máxima discreción. ¿Cuándo podrás proporcionarme la fotografía de Ivo Pavelic?

—¿Cenas conmigo? —propuso el británico.

—No. Lo siento, John, tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, claro. Bueno, hagamos una cosa: nos vemos después de las… diez. Yo tendré ya esa fotografía de Pavelic, y si quieres podré acompañarte a ver a Karl Bauer.

—Estupendo, John. Gracias. ¿Te molestaría pasar a recogerme al hotel a las diez y cuarto?

—Lo haré encantado. ¿En qué hotel…? Vaya —sonrió de pronto el británico—… Iba a preguntar una tontería: en qué hotel estás.

—No estoy todavía en ninguno, pero, evidentemente, tú sabes muy bien en cuál voy a instalarme. Hasta luego, John. Y gracias por todo. A propósito: deberías cambiar la cerradura de tu apartamento.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No va todo lo bien que debiera.

—Lo sé perfectamente. Pero está muy bien así, porque de este modo, si alguien la abre sin utilizar el llavín, yo me doy cuenta.

Se quedaron mirándose, y de pronto, los dos se echaron a reír. Brigitte se puso en pie, Pearson hizo lo mismo, se acercó a ella, y le tendió el maletín rojo con florecillas azules, que había estado todo

el tiempo sobre otro sillón. Luego, pasó un brazo por los hombros de la espía más peligrosa del mundo.

—Te acompañaré a la puerta —murmuró.

—Lo que significa que quieres otro beso.

—No voy a ser tan tonto de llorar porque he perdido el sol: me conformaré con ver las estrellas.

Capítulo III

Efectivamente, tal como había comprendido con facilidad John Pearson, la agente Baby fue a alojarse al Ambassador Hotel. Pero no con el nombre de Brigitte Montfort, sino con el de Monique Lafrance, previos unos retoques en su aspecto físico, como fue ocultar sus azules ojos con lentillas de color oscuro, y alterar un poco sus facciones por medio de los pequeños aros de plástico en las fosas nasales y las almohadillas de espuma en el interior de la boca… Pese a lo cual, por supuesto, continuó siendo una bellísima muchacha que dejó atónitos a los clientes del hotel que había en el vestíbulo.

Inscrita ya, la señorita Lafrance se dirigía hacia el ascensor cuando se detuvo de pronto, y regresó ante el conserje, al que sonrió de aquel modo tan encantador.

—Estoy citada aquí con un compañero de trabajo —dijo en buen inglés matizado con falso acento francés—… Ivo Pavelic. ¿Está en el hotel?

—Ah, no… Se marchó.

—¿Ivo ha estado aquí y se ha marchado? —Se pasmó magistralmente la espía.

—Sí. Estuvo un par de días en el hotel. Luego, pidió la cuenta y se fue.

—Caramba, qué extraño… Teníamos que hacer un trabajo para nuestra revista aquí, en Londres. No comprendo por qué no me han avisado de que ha regresado a París. A menos que el aviso a mi hotel de Nueva York llegase después de partir yo. En fin… ¿El señor Pavelic no les habló de mí, no dejó ningún recado?

—No, lo siento.

La señorita Lafrance movió la cabeza con un gesto de desconcierto y disgusto. Por supuesto, siempre fingiendo… Y por supuesto también, siempre tras su objetivo.

—¿No quedó nadie en lugar del señor Pavelic? Quiero decir que quizás alguien vino con él, y me está esperando.

—No tenemos ninguna información en ese sentido, señorita Lafrance.

—Vaya… Algo insólito debe de estar ocurriendo en la revista de París para la que trabajamos. Pero pienso que es extraño esto… ¿Se fue del hotel alguien más, con el señor Pavelic?

El correctísimo conserje de impecable corte inglés parpadeó, desconcertado.

—Perdone… No comprendo.

—Quiero decir que me sorprende que Ivo se haya marchado sin dejar ningún recado. Quizá vino con otro compañero, y algo importante ocurrió que les hizo regresar a París… ¿Se marchó algún otro caballero el mismo día y aproximadamente a la misma hora que Ivo Pavelic?

—Pues no sé… ¿Me permite unos segundos?

—Naturalmente.

El conserje miró su registro, y asintió, con un gesto de satisfacción al poder atender a tan exquisita dama.

—En efecto… Prácticamente, se fueron dos caballeros a la vez. Aunque no me pareció que tuviesen relación alguna entre ellos, señorita Lafrance.

—Si me dice el nombre de ese otro caballero, quizá pueda ayudarme a comprender esta extraña situación.

—Con mudo gusto. Era un italiano llamado Massimo Verni.

—No… A menos que sea nuevo en nuestra revista… ¿De dónde procedía el señor Verni?

—De Roma.

—De Roma… Decididamente, no debía de tener nada que ver con Ivo. Aunque quizás… ¿Ninguno de los dos dejó recado alguno, ni su dirección en Roma o París?

—No, lo siento de veras.

—Usted no tiene la culpa —volvió a sonreír Monique—. Bien, hoy estoy cansada… Mañana quizá llame a París, a ver si me aclaran esta extraña situación. Ha sido usted muy amable, gracias.

—A su disposición, señorita Lafrance —sonrió el conserje.

Y se quedó mirando las bellísimas piernas de la señorita Lafrance mientras ésta se dirigía hacia el ascensor. Eso sí, con

mucha discreción, pues no estaría bien que un conserje de un hotel inglés de buen tono se dedicase a mirar las piernas de las clientas…

La señorita Lafrance llevaba un gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas sobre fondo rojo, y el botones, las dos maletas. Un minuto más tarde, éstas habían sido colocadas en la banqueta de la habitación, y el muchacho recibía una conveniente propina. La señorita Lafrance se sentó en una butaca, con el maletín sobre las rodillas, y encendió un cigarrillo que sacó de éste.

«Puede ser casualidad —pensó—… Pero también puede ser revelador que ese Massimo Verni se marchase al mismo tiempo que Pavelic. Se podría pensar que estuvieron aquí un par de días, estudiando el terreno antes de entrar en acción. Y cuando al momento llegó, previamente se despidieron del hotel. Todo tranquilo, sin complicaciones… Llevaron sus cosas al helicóptero que tenían preparado en Heathrow, donde se reunieron con los demás, y esperaron la llegada de Karl Bauer… Podría ser así».

Tras unos minutos más de reflexión, Monique Lafrance recurrió a su radio de bolsillo, tras sintonizar la onda de Inglaterra desplazando con el delgado punzón las placas del interior de la pequeña radio. Luego, apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz de hombre.

—Baby en Londres. Buenas noches, Simón.

—¡Ha venido…! —exclamó el agente de la CIA—. ¡Ya nos extrañaba a todos que…!

—No, no he venido —sonrió Monique—. Oficialmente, no estoy aquí.

—No comprendo. Bueno, espere un momento: sabemos que mañana va a llegar un representante de nuestra… empresa. Pero ciertamente, usted no fue mencionada, lo que nos tenía desconcertados y deprimidos.

—La persona que llegará mañana es la que se hará cargo de todo… oficialmente, Simón. Vamos a dejar que esas personas jueguen en sus altas esferas, y mientras tanto nosotros veremos si podemos conseguir algunos resultados por otros conductos. Bien entendido que en cuanto la CIA adopte una postura oficial en este asunto, ustedes obedecerán a la Central, no a mí.

—¿Aunque nos digan que regresemos a casa?

—Sí. Y una cosa muy importante: yo no deberé ser mencionada,

por ningún motivo. A nadie. ¿De acuerdo?

—Sí… De acuerdo. A fin de cuentas, tenemos más confianza en lo que haga usted que en la charlatanería de esos personajes de las altas esferas. Todo esto es una idiotez. Y los británicos son unos cabrones por… Perdone… Quiero decir que ellos jamás debieron admitir todo eso de nosotros, y en especial de Walter Summers, o sea de Sim…

—Sé que se llamaba Walter Summers, no se preocupe —murmuró Monique—… ¿Qué es lo que los británicos no debieron creer jamás de su grupo, Simón?

—Pues todo eso del ataque en el aeropuerto.

—¿De qué más les acusan?

—De nada más, naturalmente… ¿Es que hay más?

—Bueno, aparte de lo de Bauer…

—¿Bauer? ¿Quién es Bauer? ¿A qué se refiere?

—¿No sabe quién es Karl Bauer?

—No he oído ese nombre en mi vida.

—¿Ni siquiera si lo relaciona con la palabra petróleo?

—Baby, se lo juro: no sé de qué me está usted hablando.

—No jure, por favor —frunció el ceño la divina—… En cuanto a Karl Bauer, es el hombre que el grupo que atacó en el aeropuerto quería secuestrar. Me refiero al grupo de la CIA.

—¿El grupo de…? ¡Nuestro grupo no ha atacado a nadie, ni sabemos nada de todo ese tinglado que se han montado los británicos! ¡Vaya usted a saber lo que están tramando esos payasos con corbata de lazo!

—Tranquilícese. Pero, como iba a decirle, aparte de lo de Bauer, hay algo más, y verdaderamente inquietante: los británicos van a acusar a Walter Summers, y por tanto a la CIA, del asesinato del Primer Ministro *Sir* Leonard Dingham. Lo de París, ¿recuerda?

—Pe-pero… ¿qué está usted diciendo? —Sonó la voz de Simón-Londres ahogada por la rabia—. ¡Están locos esos imbéciles que el demonio se lleve! ¿De dónde han sacado semejante monstruosidad?

—A *Sir* Leonard Dingham lo mataron con la pistola de Walter Summers. Después de lo del aeropuerto, el MI6 recogió la pistola de Summers, naturalmente, y fue examinada rutinariamente por su servicio de Balística: es la misma arma, Simón. Mi fuente de información es absolutamente infalible… ¿Me está oyendo? Simón,

¿me…?

—La oigo —susurró el agente de la CIA—… ¡Vaya si la oigo! Y ahora comprendo lo que ocurrió entonces con la pistola de Walter.

—¿Qué quiere decir?

—Hace cuatro meses, a Walter le robaron la pistola. La había dejado en su apartamento, porque tenía libre el fin de semana, así que aprovechó para irse al campo con una chica. Un agradable fin de semana, ¿comprende? Cuando regresó, habían registrado su apartamento, y la pistola no estaba.

Brigitte había fruncido de nuevo el ceño.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

¿Quién mentía, quién decía la verdad…?

—Si le robaron la pistola a Summers —susurró—… ¿cómo se explica usted que los británicos la encontrasen en su poder cuando lo del aeropuerto?

—No me lo explico de ninguna manera. Además, eso de que la han encontrado ahora lo dicen ellos.

—¿Cree que están mintiendo?

—Lo seguro es que nosotros no hemos hecho nada.

—Pero… ¿no puede ser que lo hiciese Walter Summers por su cuenta, relacionándose con personas que ustedes, los demás Simones, no conocían?

—Si está usted insinuando que Walter fue un traidor, mi respuesta es NO.

—Vamos a ver: ¿dónde debía haber estado de acuerdo a sus obligaciones nuestro compañero Summers la noche en que se produjo el asunto del aeropuerto?

—Pues me imagino yo que en la cama, con esa preciosa pelirroja con la que se entendía admirablemente hacía casi un año.

—¿La misma del fin de semana cuando al volver se encontró con que le habían robado la pistola?

—La misma. Y olvide lo que está pensando: naturalmente, nosotros investigamos a esa muchacha. A ver si la sorprende esto: simplemente, esa chica estaba loca por Walter.

—¿Por qué ha de sorprenderme? —susurró Monique—. ¿De modo que no hay absolutamente nada contra ella?

—Se lo diré a mi manera: ojalá encontrase yo una chica como ésa para mí.

—Entiendo. ¿Sabe la muchacha que Walter ha muerto?

—No. Y precisamente nos estábamos preguntando todos si debíamos decírselo… y cómo debíamos decírselo. Es claro que los británicos han silenciado todo el asunto, ya sabe. La pobre Maggie debe de estar como loca buscando a Walter. ¿Qué opina usted? ¿Se lo decimos ya?

—¿Conoce ella alguno de los demás, a alguno de ustedes?

—Claro que no.

—No le digan nada. Más adelante me ocuparé de eso, o les autorizaré para que le den alguna explicación. Y por último: ¿le suenan a usted los nombres de Ivo Pavelic y Massimo Verni?

—No. ¿Quiénes son?

—Ya le explicaré. Seguramente, volveré a llamar esta misma noche, algo tarde… ¿Cuento con ustedes?

—Vaya una pregunta —farfulló Simón-Londres.

—Hasta luego —sonrió Baby.

Cortó la comunicación, guardó la radio, y se dispuso a cambiarse de ropa para bajar a cenar al restaurante del hotel. Pero sin prisas: tenía muchas cosas en que pensar antes de que John Pearson pasase a recogerla.

Y, a las diez y cuarto en punto, John Pearson detenía su coche delante del Ambassador.

No tuvo que esperar ni siquiera un segundo: del hotel salió la señorita Lafrance, fue directa al coche, y se sentó junto al británico, que no se desconcertó lo más mínimo.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó, risueño.

—Con Monique Lafrance, periodista empleada en una revista que se publica en París. El nombre de la revista es… *Chérie*. ¿Me has traído las fotografías de Pavelic?

Pearson le entregó un sobre, y reanudó la marcha, alejándose de las azuladas luces del Ambassador, conduciendo cuidadosamente por Tottenham Court Road en dirección a Charing Cross.

—Has llegado con el tiempo justo para ver a Bauer —dijo—. Mañana nos lo llevamos fuera de Londres.

—¿Adónde?

—Ni yo mismo lo sé, todavía. De verdad.

—Te creo. ¿Ha dicho algo sobre su sistema para solucionar la crisis energética en Europa?

—Parece ser que se ha hecho un convenio al respecto: Karl Bauer no está a gusto en Whitehall, de modo que cuando mañana lo instalen en un lugar adecuado, y le proporcionen personal experto en prospecciones petrolíferas, él dirá todo lo que tiene que decir.

—Me parece bien. ¿Puedo quedarme estas fotografías?

—Por supuesto. Pero ya te digo que debéis tenerlas mejores en Langley.

—No voy a discutir contigo. Quizá tengas razón, y este hombre llamado Ivo Pavelic sea un agente de la CIA. En cuyo caso, vosotros, los británicos, me habríais matado dos Simones, no uno.

—Personalmente, lo siento.

—Ya. ¿Estuviste tú en el aeropuerto cuando…?

—No. En la actualidad se ha considerado que mi cerebro es de más utilidad en otras… labores.

—Y continúas un poco amargado por ello —sonrió Monique—… Vamos, John, eso es natural… ¿Te molestarás conmigo si yo recurro a un dibujante de la CIA para que haga algunos retoques a estas fotografías y luego obtengo mil copias de ellas?

—Puedes hacer lo que quieras. Pero me gustaría saber a qué retoques te refieres.

—¿De qué color tiene los ojos Ivo Pavelic?

—Oscuros. Bueno, entre marrón y pardo. ¿Quieres ver el cadáver?

—No, gracias.

—¿Y el de Walter Summers?

—No —se estremeció Baby—… No.

—Me estoy preguntando si mañana el representante de la CIA reclamará también el cadáver de Ivo Pavelic para enviarlo a Estados Unidos. Pero no debéis de ser tan tontos, ¿verdad? Lo que significa que Ivo Pavelic no recibirá sepultura en tierra americana.

Monique se pasó la lengua por los labios.

—Si resulta ser americano, ten la seguridad de que recibirá sepultura en América.

Quedaron silenciosos los dos. Llegaron a Trafalgar Square, y a sus luces, Monique volvió a examinar el rostro de Ivo Pavelic. ¿Era o no era un agente de la CIA, un Simón? De todos modos, había sido un hombre atractivo, de facciones viriles, cabellos ondulados, boca grande y delgada, firme, barbilla robusta. Unos treinta años, o

poco más. Naturalmente, tendría que pedirle al dibujante que allá donde se veían los ojos cerrados de Pavelic, él dibujase unos ojos entre marrón y pardos, abiertos. Algo se conseguiría. Aunque… ¿quizá tenía razón John, y ella estaba perdiendo el tiempo? ¿Una vez más estaba la CIA realizando alguna turbia y extraña jugada…, en la que habían pretendido involucrarla a ella como pantalla de honestidad… profesional?

Cuando Monique Lafrance dejó de pensar y alzó la cabeza, estaban ya frente a Whitehall.

Al fondo se veía la iluminación del Parlamento Británico. Una noche fría, pero clara, sin nieblas. Ah, la primavera…

—¿Dispuesta? —preguntó Pearson.

Ella guardó las fotografías en el maletín, que ahora estaba forrado de raso negro, y asintió.

—Vamos a ver a Karl Bauer —musitó.

Diez minutos más tarde, los dos entraban en una de las dependencias del edificio, confortablemente acondicionada para la permanencia a todo estar de una persona. Y esa persona, Karl Bauer, se quedó mirando con expresión amable a sus visitantes, tras mirar a uno de los hombres del MI6, que había abierto la puerta y la cerró acto seguido, quedando en el pasillo.

Por su parte, la agente Baby pareció fotografiar a Karl Bauer con un solo vistazo. Era un hombre de algo más de cincuenta años, delgado, vestido con cierta vulgaridad, pero dotado de una extraña belleza indefinible, como si tuviese luz en los ojos. Ojos claros, amables, de cándida mirada, muy acordes con las suaves facciones, la boca sensitiva, la hermosa nariz correctísima. Una abundante mata de cabellos grises ennoblecían aún más su aspecto… El aspecto de un hombre inteligente y afable que causa siempre una buenísima impresión, que inspira confianza y simpatía.

—Ah, buenas noches, señor Pearson —saludó; y sonrió simpáticamente—… Observo que viene muy bien acompañado.

—Así es —sonrió el británico—… Le presento a la señorita Lafrance, persona que goza de toda nuestra confianza.

—¿Cómo está, señor Bauer? —Tendió la mano Monique, sonriendo.

—Encantado por su visita —aceptó la mano el austriaco—… Sin ánimo de ofender a nadie, le diré que estoy un poco cansado de ver

solamente hombres a mi alrededor.

—Es usted muy amable —rió Monique—… Y habla estupendamente el inglés.

—Oh, eso está al alcance de cualquiera, hoy día.

—Sí… Pero, si lo prefiere, podemos hablar en alemán.

—¿Habla usted alemán? —exclamó Bauer.

—Digamos que no menos bien que usted el inglés —dijo Monique, ahora en alemán—. Espero que nos entenderemos fácilmente.

—Por supuesto que sí… Oh, perdón, señor Pearson, quizás usted no…

—John habla el alemán casi tan bien como yo, no se preocupe, señor Bauer —sonrió ahora Monique—. Si usted se siente más cómodo hablando en alemán, hablaremos en alemán.

—Sí, de acuerdo. Pero… ¿de qué hemos de hablar?

—¿Podemos sentarnos?

—Oh, por favor… ¡Considérense en su casa!

Los tres sonrieron.

Monique se sentó en un sillón, y los dos hombres la imitaron enseguida, quedando Pearson en otro sillón y Bauer en un extremo del sofá, lo más cerca posible de Monique.

—Aunque sobradamente sé que usted ha contestado satisfactoriamente a todas las preguntas que se le han hecho, quisiera hacerle algunas más, señor Bauer. ¿Cuento con su paciencia y amabilidad?

—Claro que sí. No tengo otra cosa que hacer. Estaré encantado de conversar con usted.

—Gracias. Veamos, señor Bauer: ¿es usted casado, o tiene familia en cualquier grado de parentesco?

—Todo negativo —murmuró el austriaco.

—¿Alguna vez ha estado en Estados Unidos?

—Varias veces… Seis o siete.

—¿Le gusta el país?

—¿Estados Unidos? ¡Naturalmente que sí!

—Pero no le gustan los americanos, según parece.

—¿Por qué cree eso? —se sorprendió Bauer.

—Pienso que quizás habría obtenido más beneficios personales si se hubiese puesto en contacto con ellos, no con el Reino Unido.

El ceño de Karl Bauer se frunció un instante.

—En primer lugar —refunfuñó—, yo no estoy buscando grandes beneficios personales, aunque claro está, me gusta vivir bien…, lo cual perfectamente me puede ser facilitado por los británicos. Y en segundo lugar, señorita Lafrance, yo soy europeo, no americano. Así que si algo bueno puedo aportar, lo haré para Europa, no para América. Si más adelante Europa está en disposición de ayudar a América, no tendré ningún inconveniente. Pero de momento, está más apurada Europa…, mi Europa, que América.

Monique Lafrance asintió con un gesto, sin alterarse.

—¿En ningún momento tuvo usted ofertas procedentes de americanos? —preguntó.

—No. Eso era imposible, porque los americanos no sabían nada sobre mí y sobre mi trabajo.

—¿Quién sabía algo sobre eso?

—Absolutamente nadie. Yo, sólo yo.

—¿No ha tenido usted ayudantes, o alguien que colaborase con usted en esos… estudios?

—No.

—Entonces, si nadie sabía nada de nada sobre usted y esos estudios sobre economía energética…, ¿cómo explicaría usted lo que ocurrió en el aeropuerto de Heathrov?

—¿Yo? ¿Explicarlo yo? Señorita Lafrance, en ese tipo de cosas yo no podría explicar ni siquiera por qué dos hombres se lían a puñetazos, aunque les hubiese oído discutir. No tengo ni la menor idea de esa clase de cosas. La violencia me parece sencillamente repugnante.

—Mi pregunta no era exactamente en ese sentido, señor Bauer.

—La señorita Lafrance —intervino Pearson, en alemán— está preguntándole si se le ocurre a usted alguna explicación al hecho de que alguien supiese que iba a llegar a Heathrow, el día, la hora… Todo.

—No tengo la menor idea.

—Señor Bauer —deslizó amablemente Monique—, usted se puso directamente en contacto con un agente del MI5 británico destinado en Viena. ¿Tiene usted… vinculaciones con el espionaje internacional, quizá?

—¡Claro que no! —exclamó Bauer.

—Entonces… ¿cómo supo usted que aquel hombre era un agente británico del servicio secreto?

—No lo sabía. Simplemente, me dediqué a vigilar el consulado británico, observando a las personas que entraban y salían de allí; finalmente, elegí a una que por su asiduidad debía de ser un diplomático, o cuando menos, un empleado del consulado, no un visitante, ya fuese británico o no. Así que seguí a ese hombre una tarde, dispuesto a hacerle esa proposición. Entonces, le vi que se encontraba con otro, charlaban unos segundos, y se separaban. Observando al otro, me pareció más… interesante, y lo abordé.

Monique Lafrance estaba atónita.

—¿Así de sencillamente localizó usted a un agente secreto británico? —exclamó.

—Pues sí —casi rió Bauer—… Le aseguro que fue así.

—Está bien. Pero dígame: ¿no le habría resultado más sencillo, más práctico, presentarse en el consulado, sin más complicaciones? O venir a Londres… ¡Qué sé yo! ¿Por qué elaborar tanto esa entrevista?

—No elaboré nada —refunfuñó de nuevo el austriaco—: simplemente, quería hablar con un británico sin que nadie me viese entrar en su consulado. En cuanto al viaje a Londres desde Viena, está muy bien, pero yo no tengo un céntimo, señorita Lafrance. Y en lugar de andar por ahí pidiendo a amigos que ni siquiera tengo, pensé que los británicos se harían cargo de los gastos.

Monique frunció el ceño, y miró a Pearson, que sonreía. Una sonrisita que evidenciaba que todas aquellas preguntas ya le habían sido formuladas a Karl Bauer, naturalmente.

—De acuerdo —aceptó Monique—. ¿Alguna vez conoció usted a un hombre llamado Refit? Un egipcio.

—No… No, no.

—¿Tuvo alguna relación con soldados americanos?

Karl Bauer estaba desconcertado…, pero posiblemente menos que John Pearson, que miraba fijamente a Monique Lafrance.

—¿Con soldados americanos…? Claro que no —negó Bauer.

—¿Qué opina usted de Willy Brandt?

—¿Brandt? ¿El ex Canciller alemán? —Se pasmó Bauer.

—Ese mismo, sí.

—Pues… No sé. No opino nada. Es un hombre que jamás me ha

interesado. Nada personal… Es que no siento el menor interés por la política, pues sé positivamente que todo es una mentira basada en la economía… de unos cuantos. La política no es más que una consecuencia de la economía. Y la economía está en manos de unos pocos grupos mundiales.

—¿Y usted, con su… aportación energética, tiene alguna pretensión en el sentido de desequilibrar esa… hegemonía económica?

Karl Bauer metió la mano entre sus cabellos, y se rascó pensativamente, antes de mover la cabeza.

—No he pensado en ello. Sólo he pensado que puedo resolver todos los problemas de Europa.

—¿Con petróleo?

—¿Por qué no, si ésa es el arma que actualmente están utilizando los grupos económicamente poderosos?

—Señor Bauer: ¿qué opina usted de la idea de que, detrás de los árabes, de la OPEP concretamente, esté la… dirección estratégica y económica de Estados Unidos?

—Opino que no me sorprendería nada —dijo Bauer, tras alzar las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Pero no había pensado antes en ello?

—No. Yo sólo pienso en economía.

—Veamos… ¿Realmente cree usted que podría solucionar la crisis energética europea? ¿Cómo lo haría?

—Con petróleo.

—¿Petróleo no procedente de los países árabes, ni de los actuales grandes productores?

—No procedería de ellos.

—¿Quizás ha… inventado usted un petróleo sintético?

—No —sonrió Bauer—… El petróleo que yo puedo proporcionar es simplemente petróleo natural. Como cualquier otro.

—¿Y de dónde lo sacaría usted, señor Bauer, si no era de la OPEP, ni de los demás países actualmente considerados como grandes productores?

Karl Bauer miró con el ceño fruncido a Pearson.

—¿Ella está autorizada a presionarme tanto, señor Pearson?

—No —negó el británico—… No tiene usted que contestar a nada que no desee, señor Bauer. De todos modos, pienso que

adelantándonos ahora algo, quizá pudiésemos proporcionarle mañana, en su nueva residencia fija, personal más capacitado y especializado.

Bauer se quedó mirando de uno a otro. Por fin, asintió con un leve gesto.

—¿Qué más da decirlo ahora que dentro de doce horas? El personal que precisaré en primera instancia será… tendrá que ser experto en geografía y geología… marina.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente Monique.

Karl Bauer se puso en pie, fue hacia una gran mesa que le había sido proporcionada, lo mismo que gran cantidad de mapas. Eligió dos de éstos, regresó al sofá, y extendió uno de los mapas de cara a Monique y Pearson.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un mapamundi —sonrió Monique—… El mapa del mundo.

—¿Les parece que el mundo es grande?

—Yo diría que sí —continuaba sonriendo Monique—… Siempre relativamente hablando, ya que debe de haber otros planetas más grandes. Y no digamos el sol… Pero digamos que es grande, sí.

—¿Y por qué en un planeta tan grande sólo tiene que haber petróleo en determinadas zonas, que son las que he señalado con color rojo? ¿Por qué sólo en esas zonas?

—No lo sé —murmuró Monique.

Bauer dejó a un lado el mapamundi, y extendió ante los dos espías el de Europa.

—Esto es Europa… Al sur, el Mar Mediterráneo. Algunos países que dan a este mar son productores de petróleo… ¿Por qué otros no lo son, por qué otros no producen petróleo?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignora? Pero dígame: ¿le parece que eso tiene sentido? Hay petróleo en Libia, por ejemplo. ¿Por qué no ha de haber petróleo en Grecia, también por ejemplo? En la actualidad, se está extrayendo petróleo en la costa mediterránea española… ¿Por qué no en Grecia, en Italia, en Yugoslavia, en Francia…? ¿Por qué? ¿Y por qué no en Dinamarca, o en Noruega…, en cantidades verdaderamente importantes?

—¿Usted lo sabe?

—Sí. Y la explicación es bien simple: porque determinados

grupos de presión económica, utilizando su poder político, han decidido que POR AHORA NO HAYA PETRÓLEO MÁS QUE EN LOS SITIOS QUE A ELLOS LES CONVIENE.

—¿Con qué fin? —murmuró Monique—. ¿Mantener siempre bajo control al mundo?

—Usted lo ha dicho. Si eso lo está haciendo Estados Unido, o Rusia, o ambos juntos, o interviene alguien más, naturalmente que no lo sé…, ni me interesa. Pero alguien está controlando el mundo por este procedimiento…, y a mí no me gusta. Así que voy a encontrar petróleo en todos los sitios que me parezca bien. ¿Por qué ha de haber enormes yacimientos en Kuwait y ni una gota en la costa francesa? ¡Vamos…! ¡Eso es absurdo! Simplemente, lo que ocurre es que se van explotando los yacimientos que convienen a determinadas posturas políticas o poderíos militares. Sólo eso.

—¿Y todo el resto del petróleo se va… reservando para el momento oportuno?

—Claro. Porque si todos los países que pueden producir petróleo lo hiciesen, no habría nadie que fuese más poderoso que los demás. De este modo, los más poderosos seguirán siéndolo, utilizando como arma la energía en lugar de los cañones. Es lo mismo: sigue siendo poder, control. No me gusta que nadie controle Europa.

—De donde se desprende que usted va a conseguir que aparezca petróleo en grandes cantidades en Europa.

—Todo el petróleo que Europa esté dispuesta a financiar en cuanto a su búsqueda.

—Búsqueda que sería bastante fácil, ya que usted conoce los lugares donde hay petróleo en abundancia, y el modo de acceder a él con relativa facilidad.

—Exactamente.

—¿Y cuál es ese modo?

—Es un sistema nuevo de prospección.

—¿Qué sistema?

Karl Bauer suspiró profundamente, dobló los mapas, los dejó a su lado, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo, como olvidado del mundo. Los dos espías cambiaron una mirada, y Pearson asintió, poniéndose en pie.

—¿Necesita algo, señor Bauer? —murmuró.

—No, gracias —sonrió el austriaco—… Estoy muy bien

atendido. Celebro mucho haber elegido a los británicos.

—Gracias —casi sonrió Pearson—… ¿Nos vamos, Monique?

—Sí… Buenas noches, señor Bauer. Y gracias por sus explicaciones. Deseo sinceramente que tenga usted éxito.

—Si tuviese tan segura la salvación de mi alma —sonrió más amplia y cándidamente Karl Bauer—, ya podría considerarme sentado en cielo.

—¿No puede fracasar?

—Yo, no. Ahora bien, si el Reino Unido forma parte de ese oculto poder mundial, y una vez en posesión de mis secretos, me… silencian de un modo u otro, y el mundo sigue igual, ya no será culpa mía, ¿no le parece?

—No —murmuró Monique Lafrance—… Ya no será culpa de usted, en efecto. Adiós, señor Bauer.

Capítulo IV

—¿Te llevo al hotel? —preguntó Pearson, de nuevo ambos en su coche.

—Estaba temiendo que me propusieses otra cosa —murmuró Monique.

—No lo haría aunque supiese que ibas a aceptar —murmuró también el británico—, porque sé que no me darías lo que yo querría. Nosotros hemos rebasado ya esa frontera del simple placer físico, que aun siendo mucho, no nos satisface si no contiene algo más. Algo que sé que sólo lo destinas a él. Por cierto, ¿cómo está Número Uno?

—Espero que bien —sonrió Monique Lafrance—. Voy a pedirte otro favor, John: da la orden para que nadie siga a Simón-Londres, a fin de que pueda entrevistarme con él sin que tus hombres me vean y se dediquen luego a vigilarme.

—Está bien.

Pearson recurrió a su radio de bolsillo para dar las órdenes pertinentes; acto seguido, Monique se puso en contacto con el jefe de la CIA en Londres, citándolo cerca del Ambassador, en Bayley Street, frente a Edford Square. Hecho esto, Pearson puso en marcha el coche, alejándose de Whitehall.

—Según yo entiendo —dijo entonces—, tú insistes en que Ivo Pavelic no pertenecía a la CIA, así que vas a encargar copias de su fotografía, para que lo busquen tus Simones también en Marsella y Roma.

—Sí. Bueno, John, tengo una respuesta para ti respecto a la pistola de Walter Summers. Me refiero a la que tenía en el aeropuerto, y que fue utilizada para matar hace unos meses a *Sir* Leonard Dingham.

—Sí, sí. ¿Cuál es esa explicación?

—Esa pistola le fue robada de su apartamento a Walter Summers

antes del asesinato de *Sir* Leonard Dingham.

John Pearson volvió la cabeza, para mirar un instante, incrédulo, a la agente Baby.

—¿Estás bromeando? —exclamó.

—No. Le quitaron la pistola, así que se le facilitó otra.

—Entonces… ¿cómo es que Summers tenía *su pistola anterior* en el aeropuerto, y ninguna más que esa?

—No lo sé, John. ¿No me crees?

—A ti, sí. Creo que te han dado esa explicación absurda, pero tú no me creerías a mí si las cosas estuviesen al revés. Dime la verdad: ¿me creerías?

—A ti, sí.

—Pero pensarías que me habían mentido a mí, es decir, que en contra de mi voluntad, yo te estaba mintiendo. ¿No es así?

—Me temo que sí —suspiró Monique.

—Pues así están las cosas. Vamos, Brigitte, esa explicación es pueril. Nadie la creería.

—Yo la he creído. Pero tú no estás obligado a hacerlo.

—Exactamente.

Quedaron silenciosos los dos. En aquella jugada, John Pearson iba a perder más que la agente Baby, pues ésta decidió no hablarle de Massimo Verni, como había sido su intención. Si la CIA estaba jugando sucio, no tenía por qué facilitarle ella más armas al servicio secreto británico, pues ella misma se encargaría de descubrir la porquería que hubiese bajo las apariencias. Y si la CIA no tenía nada que ver con los hechos, ¿por qué complicar aún más las cosas facilitándole al MI5 el nombre de otro personaje…, que a fin de cuentas quizá no tuviese nada que ver? Sí, la marcha del tal Massimo Verni del Ambassador Hotel al mismo tiempo que lo hizo Ivo Pavelic podía ser casual…

—Y además —dijo de pronto Pearson—: ¿por qué la CIA no nos ha facilitado antes esa explicación? ¿No se les ha ocurrido hasta ahora?

—¿Acaso saben que tenéis esa pistola?

Pearson hizo un gesto de reproche hacia sí mismo.

—Es cierto —admitió—: no se lo hemos dicho… todavía. Ya veremos cómo reaccionan cuando se lo digamos.

—Ya lo sabes: te darán la misma explicación que yo acabo de

facilitarte.

El británico encogió los hombros, y preguntó:

—¿Qué opinas de Karl Bauer?

—Es simpático y atractivo. Tiene un gran encanto. En cuanto a sus teorías sobre la ubicación de grandes bolsas petrolíferas…, ¿por qué no podrían ser ciertas? El petróleo puede estar repartido por todo el mundo, no sólo en Asia Menor, Texas, Venezuela y otros pocos sitios. ¿Por qué no en Francia, o en… Andorra, o en Portugal, o en Senegal?

—Ya veremos qué pasa… Estamos llegando.

Segundos después, Pearson detenía el coche, en el cruce de Tottenham Court Road y Bayley Street.

—Gracias por todo, John.

—¿Estaremos en contacto?

—No lo sé. Quizá decida marcharme a Roma, o a Marsella. Ya no vamos a discutir más sobre la personalidad de Ivo Pavelic, ¿verdad? Simplemente, quizá decida ponerme yo también a buscarlo…, es decir, a localizar dónde estuvo antes y con quién se relacionó.

—Ten cuidado —susurró Pearson.

Monique Lafrance sonrió dulcemente, y se inclinó a besar al buen amigo de tantos años de espionaje. Luego, salió del coche, esperó a que éste se alejase, y se dirigió por Bayley Street hacia Edford Square, situada apenas a cincuenta metros. Caminaba lentamente, en poco encogida por el frío de la noche… Vio enseguida al hombre que apareció caminando hacia ella, y se detuvo. El hombre se detuvo también un instante. Luego, continuó caminando hacia la espía, que no se había movido más.

—Buenas noches —saludó el hombre—… ¿Es usted?

—Hola, Simón.

—Hola —sonrió Simón-Londres—… Será mejor que nos metamos en mi coche.

Fueron al otro lado de la plaza, y entraron en el vehículo. Allí dentro se estaba más caliente.

Desde el coche, por entre las fachadas de la estrecha callejuela cuyo nombre no consiguió ver Monique, se veía uno de los muros del Museo Británico, al fondo… Cerca había un farol, y a su resplandor Baby podía ver perfectamente las facciones de Simón,

angulosas, duras. Todo un veterano del espionaje, como ella misma, como John Pearson… Algunas canas brillaban en las sienes de Simón-Londres.

—¿Ha conseguido algo positivo? —preguntó el espía.

—Pequeñas cosas que iremos sumando. Aquí tiene usted unas fotografías de Ivo Pavelic, a las que nuestro dibujante deberá ponerles ojos…, de color entre marrón y pardo. Quiero que hagan copias de él y que aquellos de nuestros colaboradores que estén en condiciones de hacerlo rastreen a Pavelic desde que llegó a Londres y se alojó en el Ambassador Hotel. Y lo mismo harán con otro hombre que también estuvo en ese hotel, y que se marchó al mismo tiempo prácticamente que Pavelic. El nombre del otro es Massimo Verni…

—¿No tiene ninguna fotografía de él?

—No. Éste escapó. Pero podríamos conseguir su descripción. Lo haría yo, pero no quiero hacerme notar más en el hotel. Así que vea si mañana puede enviar a alguien al Ambassador; que llegue preguntando por el señor Verni, que simule que hay algún error, que se lo haga describir por algún empleado del hotel… Bueno, usted ya sabe.

—Sí, sí, no se preocupe de eso. Lo que me gustaría es recibir más información de la que tengo sobre todo este asunto.

Baby asintió, y procedió a explicar metódicamente al jefe de la CIA en Londres lo que había ido averiguando, omitiendo tan sólo su entrevista con Karl Bauer y las explicaciones de éste, considerando que la postura del austriaco y sus intenciones económicas no tenían valor para el trabajo de unos espías que deberían concentrarse en cosas bien diferentes.

Cuando terminó, Simón le ofreció un cigarrillo, y encendió otro para sí.

—En definitiva —dijo—, todo lo que tenemos es ese tipo llamado Massimo Verni, que podría residir en Roma, o que al menos llegó procedente de allí, y las fotografías de Ivo Pavelic, que está muerto.

—Sí. A menos que usted considere la posibilidad de conseguir alguna otra cosa por medio de esa pelirroja llamada Maggie que se acostaba con Walter Summers.

—En mi opinión, se amaban, simplemente. Pero, en fin, ya que

tan pocas cosas tenemos, es posible que finalmente la investiguen más a fondo…, si es que eso es posible; como comprenderá, ya nos ocupamos debidamente de ella en cuanto comenzó a salir con Walter. Pero no vamos a olvidarla. ¿Qué hacemos con las fotos de Pavelic cuando ya tenga los ojos… abiertos?

—Ya le digo que hagan copias de ella. Y también de Massimo Verni si han conseguido su descripción para entonces.

—Los británicos observarán que nos hemos puesto en movimiento.

—Olvide a los británicos.

—Lo ideal sería que ellos nos olvidasen a nosotros —gruñó Simón.

—Ellos están haciendo su trabajo: ustedes hagan el suyo.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por ahora, no.

—Bueno… No ha mencionado usted a Karl Bauer, el sujeto relacionado con el petróleo que nombró cuando me llamó por la radio esta tarde. ¿Quién es y qué pinta en todo esto?

Monique vaciló un instante.

—Olvídelo también —dijo luego—… Es cosa aparte en nuestras investigaciones. Además, mañana se lo llevan de Whitehall a algún lugar seguro, así que por el momento vamos a dejarlo en manos de los británicos. En mi opinión, está bien donde está… Sí, las cosas están bien así, por ahora.

—Como usted diga. Procuraremos tener copias de Pavelic y de Verni para mañana por la mañana temprano, y veremos si localizo personal no vigilado que pueda rastrearlos a ambos. Se me está ocurriendo que quizá podríamos adelantar un poco el proceso de la búsqueda de Pavelic y Verni, enviando esta misma noche por radio al menos la fotografía de Pavelic a Marsella y Roma. Son sólo unas pocas horas, y quizá no valga la pena, pero…

—Es una buena idea —sonrió Baby—: hágalo, si eso no complica las cosas. Y llámeme por la mañana en cuanto tenga algo que comunicarme al respecto.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos si cuando llegue nuestro representante se nos ordena cesar en toda actividad e incluso regresar a Estados Unidos?

—Obedezcan —murmuró Monique.

Hizo un gesto de despedida, se apeó, y esperó a que Simón se alejase. Luego, a pie, pensativa, incluso olvidada del frío, tomó el camino hacia su hotel. Le sentaría bien dormir varias horas seguidas.

* * *

Bip-bip-bip-bip…

La manita de Brigitte Montfort apareció de debajo de las mantas, tomó la radio de bolsillo, que había dejado la noche anterior sobre la mesita de noche, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Buenos días.

—Buenos días, Simón —Brigitte miró su relojito de pulsera y se sorprendió al ver que sólo eran las siete y veinte de la mañana—… Parece que han trabajado bien y deprisa…

—No tanto —sonaba tensa la voz de Simón—… Hace unos minutos hemos recibido un mensaje perentorio de la Central: debemos reunirnos todos, y esperar las disposiciones de nuestro enviado especial, que llegará al mediodía. Así que todo lo que hemos podido hacer ha sido enviar la fotografía de Ivo Pavelic a Roma y Marsella. Salvo que usted nos indique que debemos desobedecer las órdenes, no podemos ocuparnos de identificar físicamente a Massimo Verni, ni de intentar rastreo alguno. ¿Qué hacemos?

—Ya les dije que obedeciesen.

—Lo que significa que a partir de este momento quedamos desconectados de usted absolutamente.

—Absolutamente. Y gracias por todo, Simón… ¿Simón?

—Sí, sí, la estoy oyendo… ¿Estaba usted durmiendo?

—¿Cuándo ha llamado? Sí, en efecto… ¿Por qué?

—Entonces, no ha visto ningún periódico todavía.

—No… ¿Qué ocurre?

—Pida que le suban el *Daily Express*. Sólo quiero añadir que Margaret Dawson es Maggie, la chica de Walter.

—No comprendo… ¿Qué pasa con la chica de nuestro compañero?

—Anoche fue encontrada en su apartamento, estrangulada.

—¡Dios…!

—¿Quiere que nos quedemos en Londres? ¡Por favor, pídanos que nos quedemos, Baby!

—No… No. Y ahora, menos que nunca. Adiós, Simón.

Brigitte cerró la radio, la dejó sobre la mesita de noche y permaneció pensativa unos minutos, perdida la mirada en el techo. Saltó de la cama, pidió por teléfono que le subiesen un ejemplar del *Daily Express*, y fue al cuarto de baño. Cuando salió de allí, ya duchada y con las lentillas oscuras y los rellenos que la convertían en Monique Lafrance, el *Daily Express* ya estaba sobre la consola. Encendió un cigarrillo y fue a sentarse en una butaquita, con el periódico en las manos.

El resumen del largo artículo, era el siguiente: *Miss* Margaret Dawson había sido encontrada estrangulada en su apartamento de Wigmore Street la tarde anterior, por una amiga que, sorprendida por no haber visto en varios días a la muchacha, había ido a su apartamento después de haber estado llamándola en vano por teléfono en muchas ocasiones. En el edificio donde vivía Margaret Dawson también habían notado la ausencia prolongada de la víctima, pero nadie se había alarmado ya que en ocasiones permanecía fuera varios días. Pero la amiga de *Miss* Dawson insistió en que por aquellas fechas Maggie no tenía que estar ausente, pues tenían pendiente un trabajo… Finalmente, el apartamento fue abierto con la llave maestra del conserje, y dentro encontraron a Margaret Dawson muerta hacía varios días, estrangulada, desnuda, caída de bruces junto a la cama. No había sido violada, ni aparecían más señales de violencia en su cuerpo ni en el apartamento, en el que, al parecer, no faltaba nada…

La Policía, naturalmente, había iniciado las pertinentes pesquisas, que por el momento apuntaban hacia un apuesto y simpático individuo que había visitado con frecuencia a la muchacha últimamente y del cual la amiga de ésta sólo pudo proporcionar el nombre: Walter.

—Walter Summers —susurró Monique—… Simón.

Docenas de ideas comenzaron a entrecruzarse en la mente de la divina espía. Por fin, descolgó el auricular del teléfono, y pidió que la comunicasen con determinado número… Pero, el teléfono de John Pearson llamaba, llamaba, llamaba… Colgó el auricular, y

procedió a vestirse rápidamente. Con toda seguridad, Pearson debía de estar en Whitehall, posiblemente dirigiendo el traslado de Karl Bauer al lugar donde se instalaría definitivamente para proceder a sus proyectos de localización de petróleo…

En Tottenham Court Road, Monique tomó un taxi, que la llevó a través de una ligera neblina gris y fría hacia Trafalgar Square. La fachada de la National Gallery era sólo una mancha oscura, y ni siquiera se veía la Nelson Column en el centro de la plaza cuando la cruzaron.

Faltaban unos minutos para las nueve de la mañana cuando la señorita Lafrance se apeaba del taxi delante de Whitehall, al otro lado de la avenida, en la esquina con la de Northumberland. La circulación era densa, pero bastante rápida, pese al autobús de dos pisos, rojo, que estaba detenido, averiado, muy cerca de donde esperaba Monique el momento de cruzar.

Para bien o para mal, John Pearson tenía que saber aquello. Pasase lo que pasase, la verdad tenía que quedar en evidencia. Y en las actuales circunstancias, John podía ayudarla mucho en las investigaciones, ya que ella no podía disponer de los Simones…

Al otro lado de la avenida, de pronto, vio a John Pearson, acompañado por dos hombres, caminando hacia un coche, el primero de una fila de tres.

Detrás iban dos hombres más, custodiando a un tercero, que identificó en el acto como Karl Bauer. Detrás de este segundo grupo cuatro hombres más, que iban directos hacia el último coche.

En el momento en que Monique Lafrance alzaba un brazo, en vano intento de que John Pearson se fijase en ella a través de los jirones de niebla, el motor del autobús se ponía en marcha. De un modo inconsciente, la espía pensó que finalmente habían podido repararlo, y se dispuso a cruzar… El autobús dio inesperadamente marcha atrás, de tal modo que sólo la agilidad de Baby la salvó de recibir un tremendo golpe con la parte trasera, de imprevisibles consecuencias. Las inmediatas fueron que Monique Lafrance, tras el salto, perdió el equilibrio y cayó sentada duramente al suelo…, mientras el autobús maniobraba rápidamente y se dirigía hacia la fila de tres coches. Todavía sentada, Monique gritó:

—¡John! ¡JOHN, CUIDADO…!

Ni siquiera ella misma llegó a oír su voz. En el centro de la

avenida hubo chirrido de frenos, toques de claxons, ruido de chapa metálica cuando un turismo fue desplazado violentamente por el enorme vehículo rojo, más ruido de chapa, crujir de cristales, gritos de personas cercanas a Monique… Dos hombres que habían acudido a ayudarla a ponerse en pie se quedaron petrificados observando la insensata maniobra del autobús, que iba directo hacia los tres coches, por entre otros que frenaban brutalmente en el centro de la calzada…

Por supuesto, los hombres que acababan de salir de Whitehall repararon inmediatamente en aquel estropicio, y se inició una reacción de sorpresa, de desconcierto…, mientras Monique se ponía en pie, buscaba su maletín de nuevo forrado de raso negro, y se abalanzaba hacia él.

Todavía no lo había tocado siquiera cuando oyó el ahogado estampido.

Y al otro lado de la avenida, la granada de gases estalló justo contra un lado del coche de en medio. Por un lado del autobús, Monique vio otro fogonazo, y una nueva granada fue a impactar entre el segundo y el tercer coche. Una densa humareda aparecía rápidamente, y gran cantidad de personas corrían alejándose de allí, con las manos en la cara, gritando absurdamente… antes de caer rodando por el suelo.

Monique abrió frenéticamente el maletín, sacó la pistolita, lo cerró, sujetándolo con la izquierda, comenzó a correr hacia Whitehall empuñando la pistola con la derecha… Tres granadas más hicieron explosión, la cantidad de humo aumentó, las personas que había cerca caían por todas partes, dos turismos más habían chocado…

Desde su posición, Monique vio a varios hombres saltando del autobús. No habría podido decir cuántos, pues la humareda era cada vez más densa… pero sí vio perfectamente que llevaban caretas antigás, así que se detuvo en seco, y comenzó a retroceder. Oyó los estampidos de tres o cuatro disparos, que restallaron secamente por encima del fragor del tráfico y los gritos humanos.

El leve olor del gas llegó hasta ella, y tras un respingo dio media vuelta y se alejó hacia la acera que acababa de abandonar. Sonaron más disparos, entre la blancura de la nube de humo gaseoso brillaron los cárdenos fogonazos. En la acera opuesta, Brigitte, algo

mareada, tuvo que arrodillarse para no caer. La cabeza le dio vueltas los ojos comenzaron a lagrimearle… Junto a ella, algunas personas que ni remotamente habían pensado en contener la respiración, caían dando tumbos. Todavía conteniendo la respiración, y prácticamente a ciegas, Monique abrió de nuevo el maletín, sacó una de sus compresas antigás, y se la colocó ante la boca y la nariz. Pero tenía los ojos llenos de lágrimas, los oídos le silbaban…

Sacudió la cabeza, y vio el autobús maniobrando de nuevo apartando con su parte trasera los coches que tenía cerca, para enfilar Whitehall abajo. Por un lado, uno de los coches apareció, y al volante la espía internacional distinguió la forma de una cabeza con careta antigás.

Alzó la pistolita, apuntó un instante, y disparó. Plof.

Por un instante, el coche hizo una extraña maniobra, pero continuó adelante, hacia la despejada avenida, ya que el autobús, al cortar el tráfico procedente de Trafalgar Square, había permitido que la parte opuesta quedase libre. Y se disponía Monique a disparar de nuevo cuando la mole roja se interpuso entre ella y el coche fugitivo. Disparó contra tos cristales de éste, y los vio saltar como rutilante lluvia, pero eso fue todo. Cuando el autobús le volvió la parte de atrás, disparó de nuevo la espía internacional, pero en aquel mismo instante, desde la plataforma de entrada, otra granada era disparada. Impactó en el suelo, a la izquierda de Monique, a unos siete u ocho metros, y el humo y el fortísimo gas lo llenaron todo en dos segundos, de modo que aún pudo ver menos que antes, y sintió tal escozor en los ojos que se metió la pistolita en un bolsillo del abrigo, y alzó parte de éste para protegerlos.

Alrededor sonaban claxons, pero lejos.

Y aún más lejos, le pareció oír una sirena policial. No se atrevía a moverse, pues sabía que si lo hacía perdería el equilibrio y caería al suelo, con riesgo de lastimarse seriamente.

En aquellos momentos extraordinarios, la agente Baby se encontró pensando, pero sólo durante una fracción de segundo, que lo que acababa de ocurrir era nada menos que frente a Whitehall, cerca del Almirantazgo, de la Oficina de Guerra de Su Majestad, del Ministerio del Aire…, ¡y a cuatro pasos de la *Police Station*!

Todavía protegiéndose los ojos, caminó hacia donde había visto

por última vez a John Pearson, por entre los coches detenidos, amontonados, algunos empotrados en otros, los conductores dormidos al volante…

Desde Trafalgar Square llegaba un tremendo rumor de claxons y sonidos de todas clases.

De Whitehall salían hombres corriendo…

Tropezando en todas partes, saltando por encima de coches y personas, Monique llegó finalmente ante Whitehall, donde la nube de humo comenzaba a disiparse rápidamente.

De los tres coches faltaba uno, el que había estado en cabeza. Por el suelo yacían varios hombres…, pero no Karl Bauer. Sí yacía Pearson, y Monique corrió hacia él, se arrodilló a su lado, y se quedó mirando aterrada primero el lívido rostro del espía británico, y luego la mancha de sangre que se extendía por su pecho. Junto a la mano derecha de John *Ghost* Pearson estaba su pistola.

—No, Dios mío —gimió Monique Lafrance—… ¡No!

Capítulo V

En la habitación de la clínica de gran exclusividad, entraron tres hombres. Uno de ellos era el médico. Los otros dos miraron con curiosidad a la hermosa muchacha rubia de ojos verdes que estaba sentada junto a la cama de John Pearson, cuya palidez era cadavérica. Por las dos ventanas de la espaciosa habitación se veía la negrura de la noche.

El médico se acercó a Pearson, lo examinó detenidamente, y luego miró sonriente a la hermosa rubia.

—Todo va bien. Es posible que despierte antes de la mañana, hablará algo, y se quedará dormido. Cuando eso suceda, querrá decir que todo va estupendamente, ya sin reservas.

—Gracias —murmuró la rubia.

El médico sonrió de nuevo, y salió. La rubia volvió a mirar entonces a los dos hombres. Los conocía perfectamente. Uno de ellos había formado parte en varias ocasiones del Consejo de la CIA que se dignaba recibirla cuando había sucedido algo realmente insólito, como por ejemplo, cuando el asunto del detector de Maldad[1]. La pregunta era si el hombre reconocía en la rubia a la señorita Montfort pese a saber perfectamente que aquella mujer era Baby.

El otro no sabía que aquella rubia era la señorita Montfort, pero sí debía de haber sido puesto en antecedentes de que se trataba de Baby, que había aparecido en la clínica muy poco después de que John Pearson hubiese sido llevado a ella junto con tres hombres más heridos, todos pertenecientes al grupo que había pretendido trasladar a Karl Bauer fuera de Londres. Lo que no sabía este hombre era que junto a John Pearson había permanecido, frente a Whitehall, una muchacha morena y bellísima, hasta que llegaron las ambulancias para llevarse a los heridos; una morena que había desaparecido… el tiempo justo para convertirse en rubia y volver

junto a Pearson. Este hombre era bien conocido por la rubia. No personalmente, pero sí por tantas y tantas fotografías como había visto de él en periódicos, revistas y noticiarios en cine y televisión: John Charles Wellington, el actual Primer Ministro británico. Un hombre alto, elegante, serio, de cabellos grises, porte impecable, facciones correctas y un tanto frías… La estampa viva de lo que se conoce como un *gentleman*.

Pero a quien con más atención miró la rubia fue al otro, al representante de la CIA, llegado a Londres hacía apenas ocho horas.

—¿Cómo están las cosas? —murmuró.

—Mal —susurró el hombre llegado de Washington—. A niveles superiores estamos consiguiendo un compás de espera, mientras se realizan investigaciones sobre el autobús y se intenta obtener algún dato sobre el helicóptero en el que se llevaron a Karl Bauer, mientras los hombres del grupo asaltante abandonaban el autobús y se desparramaban por Londres…, pero a nivel de agentes de acción, el antagonismo está en una fase muy peligrosa.

—O sea —los verdes ojos se desplazaron hacia John Charles Wellington—, que se insiste en que eso lo hizo también la CIA.

—A los británicos —dijo reposadamente Wellington— nos gustaría obtener otra explicación, se lo aseguro.

—Y a los americanos —replicó fríamente la rubia.

—No sea tan fría conmigo —sonrió desganadamente el Primer Ministro—… Yo sólo soy Primer Ministro, no espía. En todo caso, no creo haber tenido nada que ver con eso, ¿no le parece?

—Lo siento, perdone —asintió la rubia—… ¿Ha venido usted a ver a John?

—En parte. Lo tengo en gran estima personal, desde luego, pero ya tenía noticias continuas sobre su estado después de la operación, y sé que saldrá con vida. La verdad es que he venido aquí para hablar con usted, a instancias de su superior.

El hombre de la CIA enrojeció levemente, y miró al suelo. La rubia sonrió un poco, y se puso en pie, tras una mirada a Pearson.

—¿Sobre qué hemos de hablar? —inquirió.

—Su presencia aquí, en esta clínica, es un tanto… sorprendente, ¿no cree? —preguntó a su vez Wellington—. Considerando las circunstancias, no tengo la menor duda de que nuestros agentes que están por el edificio y en el pasillo especialmente, se lo consienten

porque usted les ha dicho que es la agente Baby… ¿Es así?

—Así es.

—Bien. Puestas de este modo las cosas, para nadie es ya un secreto la gran amistad que existe entre Baby y nuestro siempre eficaz John Pearson. Una amistad que llega posiblemente mucho más lejos de lo que podemos imaginar los demás. Y no estoy hablando, desde luego, de asuntos sexuales, que no tienen la menor importancia.

—Entonces… ¿de qué está usted hablando?

—Señorita… Baby: ¿le dijo a usted Pearson que esta mañana iba a ser trasladado Karl Bauer?

—No.

—¿Está usted segura?

—Señor Wellington, yo puedo mentir o decir la verdad, pero estoy siempre segura de que digo lo que quiero decir.

John Charles Wellington se quedó mirándola con gesto amable, mientras se rascaba una ceja.

—Lo que significa que usted puede estar mintiéndome con toda naturalidad y desparpajo.

—Espero que esto no le sorprenda en un espía, señor.

—No… Mire, le diré cómo están las cosas en lo que a mí se refiere: las personas que sabían que Karl Bauer iba a ser trasladado son muy pocas, y tan adictas, que no puedo pensar que la información haya partido de ellos. Así que pienso que si Pearson se lo dijo a usted y usted informó de ello a alguien de la CIA, ese hombre, o varios hombres de la CIA, pueden haber hecho eso…, aunque ni usted ni la Central lo sepan. ¿Me comprende?

—Por supuesto.

—¿La informó a usted Pearson…, y usted informó a alguien más sobre el traslado de Bauer?

Como un relámpago, la imagen de Simón-Londres pasó por la mente de Baby, ambos en el coche de éste, a la luz indirecta de los faroles de aquella estrecha calle al fondo de la cual había visto uno de los muros del Museo Británico.

—No —contestó.

—Espero que se dé cuenta de que eso me obliga a sospechar de mi propio personal —murmuró Wellington—…, empezando por Pearson.

—No diga tonterías —replicó ásperamente la espía.

El enviado de la CIA respingó, pero Wellington persistió en su actitud amable y flemática a la vez.

—Está bien. Mientras Pearson no pueda aclararnos esto, yo propongo…

—¿Por qué él? ¿Qué tiene que aclarar él?

—Solamente cuatro personas sabíamos lo del traslado de Karl Bauer: Pearson, mi secretario, yo, y el propio Bauer. Me permito dudar que el señor Bauer tuviese oportunidad de preparar su secuestro, pues sería absurdo, ya que para eso no hacía falta haber buscado contacto con nosotros. En cuanto a mi secretario, respondo de él como de mí mismo. Queda Pearson. Si él no dijo nada a nadie, comprenda usted que el asunto es grave, pues significaría que yo podría tener espías en mi propio domicilio. Con lo que, inmediatamente, yo debería proceder a dar órdenes en el sentido de que se iniciasen unas bochornosas investigaciones.

—Entiendo. Antes de iniciar esas investigaciones, usted quiere estar seguro de que Pearson no cometió ninguna indiscreción.

—Exactamente. Es un favor personal que le pido a usted. Si Pearson le dijo algo a usted, yo quedaré tranquilo respecto a la lealtad de mis colaboradores, y podremos sostener conversaciones adecuadas a nivel de servicios secretos. Si no le dijo nada, tengo que saber qué ocurre a mi alrededor, quién me traiciona…

Mientras Wellington hablaba, Baby pensaba rápidamente. Si le decía a Wellington que Pearson sí la había informado, y que ella había informado a su vez a Simón-Londres, la cosa se complicaría. Si decía que no sabía nada, que Pearson no le había dicho nada, Wellington se dedicaría, cautamente, a investigar a sus colaboradores…, lo que requeriría el tiempo suficiente para que la agente Baby quizás encontrase la solución por otro lado. Al menos, podía intentarlo hasta que Pearson recobrase el conocimiento y tuviese fuerzas suficientes para decir que sí había informado a Baby del traslado de Bauer…

—No —movió la cabeza—… Ya le he dicho que John no me informó de nada.

—Es terrible oír esto —murmuró Wellington.

—¿Por qué? ¿Acaso puede haber traidores en la CIA y no entre ustedes? Precisamente, no hace mucho, cierto enlace británico

realizó una jugada nada elegante en Estados Unidos[2]. ¿Quiere que se la explique?

—No —sonrió de nuevo desganadamente Wellington—. Bien, le agradezco mucho su colaboración, señorita. Mientras tanto se procede a una investigación en torno a mi persona, me agradaría considerarla como mi invitada, junto con el señor Mer…

—Atiéndalo a él, si lo desea. Yo no quiero tomar parte oficialmente en esto. En cuanto John esté bien, desapareceré.

—¿Quiere decir que se desentenderá de todo esto?

—No. Sólo que seguiré en ello, pero siempre a mi manera.

—¿Quiere usted decir… por su cuenta, sin atender las órdenes de la CIA?

Brigitte sonrió, al captar la sonrisita del hombre de la CIA.

—Pues sí, señor Wellington, eso he querido decir exactamente.

—Lo cual sitúa a la CIA fuera de las responsabilidades que pudiese contraer usted.

—Y a mí de las que pudiese contraer la CIA.

John Charles Wellington parpadeó, y quedó silencioso. El representante de la CIA señaló a Pearson, y murmuró:

—Sería mejor que nos fuésemos, señor Ministro, en beneficio del señor Pearson. Por supuesto, queda en buenas manos…, y no me refiero solamente a las del personal médico. ¿Necesita usted algo? —Se dirigió a la rubia.

—Sólo quiero saber cómo están mis Simones.

—Están bien —murmuró el hombre—. No se preocupe por ellos. Como suele decirse, nos las arreglaremos para que la sangre no llegue al río.

—Ya ha llegado —dijo suavemente Wellington.

—Entonces —replicó Baby—, eviten ustedes que llegue al mar: eso significaría demasiada sangre.

Los dos hombres se miraron, asintieron, y se dirigieron hacia la puerta. La rubia quedó sola con Pearson, pero por pocos segundos, pues entró una enfermera, que la miró con curiosidad. Curiosidad que no fue correspondida por la espía, la cual volvió a sentarse y se quedó mirando a John Pearson, el viejo y querido amigo que podía haber muerto en aquella refriega… ¿dirigida por la CIA?

John Pearson abrió los ojos quince horas más tarde, hacia las once de la mañana. Se quedó mirando el techo unos segundos,

suspiró, y volvió a dormirse. Junto a él, la rubia se había erguido vivamente, mirando luego a la enfermera de turno, que se apresuró a acercarse al herido para examinarlo. Luego, miró a la rubia.

—Está bien —dijo—… Todo va muy bien.

Hacia las seis de la tarde, la rubia dirigió una viva mirada a su maletín, que estaba en el suelo junto a sus pies. Lo tomó, salió de la habitación, y prescindiendo de las miradas de los dos agentes británicos que había allí, buscó uno de los cuartos de mantenimiento de la clínica. Se encerró dentro, abrió el maletín, y sacó la pequeña radio, que había dejado de emitir su zumbido de llamada. Llamó ella, y en el acto oyó la voz de un hombre:

—¿Quién llama?

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez la rubia.

—Se lo diré si habla usted italiano —habló ahora en este idioma el hombre.

—Hablo italiano, en efecto —dijo ella, en este idioma—. ¿Le gusta el nombre de Baby?

—Tanto como a usted el nombre de Simón —exclamó el comunicante—… Baby, acabo de llegar de Roma. Me envía Simón-Roma, pues no ha conseguido comunicar con la *station* de Londres. Tememos…

—No se preocupe por nada de Londres. ¿Cuál es el mensaje?

—Hemos localizado en Roma a Ivo Pavelic.

—Regrese a Roma y esperen mi llegada. Es todo.

Cerró la radio, la guardó, y regresó a la habitación de John Pearson. Se quedó mirándolo vacilante. ¿Realmente estaba ya fuera de peligro? Y aunque no fuese así… ¿acaso podía hacer ella algo por el querido amigo? Por otra parte, quizá fuese precipitado marcharse a Roma inmediatamente, ya que quedaban muchos cabos sueltos en Londres. ¿Había sido Walter Summers quien había asesinado a Maggie? ¿Había sido la CIA quien había utilizado aquel autobús, por supuesto robado con anterioridad en una acción preparatoria, para llevarse a Karl Bauer? ¿O era que Simón-Londres estaba haciendo algo por su cuenta, con lo que las responsabilidades estaban recayendo sobre la CIA? ¿Había adelantado algo el MI6 en la búsqueda de aquel helicóptero, o la Policía en la búsqueda del asesino de Margaret Dawson? ¿Se habían marchado a Estados Unidos Simón-Londres y los demás? ¿Había

efectuado su ataque verbal por televisión John Charles Wellington contra Estados Unidos…?

A las siete y media de la noche, la rubia cenó. Hacia las diez, se dormía, siempre sentada en la silla junto a la cama del herido. Debían de ser las tres de la madrugada cuando la despertó el profundo suspiro. Se quedó mirando a Pearson, que de nuevo había abierto los ojos y miraba el techo… Se inclinó hacia él, y le puso una mano en la frente.

—John…

Los claros ojos de Fantasma se desviaron hacia ella, y en los pálidos labios apareció una leve sonrisa.

—Sé que no fuiste tú —susurró—… Brigitte, evita… evita que todos… metamos la pata…

—Descansa tranquilo —sonrió dulcemente ella.

John Pearson estuvo unos segundos mirando el bello rostro de la rubia, haciendo esfuerzos por controlar la pesadez de sus párpados, que finalmente volvieron a cerrarse. Baby tomó su maletín, se puso en pie, y salió de la habitación.

Capítulo VI

A las once y cuarenta minutos de la mañana, la señorita Brigitte Montfort llegaba al aeropuerto Leonardo da Vinci, en Fiumicino, a pocos kilómetros de Roma. Procedencia: París. A las once cincuenta y cinco minutos, entraba, ya cumplidos los trámites aduanales, en uno de los servicios higiénicos del aeropuerto. A las doce horas y siete minutos, la señorita Montfort todavía no había salido de los lavabos, pero sí salió de éstos una espléndida muchacha rubia de ojos verdes que llevaba un bonito maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Debían de ser las doce y cuarto de una soleada y tibia mañana cuando la rubia se sentaba en uno de los taburetes del bar y pedía:

—Campari con soda, por favor.

Encendió un cigarrillo, miró su relojito, y luego uno del aeropuerto. Se dedicó a fumar y a tomar el campari, sin prisas. Por fin, un hombre alto, de cabellos castaños y ojos grises, apareció cerca del bar, miró a la rubia, miró el maletín, y se acercó, acomodándose en el taburete contiguo.

—Hola —saludo—… Ya estoy aquí.

—Pues ha tenido que correr mucho por la autopista —dijo la rubia.

—¿Correr? Recurriendo al viejo chiste le diré que más que correr he volado muy bajo. Supongo que reconoce mi voz.

—Sí. Usted es el Simón que ayer me llamó en Londres.

—Y no crea que fue fácil conseguir pasaje de vuelta inmediatamente. ¿Cómo se las ha arreglado usted?

—Tengo amigos en París que me arreglaron las cosas. Me bastó una llamada telefónica. He tomado un campari que me ha abierto el apetito. ¿Me invita a una *pizza*?

Simón sonrió, señaló hacia el restaurante, y ambos fueron allí. Poco después, tenían ante ellos dos *pizzas* y una botella de vino

Valpolicella, a petición de la rubia.

—Nos tiene a todos sobre ascuas —dijo Simón—… ¿Qué es lo que está pasando *exactamente* en Londres?

Baby terminó de cortar un pedacito de *pizza*, se lo metió delicadamente en la boca, lo masticó a la expectativa, y aprobó con un gesto, pero añadiendo:

—Las he comido mejores en París. Y hasta en Nueva York… Pero así son las cosas: también en Nueva York hay algunos cocineros chinos mejores que en la propia China. Simón, le voy a decir una sola cosa antes de comenzar a hablar en serio: si va a mentirme, será mejor que cuando yo le haga preguntas se ponga en pie y se marche. Eso no se lo podría reprochar. Pero jamás le perdonaría que me mintiese. ¿Está claro?

—¿Qué es lo que ocurre? —asintió el agente de la CIA.

—¿De verdad no sabe nada de lo que ocurre en Londres?

—Sólo rumores de dificultades con los británicos.

—¿Sólo rumores? Bien… ¿Qué sabe del asesinato de un agente del Moukhabarat llamado Refit? ¿Y del intento de asesinato de Willy Brandt por parte de unos cuantos soldados americanos destinados en Alemania? ¿Y del asesinato de *Sir* Leonard Dingham? ¿Y de un hombre llamado Karl Bauer?

—Ni idea de todo eso.

—De acuerdo. ¿Qué han averiguado de Ivo Pavelic?

—Lo hemos localizado. Bueno, quiero decir que hemos localizado el lugar donde vivía en Roma: apartamento 4, en el número 33 de Via Liguria.

—¿Vivía solo?

—Sí, sí.

—¿Cómo lo han localizado?

—Recibimos las fotografías enviadas por Londres, y de acuerdo a las instrucciones nuestro dibujante procedió a ponerle los ojos, Luego, hicimos copias, que pusimos en circulación… Uno de nuestros colaboradores italianos lo identificó a las pocas horas: Ivo Pavelic es… era, quiero decir, un yugoslavo que hacía tiempo residía en Roma, dedicado a diversas actividades de tipo aventurero. Según parece, hace años combatió como mercenario en África, y más tarde formó parte de un grupo terrorista en Beirut, cuando lo del gran jaleo en el Líbano. No sabía más de él, pero el

tipo ya estaba catalogado e identificado. Localizar su domicilio no fue demasiado difícil, después de eso, ya que como usted sabe, las personas dedicadas a una misma actividad suelen moverse siempre en los mismos círculos. Un amigo de nuestro colaborador identificó a Pavelic, recordó que alguna vez había mencionado Via Liguria…, y nosotros hicimos el resto. Fue un trabajo afortunado, por la rapidez.

—Muy afortunado. ¿Qué más saben de Pavelic?

—Nada más. Bueno, no hace falta romperse mucho la cabeza para catalogarlo, ya se lo he dicho. Pensamos que era mejor esperar instrucciones de usted, puesto que Londres la mencionó expresamente.

—¿No han recibido ningunas instrucciones especiales sobre mí, procedentes de Londres, de París, o de la Central…?

—No, nada en absoluto. ¿Por qué?

—Termine su *pizza*: tenemos todavía muchas cosas que hacer antes de comenzar a trabajar.

* * *

Debían de ser las cinco de la tarde cuando la hermosa muchacha rubia de los ojos verdes se apeaba de un taxi delante del número 33 de Via Liguria, cerca de Via Veneto, tras haber pasado frente al Palazzo Margherita. Echó un vistazo a la fachada del edificio, frunció el ceño y entró en el portal. De su mano izquierda pendía el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Se congratuló de que no hubiese servicio de portería… Lo que, por otra parte, debía de haber influido en Ivo Pavelic a la hora de elegir apartamento, pues resultaba más discreto para él que nadie supiese nunca cuándo entraba o salía del edificio…

Pero sí había los inevitables buzones para la correspondencia. Se acercó a éstos, buscó el número 4, y sonrió secamente al ver que no había ninguna tarjeta especificando a quién pertenecía. Era como si el apartamento estuviese desocupado. Esto no sorprendió en absoluto a la agente Baby, pero sí la dejó estupefacta el nombre que había inscrito en el tarjetero del buzón correspondiente al apartamento número 6: Massimo Verni.

Durante un par de segundos, realmente, Baby quedó atónita,

incrédula. Había llegado allí en busca de las posibles pistas que hubiese podido dejar un muerto…, y se encontraba con el nombre de un hombre que, seguramente, estaba vivo…, y que había estado alojado en el Ambassador Hotel de Londres al mismo tiempo que Pavelic y se había marchado de allí el mismo día y a la misma hora prácticamente. Si aquello era casualidad, el mundo estaba loco.

Miró escaleras arriba, vacilante. La intención inicial, en efecto, había sido echar un vistazo al apartamento de Ivo Pavelic, pero las cosas habían cambiado. ¿Era mejor marcharse, y esperar a Massimo Verni, para seguirlo, o encargar de eso a los Simones de Roma? Posiblemente, era lo mejor, pero por el momento, ni siquiera sabía cómo era Verni, ya que no había sido posible obtener su descripción en Londres, debido a las especiales circunstancias…

Bien: ¿por qué cambiar los planes?

Se dirigió decididamente escaleras arriba, con toda naturalidad, pero en silencio. Llegó ante la puerta número 4, en el segundo piso, y tras escuchar a través de la puerta, recurrió a una de sus ganzúas para abrirla, lo que consiguió con gran facilidad. Entró, cerró la puerta tras ella, y permaneció inmóvil escuchando. Las ventanas estaban cerradas, pero no completamente; había unas franjas de resplandor solar en el fondo del apartamento, que proporcionaban suficiente luz para poder moverse con soltura.

Se adentró en el apartamento, abrió sólo un poco más dos de las contraventanas, y echó un vistazo circular. Era un apartamento corriente, en modesto, con una mesa en el centro y una horrible lámpara de latón colgando del techo directamente encima de la mesa. Una vitrina con vasos, copas, tazas; un aparador, algunas sillas, un pequeño mueble-bar de espeluznante color marrón.

Tres minutos más tarde, la rubia había recorrido en primera instancia el apartamento, que constaba de comedor, dos dormitorios un pequeño cuarto de aseo, y una tétrica cocina. Un registro en el armario era de rigor, pero no había lugar, puesto que estaba vacío… Como todo el resto del apartamento. No había en éste nada personal. Era un apartamento que se alquilaba amueblado, y ya está. Sin duda, Ivo Pavelic había vivido allí, pero después de su muerte alguien se había llevado todas sus cosas.

¿Y… quién mejor que Massimo Verni, que vivía en el apartamento 6? Convencida de que nada interesante había de

encontrar en el 4, Baby abandonó este apartamento, y subió al tercer piso. Se detuvo delante de la puerta señalada con el número 6, y de nuevo dedicó unos segundos a escuchar. No oyó nada, por lo que dedujo que Massimo Verni se había apresurado también a alzar el vuelo… ¿O simplemente no estaba en el apartamento ahora, pero volvería más tarde?

De nuevo recurrió a la ganzúa, convencida, en el fondo, de que Massimo Verni había abandonado aquel lugar después de recoger todas las cosas de su compañero Pavelic, muerto en el aeropuerto de Heathrow. Echaría un vistazo en aquel apartamento, y luego lo dejaría todo en manos de los dos Simones que la esperaban en un coche que había llegado antes que ella a Via Liguria. Ni siquiera los había visto, pero sabía que estaban allí, esperando que ella saliese del edificio, o los llamase por la radio de bolsillo.

Nada más empujar la puerta, se dio cuenta de que en aquel apartamento había más luz que en el otro. Pero el silencio era total. Entró, cerró, y caminó por el pasillo. Era idéntico al de abajo, al 4, de modo que conocía perfectamente su distribución. Y enseguida se dio cuenta de que aquel apartamento no estaba desocupado. Vio revistas sobre la mesa del comedor, y un bolso de mujer… Se olía inconfundiblemente a tabaco, recién fumado. La mirada de la rubia fue vivamente, alerta, hacia el fondo del pasillo. La puerta de uno de los dormitorios estaba cerrada, la otra entreabierta… Se asomó por ésta, y tuvo un pequeño sobresalto al ver a la mujer, en la cama, completamente desnuda, tendida boca abajo, durmiendo, evidentemente.

Empujó un poco más la puerta, se colocó en el umbral del dormitorio, y apuntó hacia la desnuda durmiente.

—¡Eh! —llamó Baby.

La muchacha se volvió velocísimamente, sentándose en la cama, saltando sus desarrollados senos como bellos juguetes blancos en la penumbra…, mientras la puerta, que formaba ángulo recto con el umbral, salía de pronto fuertemente impulsada hacia Baby en la dirección para ser cerrada, arrancándole la pistola, y en el lado derecho de la cara cuando se movió, simultáneamente con el fuerte impacto en el hombro que la tiró de lado contra el marco de la puerta, donde rebotó…, para ir a parar entre los brazos de un hombre completamente desnudo que apareció de detrás de la

puerta.

—¡Agarra su pistola! —jadeó el hombre.

Los senos de la muchacha parecieron saltar de nuevo arrastrándola a ella fuera de la cama, vibrando sus hermosas caderas tersas y amplias… Pero Baby no prestaba la menor atención a la muchacha en aquel momento, sino al hombre desnudo que la agarraba fuertemente, rodeándola con sus brazos, apretándola contra su pecho.

Todavía un poco aturdida por el golpe en la cabeza, Baby comprendió que no podía dar tiempo a la muchacha para que se hiciese con su pistolita, así que pasó al contraataque rápidamente: con la frente, golpeó al hombre en plena nariz, en un impacto no demasiado fuerte pero tan doloroso que el hombre lanzó un bufido, y aflojó la presión de sus brazos.

La rodilla derecha de la rubia se alzó, impactando con blando sonido en los genitales del hombre desnudo, que contuvo un bramido de dolor, la soltó, y retrocedió un paso, tambaleándose… La muchacha estaba inclinada sobre la pistolita de Baby, sus dedos casi la tocaban ya, cuando el pie derecho de la espía la alcanzó en dolorosísimo impacto en el seno izquierdo, derribándola de lado, demudado el rostro por los efectos de aquel terrible dolor que incluso le impedía gritar.

Pero, cuando a su vez se disponía Baby a recoger la pistolita, el hombre saltó sobre ella, empujándola con tal fuerza que los dos fueron a parar sobre la cama, que crujió. El hombre quedó encima de Baby, sujetándola por la garganta con la mano izquierda. La derecha, cerrada, cayó como un martillo sobre el seno izquierdo de Baby que emitió un gemido de dolor y palideció…

—La pistola —jadeaba el hombre—… ¡Coge esa pistola!

Como lejano, Baby oyó el rumor de la chica de los grandes pechos blancos, mientras en el suyo izquierdo le parecía tener clavada una lanza que lo atravesaba. Por entre las lágrimas de dolor vio de nuevo alzado el puño del hombre. En el momento en que descendía consiguió pasar su brazo izquierdo entre los dos cuerpos, y detenerlo. Pasó también el brazo derecho, empujó hacia fuera con seco gesto, y la mano del hombre pareció ser arrancada del cuello de la espía…, que a continuación disparó su puño izquierdo hacia aquella boca masculina crispada por la furia.

El hombre lanzó otro bramido ahogado, y cayó a peso sobre Baby, aplastándola contra la cama. Era un hombre alto, fuerte, de manos enormes. Se agarró de nuevo a Baby con fuerza, su rostro junto al de ella, manchándolo de espumarajos de rabia. La rubia le golpeó ahora con el puño derecho en el costado izquierdo, y con el izquierdo en el costado derecho. La reacción del hombre fue saltar como si hubiese estado sobre unos muelles, desorbitados los ojos… Baby lo empujó hacia su izquierda, le golpeó de nuevo con el puño derecho, ahora en la mandíbula, y el hombre saltó de la cama, rodando por el suelo.

La espía se incorporó rápidamente en la cama…

—¡Quieta! —La amenazó con su propia pistolita la muchacha, ahora de pie junto a la cama.

La rubia quedó inmóvil, muy abiertos los ojos. En el suelo el hombre se había detenido, estaba colocándose de manos y rodillas, se irguió por fin. Los ojos de Baby fueron de uno a otra, en veloz estudio de la situación. Si él volvía a intentar agarrarla, podría utilizarlo para empujarlo contra la muchacha, y entonces… Pero el hombre, de un par de trompicones, llegó junto a la muchacha, le quitó la pistolita, y apuntó a Baby con ella, casi desorbitados sus ojos por la rabia y el sobresalto.

—Perra asquerosa —jadeó—… ¡Muévete y verás lo que pasa! Tú, ve a buscar mi pistola.

La chica desnuda salió corriendo de la habitación, y Baby permaneció sentada inmóvil en la cama, mirando la pistola en la mano del hombre… que sólo podía ser Massimo Verni. En cuestión de segundos la muchacha regresó, tendiendo a Verni su pistola con silenciador. Éste la tomó con la derecha, tras pasarse la de Baby a la izquierda.

—¿Quién eres? —preguntó.

El mecanismo automático comenzó a funcionar en la mente de la espía más astuta del mundo.

—Me llamo Maria… Maria Piamonte…

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué has entrado en mi piso?

—Vine en busca de Ivo, pero al no encontrarlo, pensé que su amigo podría decirme dónde estaba…

—¿Su amigo? ¿Qué amigo?

—No sé… Ivo me dijo algunas veces que si alguna vez

necesitaba algo y no lo encontraba, que viniese a ver a su amigo al apartamento seis.

—¿Y por qué no has llamado?

—Sí he llamado, pero no debe de funcionar el timbre, así que he pensado que no había nadie aquí, y he pensado que podía entrar por mi cuenta y esperar al amigo de Ivo… Sí, ahora recuerdo: Massimo… ¿Tú eres Massimo?

—Sí. ¿Y por qué tenías la pistola en la mano? ¿Por qué no has dicho enseguida que eras amiga de Ivo?

—Porque me ha sorprendido ver a una mujer, no a un hombre. No sé, soy bastante desconfiada…

—Está bien, sal ya de la cama. ¿Para qué buscas a Ivo?

Baby salió de la cama, y consiguió una convincente sonrisa.

—Necesito algo de dinero, y él acostumbra ayudarme con frecuencia.

—¿Quieres decir que sois buenos amigos?

—Como tú y ésa —señaló Baby a la muchacha, sonriendo.

—Ya —sonrió también Massimo Verni—. Bueno, vamos al comedor, dejé las ropas allí, en una silla… Y supongo que prefieres que todos estemos vestidos.

—A mí me da lo mismo —casi sonrió Baby.

—Pues a mí, no. Vamos al comedor.

La rubia pasó por delante de Verni, llegó al umbral del dormitorio…, y recibió entonces, en la parte posterior de la cabeza, el tremendo golpe propinado por Verni con la pistola, que la tiró contra el marco. Tuvo la sensación de que su cabeza estallaba en millones de fuegos de artificio de todos los colores, y el horrendo dolor se extendió por todo su cuerpo… Intentando agarrarse a alguna parte, volvió sus desorbitados ojos hacia el italiano, que le descargó ahora un revés con el canto de la mano izquierda en un lado del cuello, tirándola al pasillo, donde cayó de bruces y así quedó…, mientras la sangre comenzaba a empapar sus cabellos.

Massimo Verni se quedó mirándola desde la puerta, fruncido el ceño.

—Amiga de Ivo —bufó—… ¡Cretina!

—¿Quién debe de ser? —Apareció la muchacha junto a él.

—No lo sé. Pero no me gusta nada su presencia aquí… Y me parece que lo mejor que podemos hacer nosotros es largarnos. Átala

bien con cualquier cosa, mientras yo llamo por teléfono.

* * *

Desde el coche, los dos agentes de la CIA que no perdían de vista el número 33 de Via Liguria, vieron llegar la camioneta, y saltar de ella dos hombres, que entraron rápidamente en el edificio. Cambiaron una mirada, y el que estaba al volante murmuró:

—Hace ya casi una hora que entró ahí. Y ni siquiera nos ha llamado por la radio.

—Ya viste que ni se molestó en asegurarse de que habíamos llegado antes que ella. Le gusta trabajar sola… Seguramente, está registrando el apartamento de Pavelic como si de ello dependiese su vida.

—Una hora es demasiado tiempo.

El otro vaciló, miró su reloj de pulsera, y asintió.

—Faltan siete minutos para la hora. Si dentro de siete minutos no sabemos nada de ella, nos interesaremos por el asunto. Tómate las cosas con calma: ella es Baby, ¿recuerdas?

El del volante, que era el mismo que había estado en Londres y que luego había acudido al aeropuerto a recoger a Baby e informarla del paradero de Ivo Pavelic hasta que éste abandonó Roma, asintió, con gesto algo más tranquilo.

Y sonrió un par de minutos más tarde cuando vio salir del portal a la pareja, abrazados. Él era un tipo alto, atlético, atractivo. Ella era una morena de soberbios pechos, que sonreía y lo miraba como encandilada…

—Vaya una tía cachonda, ¿eh? —dijo el otro espía.

—Me gusta más el tipo de Baby: menos carne, pero mejor colocada…, y de más calidad.

—¿Y qué sabes tú de la calidad de la carne de Baby?

—Hombre, son cosas que se ven… Me parece que esos van más calientes que un mico, y eso que ahí arriba deben de haberse dado la gran paliza en la cama…

Se quedaron mirando a la pareja, que se estaban besando. Los dos hombres que habían llegado con la camioneta salían en aquel momento del portal, llevando entre ambos un baúl. Dijeron algo al pasar junto a la pareja, riendo, y el hombre dejó de besar a la mujer

y corrió hacia el portal, diciendo algo que hizo reír más a los otros dos. Al minuto siguiente reaparecía, llevando una maleta. Los de la camioneta habían cargado ya el baúl, y tras breve conversación con la parejita besucona cargaron también la maleta, y se fueron.

El hombre y la mujer se abrazaron por la cintura, y se fueron también, en dirección a Via Veneto, arrullándose.

Simón miró su reloj de pulsera, y luego hacia el portal. El otro dejó de mirar a la pareja, tras señalarla y comentar:

—Según parece, todavía hay quien cree en el amor… ¿Cuánto falta?

—Dos minutos.

Los dos minutos pasaron, y los dos espías cambiaron otra mirada.

—¿Llamamos por radio, o vamos allá?

—Hagamos las cosas con orden —dijo el que parecía menos preocupado—: tú te quedas aquí y yo voy a echar un vistazo con todo sigilo, pues si ella se entera de que nos hemos acercado a ese edificio incluso ahora que está dentro, nos echará una bronca. ¿*Okay*?

—*Okay*.

Simón se apeó del coche, y fue hacia el edificio. Entró en éste…, y salió sólo tres minutos más tarde. El que estaba al volante palideció al ver la palidez de su compañero, que segundos después se sentaba de nuevo a su lado.

—Esto nos pasa por ser siempre tan obedientes con ella —dijo con voz ronca—… ¡Malditos seamos, debimos meter nosotros las narizotas en esa casa antes de que ella llegase a Roma, en lugar de conformarnos con situar a Pavelic y esperar!

—¿Qué quieres decir?

—Ivo Pavelic ocupaba el apartamento 4… Bueno, pues adivina quién ocupaba el número 6.

Tras un instante de desconcierto el otro Simón se mordió los labios, antes de musitar:

—¿Massimo Verni?

—Así es. Y ahora, los dos apartamentos están vacíos. Quiero decir que ni siquiera está ella…

El del volante miró con expresión desorbitada hacia donde había partido la camioneta… cargada con un baúl, y luego, hacia Via

Veneto.

—¿Te fijaste en la matrícula de la camioneta? —Casi gritó.

—¡Qué demonios había de fijarme! ¡La madre que me…! Son apartamentos que se alquilan amueblados, así que no están a nombre de los inquilinos en el directorio telefónico. Si hubiese sido así, habríamos visto el nombre de Pavelic y de Verni, pero de este modo… ¡Debimos entrar nosotros ahí antes!

—Está bien, cálmate… Con esto no ganamos nada.

—Tienes razón. Y además, ¿por qué preocuparnos tanto? Ya verás como Baby se las arregla para salir de ese apuro. Esa gente no sabe con quién se han metido… ¿No te parece?

Dicho esto, sonrió. Sonrió como si le estuviesen abriendo la barriga con un abrelatas viejo y oxidado. El otro, el del volante, ni siquiera consiguió eso.

Capítulo VII

Finalmente, el viaje terminó. No sabía cuánto había durado, porque ignoraba el tiempo que había permanecido sin sentido. Pero, desde que lo había recuperado debían de haber pasado unas dos horas. Dos horribles horas durante las cuales varias veces había creído que iba a morir asfixiada. Estaba en un reducto muy pequeño, encogidas las piernas; tenía atadas las manos a la espalda, y los pies. Además, habían sellado su boca con esparadrapo. Y lo peor de todo: le dolía horriblemente la cabeza.

Por supuesto, la peluca rubia se le había desplazado, y cuando consiguió quitarla completamente de su cabeza, notó en la mejilla el áspero roce de la sangre seca en los cabellos rubios. Movió el cuero cabelludo haciendo visajes con el rostro, y así supo que tenía una herida también cubierta de sangre seca un poco más abajo de la coronilla… Bien, al menos conservaba puestas en correcta posición las lentillas de contacto…

Sí.

El viaje había terminado. El vehículo en el que iba se había detenido por fin. A los pocos segundos, oyó unos ruidos metálicos como de cierre. Luego, unos golpes en la superficie sobre la que se hallaba la caja o baúl en que la habían metido a ella. A los pocos segundos volvió a oír el mismo sonido… Debía de estar en una furgoneta o vehículo parecido. Oyó la voz de un hombre muy cerca del baúl. Hablaba en italiano.

—¿Qué? ¿Has visto si nos seguía alguien por la autopista?

—No —le pareció distinguir la voz de Massimo Verni—… Todo el tiempo he venido detrás de vosotros, y estoy seguro de que nadie os ha seguido. Si los dos tipos del coche que había allí son amigos de ella no se han olido la jugada. Al menos, a tiempo de intervenir.

—Está bien. Nosotros vamos a llevarla ahora al Coliseo, por si el Emperador quiere hacerle algunas preguntas… No se te ocurra

volver por el apartamento, Massimo.

—No soy ningún idiota —farfulló Verni.

—Tampoco eres muy listo: después del contratiempo de Londres no debiste volver a Via Liguria.

—¿Por qué no? Sabía perfectamente que se habían cargado al americano y a Ivo. Me pareció que todo era más natural si…

—Está bien, está bien. Lo cierto es que esa mujer te ha localizado, ¿verdad? Yo creo que sí, que el Emperador querrá saber quién es ella y cómo lo ha conseguido.

—El pasaporte que hemos encontrado en el maletín está a nombre de Nora Tisdale —intervino otra voz de hombre—… Es inglesa.

—Tened cuidado con ella —habló de nuevo Verni—: es una fiera, os lo aseguro. Bien, yo me voy ahora a Buenos Aires, así que si tenéis algo que decirme llamadme allí.

—Está bien. Estate atento a cualquier llamada del Coliseo.

La cubierta del vehículo resonó brevemente bajo las pisadas. Luego, se oyó el seco golpetazo de la doble puerta al ser cerrada. La camioneta se puso en marcha de nuevo, pero esta vez por poco tiempo, unos veinte minutos escasos. De nuevo se detuvo, las puertas fueron abiertas, el baúl fue arrastrado, y luego Baby supo que la llevaban suspendida.

¿El Coliseo? ¿El Emperador? ¿De qué estaba hablando aquella gente? Poco después notó un extraño balanceo en el baúl, antes de ser depositado en una superficie fija. Y un par de minutos más tarde oía la puesta en marcha de un motor… Tardó menos de tres segundos en comprender que ahora estaba viajando por mar. Seguramente, en una lancha no demasiado grande.

«¿Dónde debo de estar? Lo mismo han podido llevarme hacia el norte, esto es, hacia Francia, que hacia el sur… E incluso podemos haber cruzado la península y estar ahora navegando por el Adriático…».

El viaje por mar duró apenas media hora. A los pocos minutos, el baúl fue movido de nuevo. Oía voces de varios hombres. Otra vez emprendió viaje por tierra, en otra camioneta, o quizás en el techo de un turismo. Este viaje no duró más allá de diez minutos. Y otra vez el baúl fue removido. Oyó golpes, palabras en italiano… Bajaron escaleras.

Por fin, fue depositada en tierra. Más voces. Oyó trastear en la cerradura del baúl. La tapa fue alzada, y Baby tuvo que cerrar los ojos ante la luz, aunque no era excesiva. Varias manos la asieron, fue sacada del baúl y depositada en el suelo. Pudo abrir los ojos, y entonces vio a tres hombres ante ella, mirándola con socarrona curiosidad. Uno de ellos tenía la peluca rubia en una mano.

—Apuesto —dijo— a que es una agente británica.

—Pues aquí termina su carrera, claro —dijo el otro. Los dos que habían hablado eran normales.

Es decir, los tres hombres eran normales, pero mientras dos de ellos vestían corrientemente, el tercero dejó en verdad perpleja a la espía internacional: parecía un centurión, un auténtico centurión de la más genuina época de los Césares. Sólo que, como detalle incongruente, llevaba una pistola automática metida en el cinto del faldellín, en lugar de espada o cualquier otra arma blanca. Su hermoso casco relucía a la luz de la única bombilla que pendía del techo en aquella celda de paredes de piedra, sin ventana alguna. Sólo una puerta de solidísima madera con refuerzos de hierro, que daba a un pasillo.

—Parece que no nos entiende —dijo el centurión.

—Ya lo creo que sí —dijo uno de los otros—: estuvo hablando en perfecto italiano con Massimo. ¿Verdad que nos entiende, señorita Tisdale?

—Si no le quitamos la mordaza no podrá hablar —dijo el otro.

Le arrancaron de un tirón las tiras de esparadrapo que sellaban su boca, produciéndole un vivo dolor, que hizo brotar lágrimas en sus ojos, complicando así la posición de las lentillas de contacto.

—Es hermosa —dijo el centurión.

—No se te ocurra violarla: antes de nada tiene que verla el Emperador. Iremos a decirle que tenemos una prisionera, y veremos qué decide. De momento, déjala así, y no la pierdas de vista.

Salieron los tres, la puerta fue cerrada, y Baby estuvo oyendo sus pisadas alejándose, resonando de un modo extraño. Luego, el silencio total. Comenzó a hacer intentos para soltar sus pies y sus manos de las ligaduras, pero enseguida comprendió que en el supuesto de que hubiese alguna posibilidad de lograrlo, le llevaría varias horas. Bien, pero… ¿acaso tenía algo mejor que hacer?

Así pues, se dedicó a ello…, hasta que llegó el rugido.

Un rugido pavoroso, que la estremeció.

«—No —se dijo—… Debe de haber sido una alucinación acústica…».

El rugido se repitió. No era ninguna alucinación: en alguna parte, no muy lejos, había rugido un león. La imagen del centurión apareció en el acto en la mente de Baby: un centurión, leones, el Coliseo, el Emperador… Sacudió la cabeza, como queriendo despertar de un sueño, pero con ello sólo consiguió que le doliese aún más…, mientras volvía a oír un rugido profundo y terrible…, que no le pareció de león, sino de… ¿De tigre? ¿Era posible? Lejanas, llegaron también algunas voces, gritos de hombre. Volvió a oír rugidos, que hacían resonancia en las paredes de piedra.

«—Seguramente, están tratando de tomarme el pelo con grabaciones en cintas magnetofónicas», se dijo.

Continuó intentando soltar las ligaduras, pero nada pudo conseguir, porque a los pocos minutos oyó de nuevo pisadas. La puerta de la celda se abrió, y aparecieron los dos hombres y el centurión. Éste le soltó los pies, y la ayudó a incorporarse, pero la espía no podía sostenerse.

—Dale unas friegas en los pies —dijo uno de los otros.

El centurión tenía unas manos enormes, fortísimas, que muy pronto reactivaron la circulación de la sangre en los pies de Baby, mientras ésta contemplaba a los dos hombres de la camioneta, que ya no vestían a la europea actual, sino largas túnicas blancas, y calzaban sandalias.

—Creo que ya podrá caminar —dijo el centurión—… ¿Puede intentarlo?

La ayudó de nuevo a ponerse en pie, y Baby asintió. Con las manos atadas a la espalda, se dirigió hacia la puerta, pero uno de los tipos de la camioneta sacó un gran pañuelo negro, y procedió a vendarle los ojos, dejándola sumida en tinieblas.

Entonces se inició el recorrido. Un recorrido escalofriante. Sonaban sus pisadas con secas resonancias, se oían gruñidos de fieras, lamentos humanos… Subieron escaleras, caminaron y caminaron… El aire de la noche, con lejano olor a mar y a pinos llegó hasta la espía casi al mismo tiempo que un rumor de suaves conversaciones, que cesaron de pronto. La hicieron caminar unos cuantos pasos más, y le retiraron la venda.

Le costó sólo unos pocos segundos habituarse de nuevo a la luz, muy discreta, por otra parte, y bien distribuida en la enorme estancia. Y en esos pocos segundos, la espía americana fue de pasmo en pasmo contemplando lo que había ante sus ojos.

Era como haber retrocedido cientos y cientos de años en el tiempo… Ante ella tenía un gran salón que sólo podía corresponder a un palacio romano. Unas grandes arcadas, a su izquierda, permitían ver el brillo de la luna sobre el lejano mar, por encima de los pinos y arbustos de flores del jardín. Alrededor, esclavos negros sostenían bandejas con comida, jarras con bebida, grandes fuentes llenas de frutas. Por todas partes había hombres y mujeres tendidos sobre almohadones, todos vestidos con túnicas, algunas de las mujeres mostrando un pecho y otras prácticamente desnudas. Hermosas mujeres de relucientes carnes, de hermosos cabellos recogidos. Alrededor, una guardia de centuriones que sí llevaban espada y lanzas, erguidos, inmóviles, como si fuesen estatuas…

¿O lo eran?

No… No, no, no lo eran. Aquello era, simplemente, como una bacanal romana, en la que había habido un simple paréntesis para que los patricios y las bellas mujeres contemplasen con divertida sorpresa a la mujer de cabellos negros y ojos verdes que, vestida elegantemente a la europea de mil novecientos setenta y pico después de Jesucristo, miraba de un lado a otro muda de asombro.

De un lado a otro… hasta que vio al Emperador. Sí, aquél tenía que ser el Emperador.

Estaba frente a ella en el centro del amplio semicírculo formado por hombres y mujeres que gozaban de buena comida y sexo. Alrededor de él, sobre almohadones, cuatro hermosas mujeres prácticamente desnudas, mostrando los senos preciosos, tersos, vibrantes, con la deliciosa punta sonrosada. Delante de él, dos cachorros de león, sujetos al suelo, a una argolla que sujetaba la cadena de sus collares. Una de las cuatro muchachas se acercó más a él, le hizo una caricia en una zona muy íntima, y dijo algo. El Emperador sonrió, y continuó mirando a la prisionera, que se iba recuperando de su desconcierto.

Sí, aquel tenía que ser el Emperador. Era alto, hermoso, lánguido, de rasgos nobles y suaves, de cuerpo esbelto, de formas delicadas, grandes ojos claros, cabellos rubios sobre los que relucía

una corona de laurel. Estaba tendido de lado, apoyado sobre un codo, con parte de su blanquísima túnica sobre el otro brazo, con gesto tan delicado que casi resultaba femenino.

—¿Hablas latín? —preguntó de pronto el hombre hermoso, en esta lengua. Alrededor se oyeron risas. Baby consiguió una sonrisita y asintió con un gesto.

—Estudié latín —dijo en esta lengua—, pero nunca lo he utilizado para hablar.

Alrededor de ella se oyeron risas y aplausos. El hombre hermoso también se dignó aplaudir un par de veces, antes de continuar hablando, ahora en italiano:

—Me dicen que tu nombre es Nora Tisdale, y que seguramente eres una espía inglesa. ¿Es cierto?

—No. ¿Y usted… quién es?

—¿Yo? —se sorprendió el hermoso—. Carlomagno, naturalmente. O si lo prefieres de otro modo, Carolus Magnus, el gran patricio de los romanos, hijo de Pepino el Breve, rey de los francos. *Imperator Romanum Gubernans Imperium*… Esto es, Emperador del Imperio Romano de Occidente, nombrado así por el papa León XIII… ¿Me conoces mejor ahora?

Hubo más risas y aplausos. Baby miró alrededor, con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de tonto juego es éste? —murmuró.

—¿Juego tonto…? ¡Hinca tus rodillas en tierra delante de tu Emperador, sierva miserable!

—Yo nunca he hincado mis rodillas delante de nadie —alzó la barbilla la espía.

Las risas habían cesado.

Todas las miradas estaban fijas en la insolente criatura que rechazaba una orden del Emperador. Miradas socarronas, relucientes de risa… Uno de los guardias se acercó por detrás a Baby, y con el extremo no punzante de su lanza la golpeó de punta en la espalda, derribándola de bruces. Quizá le habría hecho menos daño si la hubiese golpeado con la punta de la lanza… El dolor fue tal que durante unos segundos Baby perdió el conocimiento, todo fue negro y frío a su alrededor… Cuando se dio cuenta, estaba de rodillas ante Carlomagno. Intentó levantarse, pero una fuerte mano tenía asidos sus cabellos, y la mantuvo de rodillas. Junto a ella,

unas velludas y robustas piernas, unos pies calzados con sandalias.

—Deberías echarla a los leones, Emperador —dijo una de las mujeres, una rubia de pechos blanquísimos que se desbordaban por la túnica.

—Ésa es una buena idea, Flavia —aprobó Carolus Magnus—… Sí, mañana vamos a tener circo. Pero antes, esta esclava va a decirnos quién es, de dónde viene, y cómo llegó a encontrar a mis pretorianos destinados a los países bárbaros. ¿Cómo encontraste a mi pretoriano Massimo?

Baby suspiró profundamente, y apretó los labios acto seguido. A su alrededor, ceños fruncidos, miradas de sorpresa e irritación ahora.

—El látigo —dijo el Emperador.

Otro guardia pretoriano se adelantó, provisto de un látigo de varias colas, lo alzó, y lo descargó en la espalda de la espía, sin demasiada fuerza, pero Baby habría caído hacia delante si no hubiese estado sujeta por los cabellos. El dolor se extendió por todo su cuerpo como varios relámpagos simultáneos, la ropa se rasgó…

—Sigue —ordenó el emperador a su guardia.

Un nuevo latigazo obligó a Brigitte Montfort a morderse los labios para no gritar.

El pretoriano alzó otra vez el látigo, pero uno de los hombres de la camioneta se adelantó, alzando el brazo en el saludo militar. El Emperador desvió la mirada hacia él.

—¿Sí, Mario?

—Quisiera decirte algo, mi Emperador.

—Está bien: acércate.

El llamado Mario se acercó a Carolus Magnus, se arrodilló junto a él en uno de los almohadones, y estuvo unos segundos cuchicheando, mientras la patricia mirada del augusto personaje permanecía fija en la espía. Por fin, miró a Mario, hizo un gesto, y éste se alejó, regresando junto a su compañero.

—El buen sentido de Mario me ha hecho comprender que con esto sólo conseguiríamos, quizá, privarnos de la diversión que puedes proporcionarnos mañana en la arena, así que no vamos a proseguir el castigo. Por otra parte, Mario asegura que subiste sola al aposento de Massimo, donde él estaba fornicando agradablemente con su esclava Leticia. Es evidente, pues, que si

aparte de ti alguien más supiese cosas de nosotros, no habrían enviado sola a una mujer. Así pues, lo que tú sepas o ignores nos tiene a todos sin cuidado. Y lo mismo tu nombre y procedencia. Y por último, esta es una noche demasiado placentera para que yo consienta que la turbes. Llevaos a esta bárbara de mi presencia.

Dicho esto, Carlomagno tomó una lira, y comenzó a tañerla suavemente, acompañándose de una dulce canción. Inmediatamente, las cuatro hermosas muchachas que yacían junto a él, saltaron al reluciente suelo, desprendiéndose de sus túnicas, y comenzaron a bailar, completamente desnudas…, mientras Baby era puesta en pie de un tirón, se le obligaba a dar media vuelta, y era empujada hacia la salida. De nuevo le pusieron el pañuelo negro ante los ojos, así que dejó de ver, ahora a su derecha, los pinos, las flores, y al fondo, el mar…

Con la música y la dulce voz de Carlomagno en sus oídos, la espía internacional se fue alejando, guiada por una fuerte mano. Cuando le quitaron la venda negra, estaba de nuevo en la celda de paredes de piedra, y frente a ella se hallaba el mismo centurión de antes, que la contemplaba sonriente.

—Me han dicho que te han destinado a las fieras —dijo—… No es una suerte envidiable, en verdad.

Los otros dos estaban allí, apuntándola con sus pistolas. El centurión le soltó las manos…, pero fue para encadenarla a la pared, por medio de unas argollas que se cerraron en sus muñecas, obligándola a mantener en alto los brazos. El centurión sonrió de nuevo, y metió una mano por el escote de Baby, pasando de uno a otro seno en lujuriosa caricia ávida.

—Es una lástima que sea la hora del relevo de noche —dijo con voz ahogada—… Una verdadera lástima. Pero quizá todavía tenga tiempo…

—Nosotros volvemos a la fiesta —dijo uno de los de la camioneta—. Quiero decir, a la bacanal. ¿Vamos, Mario?

La puerta se cerró a espaldas de los dos hombres. El guardia se volvió a mirarla, y de nuevo miró a Baby, que le contemplaba fijamente.

—Yo no necesito ir a ninguna bacanal —dijo—… ¡La tengo aquí, a mi alcance!

Adelantó una mano, asió la ropa de Baby por el borde del

escote, y dio un fortísimo tirón hacia abajo, rasgándola completamente. Cuando los hermosos senos de seda y de oro saltaron ante sus ojos, el hombre casi se atragantó. Dio otro tirón a las ropas que quedaban sobre el cuerpo de la espía, y entonces se quedó mirando como alucinado la belleza que el Emperador no había sabido apreciar debidamente.

—Esta noche —susurró— yo voy a ser más afortunado que el Emperador…

Y se acercó a la espía casi suspendida por medio de cadenas, y comenzó a tocar aquellas carnes de seda y de oro, acercándose cada vez más…

Capítulo VIII

Habían pasado más de dos horas, y todavía sentía Baby la furia y el asco por lo sucedido, cuando oyó un ruidito en la puerta de la celda. En alguna ocasión, tiempo atrás, había conseguido sacar las manos de argollas parecidas, pero no esta vez, pues eran de un diámetro que se ajustaba completamente a sus muñecas. Así pues, decepcionada ya a este respecto, la visita no le hizo ninguna gracia, pues tenía temores bien fundados respecto a los motivos.

No era el centurión, que, evidentemente, después de su «proeza» había cambiado su turno de vigilancia con el recién llegado hacía ya rato. El hombre que entró, en silencio, era lo más parecido a un gorila: bajo, robusto, peludo, con una cabellera corta y crespa que se unía a la barba, por entre la cual se veía una boca grande y de labios gruesos. A la luz recién encendida se quedó mirando a Baby haciendo guiños maliciosos con sus ojillos de simio. Llevaba solamente un taparrabos de piel, y unas sandalias. En la mano derecha sostenía un látigo de varias colas; bajo la axila izquierda, una funda con una pistola automática. La abundancia de vello en su torso era tal que los atalajes que sostenían la funda casi desaparecían en él.

—Así que tú eres la hermosa, ¿eh? —susurró.

Se acercó más, y se quedó mirando el espléndido cuerpo desnudo de color de oro, de color de sol.

—Sí que lo eres —se relamió golosamente—… ¡Sí que lo eres, Nicola tenía razón!

Comenzó a pasar sus manazas sobre la tersa piel, y sus ojos se fueron encendiendo en tono rojo, inyectándose en sangre. En menos de un minuto, el hombre-gorila estaba ya lanzado en busca de su satisfacción, emitiendo ahogados rugidos de deseo que fueron tornándose coléricos al no poder alcanzar su objetivo, debido a su corta estatura, notablemente inferior a la de la espía. Decepcionado

y furioso, se apartó de ella, y miró alrededor, sin duda buscando algo en qué subirse, pero la celda estaba vacía: paredes, cadenas, y una prisionera, eso era todo.

—Si me soltases —susurró dulcemente la prisionera—, los dos estaríamos mejor. ¡Me duelen tanto las manos, y la espalda…!

El carcelero de noche retrocedió, la miró, y soltando un gruñido salió de la celda. Mala suerte. Baby se dedicó a intentar de nuevo sacar sus manos de las argollas, pese a haber comprobado sobradamente que era imposible, ¡si pudiese hacerlo y aquel gorila volviese…!

No lo consiguió, pero el gorila sí volvió.

Cuando oyó abrirse la puerta, Baby temió que el simio hubiese conseguido un taburete o algo que hiciese este servicio, pero no era así. Lo que el carcelero había ido a buscar eran las llaves, que tintinearon en sus manos mientras se acercaba.

Cerró la puerta con una de ellas, y se acercó a la espía sonriendo siniestramente.

—Yo voy a ser bueno contigo, y tú lo serás conmigo… ¿Sí?

Brigitte *Baby* Montfort se limitó a sonreír, pero fue una sonrisa llena de dulces promesas, que el hombre captó. Lo que no captó fue la hipocresía de tal sonrisa, ni la fría luz que pareció congelar un instante los ojos de Baby.

Con gestos torpes, ansiosos, y tras volver a acariciar el hermoso cuerpo, el hombre abrió la argolla de la mano izquierda de Brigitte, y acto seguido la derecha. Ella pudo por fin aliviarse del dolor que la había estado entumeciendo. Se frotó las muñecas, estiró los músculos de la espalda… Contemplándola, el hombre sonreía, fijos los ojos en las bellas formas que se ofrecían magníficas a cada gesto de la hermosa mujer.

—Mañana se lo contaré a Nicola —dijo—… Él ha sido un tonto por hacerlo de otra manera. ¿Estás bien ya?

—Bastante mejor —sonrió la divina—… Te lo agradezco mucho. ¿Cómo te llamas?

—Octavio —rió el gorila—… ¡Tu amado Octavio! Vamos, tiéndete ya en el suelo.

De nuevo sonrió Baby, tendió los brazos hacia el hombre, y pidió:

—Abrázame antes… Quiero sentir toda tu fuerza, la potencia de

tus brazos… Abrázame.

El hombre tiró las llaves a un lado, y rodeó el cuerpo de Brigitte con ambos brazos, apretándola fuertemente, y posando sus labios en la tibia piel de seda…

—Cuidado —gimió ella—… Me duelen los latigazos que me dieron en la espalda…

Él se apartó un poco…, y entonces la mano izquierda de Baby salió disparada hacia su rostro, rígida, con los dedos índice y corazón extendidos. Con fortísimo impacto, las puntas de los dedos acertaron de lleno en los ojos de Octavio, que lanzó un bramido y se llevó las manos allí, retrocediendo vivamente…, pero dejando ya en la mano de Baby la automática, retirada con hábil velocidad de la funda axilar. La espía dio un paso hacia el hombre, alzando la pistola, y dejándola caer enseguida, con fuerza, sobre el cráneo de Octavio, que bramó de nuevo y cayó de espaldas.

Inmediatamente, Baby tomó las llaves del suelo, corrió hacia la puerta, e introdujo una llave en la cerradura. Lanzó una exclamación de impaciencia, la retiró, y puso otra… Estaba girando la cerradura cuando oyó tras ella el fuerte resuello, e incluso percibió el ardiente aliento en su espalda. Se volvió con el tiempo justo para esquivar el tremendo golpe que le lanzó Octavio, y que dio en la solidísima puerta, haciéndola retemblar ruidosamente. Todavía inclinada, Baby disparó su puño derecho hacia el bajo vientre de Octavio, que lanzó un bramido aún más fuerte, comenzó a retroceder, y cayó sentado y acto seguido de espaldas, resonando con fuerza su dura cabeza contra el aún más duro suelo.

Desentendiéndose de nuevo del gorila, Brigitte reanudó su labor de abrir la puerta. La cerradura no terminaba de girar… ¿Aquella no era la llave? La retiró, metió otra, y comenzó a forcejear de nuevo. ¡Aquélla sí era la…!

¡Bouummm!, resonó su cabeza contra la puerta cuando al oír otra vez a Octavio se volvió, recibiendo de lleno el peso de éste, que la aplastó. Rebotaron ambos, abrazándola Octavio, rugiendo espantosas maldiciones y obscenidades. Un golpe en la garganta fue suficiente para que los enormes brazos aflojasen la presión lo suficiente para que Brigitte pudiese zafarse de ellos. Se alejó de Octavio, que dando traspiés tendía las manos hacia delante. Por casualidad, llegó ante la puerta, la tocó, y se volvió, quedando

apoyado de espaldas en ella.

Y entonces comprendió Brigitte que aquel hombre no la veía, que estaba ciego, al menos de momento, debido a la sangre que brotaba de sus ojos. Pero, con toda lógica, al oír las llaves en la puerta había atacado en aquella dirección… Y ahora, sin duda alguna, no estaba dispuesto a moverse de allí, mientras comenzaba a gritar a pleno pulmón, llamando a Nicola y a otros compañeros…

Brigitte saltó hacia donde había caído la pistola, apuntó un instante, y apretó el gatillo. Los gritos de Octavio cesaron inmediatamente al recibir la bala en el centro de la estrecha frente. Estuvo de pie un par de segundos, antes de derrumbarse hacia delante, como un poste…, mientras a Brigitte le parecía que el disparo estaba todavía retumbando como un cañonazo en todas partes.

Dominando sus prisas, la espía utilizó de nuevo la llave, sosegadamente, y la puerta se abrió. Tiró las llaves a un lado, y salió al pasillo empuñando la pistola… Estaba en un largo corredor de paredes de piedra en la que se veían más puertas como la del calabozo donde había permanecido. Desde el fondo, llegaban gritos de personas, y, como brotando de todas partes, rugidos de fieras; algunas de las puertas eran golpeadas desde dentro de la celda, y las voces de personas las atravesaban muy amortiguadas.

En el mismo momento en que la espía echaba a correr hacia el extremo del pasillo en el que se veían escalones de piedra, por el otro extremo aparecían corriendo dos hombres prácticamente desnudos, y empuñando cada uno una automática.

La distancia era quizá de cuarenta metros, pero las bombillas del pasillo proporcionaban la suficiente luz para que Baby identificase en el acto, plenamente, a uno de aquellos hombres: Nicola, el centurión…

Alzó la pistola, disparó, y mientras el disparo retumbaba en el corredor, la cabeza de Nicola, a cuarenta metros, saltaba en pedazos sanguinolentos y su cuerpo ejecutaba una trágica y grotesca pirueta en el aire.

¡Crack!, restalló la pistola del otro hombre.

La bala pasó rozando un brazo de Baby, que disparó de nuevo, a pie firme, con una frialdad terrible, sin concesiones…, y por supuesto con muchísima mejor puntería que el hombre, que lanzó

un aullido y saltó hacia atrás, soltando la pistola y llevándose las manos al pecho.

Brigitte reanudó su carrera hacia el extremo donde se veían los peldaños, y se lanzó hacia arriba a toda velocidad, jadeando, dejando tras ella el retumbar de disparos, el rugido de fieras y hombres… Y otro hombre apareció en los escalones, bajando a toda prisa… Con tantísima prisa que cuando vio a la muchacha desnuda no tuvo tiempo de nada, ni siquiera de detenerse: ella se inclinó ante él, lo cargó en la espalda, y se irguió, con potente gesto hacia atrás. El hombre salió volando escaleras abajo, lanzando un grito de espanto que se cortó cuando cayó de cabeza en el último peldaño de piedra.

La espía terminó de subir aquel tramo de escalones, y se encontró en otro pasillo… No, no era un pasillo. Era una estancia más amplia, de unos diez metros de longitud, y en cuyo fondo se veía la negrura de la noche, a través de un enrejado. Corrió hacia allí, y de pasada agarró una túnica de las varias que pendían de estacas en la pared. Al instante siguiente, estaba agarrada frenéticamente a la reja de hierro que la separaba del exterior, de la libertad…, de la salvación. Y tras ella todo era un feroz, espantoso rugido de fieras y hombres.

Estaba sacudiendo la reja cuando vio, afuera, los dos helicópteros, siluetas inconfundibles a la luz de las estrellas y la luna. ¡Un helicóptero! ¡Si pudiese…!

Volvió la cabeza hacia la derecha, y vio la gran manivela de hierro. Saltó hacia ella, y comenzó a hacerla girar: inmediatamente la reja comenzó a alzarse. La subió apenas un metro, se deslizó por debajo, y corrió hacia los helicópteros.

Y mientras corría, miraba a su alrededor, dispuesta a disparar contra cualquier enemigo que apareciese. Pero no aparecía ninguno en las gradas que estaba viendo… Alrededor de ella, todo eran anillos de asientos, cada vez más amplios, cada vez más altos. Era… como una plaza de toros… No, no… Era como… como… ¡como un circo romano! ¡Era el Coliseo!

Cuando llegó junto a uno de los helicópteros, estaba tan asombrada que no subió inmediatamente al aparato, sino que miró a su alrededor, boquiabierta. ¡Estaba en el centro de un circo romano, no había ya la menor duda al respecto! Junto al anillo

inferior de protección, vio algunos carros romanos, muy bien colocados, de los utilizados para las digas y cuadrigas…

Reaccionando, se encaramó al helicóptero, y casi gritó de alegría cuando vio la llave en el contacto. La movió, y las aspas comenzaron a girar. El aparato se elevó, con fuerte sacudida. Lo estabilizó y continuó subiendo, ya perfectamente en sus manos el control. Debía de estar a la altura del último anillo de asientos cuando vio salir a varios hombres por donde había salido ella, corriendo hacia el otro helicóptero.

—¡Ah, no! —exclamó—. ¡Desde luego que no!

Pese al riesgo que significaban los disparos que pudiesen hacerle, descendió unos metros, siempre mirando hacia aquellos hombres que se habían detenido junto al otro helicóptero, pero sin decidirse a abordarlo. ¿Qué les ocurría? ¿Acaso no sabían pilotarlo? Muy bien, de todos modos, ella iba a resolverles ese problema, por el sencillo procedimiento de dejarles sin helicóptero.

Estaba maniobrando para poder disparar contra el otro aparato cuando desde abajo comenzaron a dispararle. Oyó el crujido de las balas pasando cerca de su helicóptero, y el rebote de un par de ellas contra el fuselaje, así que optó por no continuar en su intento, y volvió velozmente hacia arriba, saliendo nuevamente de la circular boca del circo.

En pocos segundos estuvo sobrevolando bastante por encima la sorprendente construcción…, que no era circular, sino ovalada. Desde arriba, sin salir de su estupefacción, Brigitte estuvo contemplando el circo romano, cuya silueta y formas más características le recordaron con toda nitidez el Coliseo de Roma, pero más pequeño. Sus dimensiones eran menores… y no se veía en ruinas, sino nuevo, flamante, magnífico, blanco, hermoso…

Una ráfaga de aire frío la hizo reparar en que estaba transpirando copiosamente. Se las arregló para ponerse la túnica que había requisado antes de salir a la arena, y dedicó de nuevo su atención a los mandos, volviendo la cabeza.

Lejos, vio luces, y el brillo de las estrellas y la luna sobre el mar…, y la silueta del otro helicóptero elevándose por encima del pequeño Coliseo y lanzándose inmediatamente tras ella.

Las luces que había visto fueron quedando atrás, alrededor todo era mar, suavemente agitado por el oleaje que parecía crear

millones de estrellas y de lunas. Pero éstas fueron desapareciendo a medida que Brigitte volaba en dirección a no sabía dónde. Lo único que sabía era que mantenía la distancia con el helicóptero perseguidor…, cuya silueta dejó pronto de ver con nitidez cuando ambos aparatos llegaron a la zona donde caía una fina lluvia. Encima, el cielo aparecía ahora negro. Alrededor ya no se veía luz alguna, ni en el mar brillaban las estrellas y la luna… Todo era de una tenebrosidad terrible, sobrecogedora.

Una vez más volvió la cabeza…, a tiempo de ver tras ella, en el mar, la gran salpicadura blanca, el brillo de cosas metálicas… Pero ¿dónde estaba el otro helicóptero? Desconcertada, giró, emprendiendo el regreso, muy atenta. Y así, pudo ver el otro helicóptero, que se estaba hundiendo en las negras aguas, como una extraña estrella de brillos rotos. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Tan torpes eran aquellos hombres, realmente, que se habían estrellado en el mar?

Muy bien, era cosa de ellos. Por su parte, no pensaba ayudarles, ciertamente, así que comenzó a alejarse, mirando ahora con tranquilidad hacia el cielo… Pero era inútil que buscase la Estrella Polar para orientarse, porque las nubes lo cubrían todo, y de nuevo estaba bajo la lluvia, que repiqueteaba en la cabina. Quizás estuviese sólo a unos pocos kilómetros de tierra firme, pero en aquellas circunstancias era como estar perdida en la inmensidad del negro espacio eterno.

Y así, la espía más peligrosa del mundo optó por lo más simple: mantener el rumbo.

Pero ¿qué rumbo? ¡Sólo tenía que mirar en los indicadores del tablero de mandos, y lo sabría! Pero los indicadores no tenían encendida la luz. Comenzó a buscar la clavija que las encendería…, y justo entonces las aspas dejaron de girar un instante, reanudaron sus giros, volvieron a pararse…

—Dios… —Lo comprendió todo de pronto Brigitte—. ¡No hay combustible! ¡Los helicópteros estaban allí a la espera de ser cargados de combustible!

Sí.

Ahora era fácil de comprender la vacilación de aquellos hombres antes de lanzarse en su persecución: sabían que había poco combustible en los helicópteros. Por eso se habían estrellado, por

eso se estaban parando ahora las aspas de su aparato…

Prap-pa-pap-pap, sonaba el motor, sincopadamente. Brigitte aprovechó los últimos segundos para ir perdiendo altura, pero, de pronto, el motor ya no emitió sonido alguno, las aspas quedaron definitivamente inmóviles, el helicóptero quedó como simples pedazos de hierro muerto en el espacio…, antes de precipitarse silenciosamente hacia el negro mar, hacia la negrura total.

Capítulo IX

Mi bella Napoli,
che bella Napoli,
Oh, bella Napoli,
mi bella Napoli…!

Así cantaba Ennio Delmare, patrón del pesquero *Tritone* mientras navegaba por las negras aguas de la bahía de Nápoles iniciando el regreso a la costa. Pese al tiempo más bien malo, o quizá debido a ello, la pesca no se había dado mal aquella noche, de modo que se sentía contento. Todavía lloviznaba, y por supuesto el cielo continuaba encapotado, pero… ¿y qué? Las luces de los focos iluminaban el agua, hacía sonar la sirena reglamentariamente, y, ¡cómo no!, llevaba encendidas las luces de navegación.

Por lo tanto, no había peligro alguno. Nada podía ocurrir.

Así pensaba Ennio Delmare, aferrado a la rueda del timón, convertido en un pequeño rey en su cabina alzada de mandos del bravo Tritone, cuando vio la mancha blanca en el agua.

Sí, señor: una mancha blanca, que brilló nítidamente a las luces de sus focos. Una mancha blanca, pequeña…, que se movía por delante del barco, un poco a estribor. ¿Qué podía ser aquello?

Cuando estuvo más cerca, Ennio Delmare quedó estupefacto. Segundos después, comenzó a llamar a berridos a su segundo.

—¡Giovanni! ¡Giovanni, maldito, ven aquí!

Para hacerse oír mejor, detuvo los motores. Y entonces, cuando sólo se oía el crujir del agua contra el casco, volvió a gritar llamando al maldito Giovanni, que apareció en la cabina muy pronto, con expresión alarmada.

—¿Qué ocurre, Ennio?

—¡Asómate a la borda y mira esa cosa blanca, a ver si ves lo

mismo que veo yo!

—¿Qué cosa blanca?

—¡Qué cosa blanca, qué cosa blanca…! ¡Ve a mirar, por proa y estribor, cretino!

Giovanni salió corriendo, y, desde su privilegiado puesto, Ennio Delmare le vio asomado a la borda, y mirando hacia aquella cosa blanca sobre cuya naturaleza él ya no tenía ninguna duda: todo un náufrago, sí señor. Cuando volvió a mirar hacia Giovanni, vio su pálido rostro vuelto hacia él.

—¡Es un náufrago, Ennio! —vociferaba—. ¡Es un náufrago!

—¡Pues rescatadlo, pedazo de animal! —aulló Ennio Delmare.

El *Tritone* apenas avanzaba ya, de modo que iba meciéndose más perceptiblemente al ritmo del oleaje. El resto de la tripulación había acudido junto a Giovanni, y cambiaban excitados comentarios mientras se aprestaban a lanzar el pequeño bote de salvamento al agua. Dejando el barco a la buena de Dios, Delmare corrió junto a sus hombres, y comenzó a dar órdenes con su voz destemplada y brusca. El pequeño bote fue lanzado al agua, tres hombres saltaron a él, y dos de ellos comenzaron a remar vigorosamente hacia aquella forma blanca, de la que sobresalían unos brazos que hacían todavía señas, en alto…

Cuatro o cinco minutos más tarde, el náufrago era subido bordo, y quedaba sostenido por dos de los pescadores, que lo contemplaban tan estupefactos como Ennio Delmare.

—Es una mujer —dijo alguien.

Indiscutiblemente, era una mujer. Una mujer de largos cabellos negros, grandes ojos, cubierta con una sábana o algo parecido, y que no tenía fuerzas ni para hablar. Sus desorbitados ojos miraban de un hombre a otro, y cuando su barbilla se movió de su boca sólo brotaron débiles sílabas que nadie entendió.

—Está agotada y muerta de frío —dijo Ennio—… ¡Llevadla abajo, abrigadla, y dadle algo bueno de beber! Tú, Pierino, que siempre llevas Liquore Abazzia, dale un buen trago.

—Sí, Ennio. Ayudadme, no se puede sostener en pie…

—Espera —exclamó de pronto Delmare; miró de nuevo a la muchacha. —¿Hay alguien más? ¿Sabe si hay más náufragos por aquí?

La muchacha movió la cabeza negativamente, mientras se oía el

castañetear de sus dientes, y sus brazos parecían querer abrazar todo su cuerpo, que temblaba de pies a cabeza. Quiso decir algo de nuevo, pero nadie comprendió nada, así que ella volvió a mover negativamente la cabeza y consiguió tartamudear:

—*Nessuo… nes… nessuno*[3]…

—Vale más así… ¡Venga, cretinos, llevadla abajo!

La muchacha fue llevada al interior del pesquero, y Ennio Delmare volvió a la cabina de mandos.

Puso de nuevo en marcha los motores, recuperó el rumbo, y tras pensar en la conveniencia de llamar por la radio avisando a las autoridades del hallazgo, decidió esperar a hablar con la muchacha.

—¡Giovanniiiiii…! —gritó.

Giovanni apareció a los pocos segundos, muy abiertos los ojos.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Otro náufrago?

—¡Toma el mando, cretino! Voy a ver a la chica…

Cuando Ennio se sentó delante de la muchacha, en el pequeño compartimiento que podía definirse como comedor-cocina-dormitorio, y que olía a pescado con la misma intensidad que el resto del barco, ella estaba sentada en el borde de una litera, envuelta en una manta. A un lado, extendida, se veía la sábana en la que había estado envuelta. Y que no era una sábana, no… Bueno, fuese lo que fuese, si no la hubiese llevado puesta quizás Ennio no la habría visto…

—¿Se siente mejor? —sonrió amablemente Ennio.

—Sí… Sí, muchas gracias… Muchas gracias.

—¿Ha tomado un trago de licor?

—Sí, sí…

—¿Qué pasa? —Se volvió Delmare hacia sus hombres, que contemplaban pasmados a la muchacha—. ¿No tenéis nada que hacer arriba, pandilla de inútiles?

En tropel, los pescadores regresaron a su trabajo de preselección del pescado, de modo que Ennio Delmare pudo contemplar sin testigos y a sus anchas a la muchacha. Tenía los cabellos pegados a la cabeza, estaba muy pálida, y de cuando en cuando su cuerpo se estremecía en una violenta sacudida de frío…, pero era bellísima. Sus ojos eran enormes, azules, increíbles.

—Vaya —volvió a sonreír Ennio—… ¡De buena se ha librado, jovencita!

—Sí… Ya no podía más. Estuve nadando más de dos horas, para no dejarme vencer por el frío, pero ya no podía más… ¿Dónde estamos?

—¿No sabe dónde está? —se asombró Ennio.

—No… No. Es que iba en el helicóptero de un amigo, y… y se me agotó la gasolina cuando ya había perdido el rumbo… No sé lo que me pasó… De pronto me sentí mal, no sabía dónde estaba… Y cuando se terminó el combustible todo fue peor… Menos mal que se me ocurrió saltar al agua antes de que se estrellase… Ni siquiera pude agarrarme luego a él, porque se hundió enseguida… ¡Dios mío, qué frío he pasado!

—Y miedo, claro.

—¿Eh…? Oh, sí, claro… Miedo también, sí.

—Bueno, jovencita, está usted en la bahía de Nápoles, ni más ni menos. Estamos ahora navegando hacia puerto, así que pronto se encontrará sana y salva en tierra firme. ¿Sus amigos están en Nápoles?

—Sí… Sí, así es. Por favor, no quisiera que con lo sucedido molestásemos a nadie, ni asustásemos a mis amigos… Quiero decir que no es necesario que avise a nadie, yo misma les llamaré. Será mejor que oigan mi voz, ¿comprende?

—Pues sí —admitió Delmare—… Está bien. ¿Se encargarán ustedes de informar a las autoridades, también?

—Así es. Enrico se encargará de todo lo que proceda. ¿Tardaremos mucho en llegar a Nápoles?

—Un par de horas, por lo menos. Bueno, no vamos exactamente a Nápoles, sino a Portici, en el centro de la bahía. Claro que si…

—No, no, por mí está bien. ¿Cómo se llama su barco?

—*Tritone*. Yo soy Ennio Delmare, el propietario y capitán.

—Maria Piamonte —se presentó la muchacha, sonriendo—… ¿Le parece que tengo cara de persona honrada, señor Delmare? Lo digo porque voy a rogarle que me preste unos miles de liras y algo de ropa de cualquiera de ustedes para cuando lleguemos a Portici, a fin de poder trasladarme a Napoli.

—Entiendo. No se preocupe, todo se arreglará, ya verá.

—Gracias.

—Será mejor que descanse durante este par de horas. ¿Necesita alguna cosa más?

Maria Piamonte tragó saliva, movió negativamente la cabeza y se quedó mirando a Delmare, que sonrió, le dio un afectuoso golpecito en un hombro, y se puso en pie.

—Voy a echar un vistazo arriba: no me fío de esos inútiles.

* * *

«Es inútil —se dijo Simón una vez más—… Es completamente inútil. Esa gente sería de lo más imbécil si volvieran por aquí. Se la llevaron, abandonaron el nido, y eso es todo».

Encendió otro cigarrillo, siempre fija la mirada en el portal del edificio número 33 de Via Liguria, en Roma. Se hartaba de fumar cuando le tocaba el turno de vigilancia en aquel lugar. Una vigilancia que le parecía absurda, pero… ¿qué otra cosa podían hacer para intentar recuperar el rastro de Baby? Solamente si ella llamaba, o si alguno de aquellos hombres volvía por allí, podrían conseguir algo, así que él y su compañero de infortunio se iban turnando en el coche, manteniendo una desesperanzada vigilancia…

Y mientras tanto, estaban sucediendo en Europa cosas que lo estaban complicando todo. Por ejemplo, el asesinato de aquel alemán que tras haber pedido que Italia fuese expulsada del Mercado Común europeo, había sido asesinado. ¿Y lo del Primer Ministro británico? ¡El muy…!

Un taxi se detuvo muy cerca del coche de Simón. Éste entrevió a la persona que iba en la parte de atrás, pagando el servicio. Luego, el pasajero del taxi se apeó, y Simón no pudo contener una sonrisa. Era un muchacho que llevaba una gorra de marinero, y vestido con ropas toscas que le venían excesivamente holgadas. Cuando puso los pies en el suelo, vio las enormes sandalias, y el agente de la CIA casi rió a ver los pequeños pies.

El taxi se alejó, y el marinero se acercó al coche, pasó al otro lado, abrió la portezuela, y se sentó junto a Simón, que lo miraba entre estupefacto e irritado. El muchacho se quitó la gorra y unos cabellos negrísimos, largos, cayeron sobre su espalda y hombros.

—Ya no soy rubia —dijo el muchacho.

Simón soltó tal respingo que su cabeza llegó a golpear el techo del coche.

—¡Baby! —aulló.

—Hola. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Pe-pe-pero… ¡¿de dónde sale usted?!

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé exactamente: de algún sitio cercano a la bahía de Nápoles. He llegado a Roma en un autocar, y he supuesto una actitud inteligente por parte de ustedes… ¿Se fijaron en la camioneta donde metieron el baúl?

—N-nooo… No, no… Bueno, no pensamos… ¡Por todos los demonios, le juro que sabía que volvería usted, lo sabía…!

—No jure —sonrió Brigitte Montfort—: es feo. Además, no es cierto que estuviese seguro. De todos modos, yo les supuse lo bastante inteligentes para hacer lo único que podían hacer por si yo escapaba. Adivine dónde he estado.

—Pues no sé… Bueno, en Nápoles, ¿no?

—He estado en el Coliseo.

—¿En qué Coliseo? —Se pasmó de nuevo el espía.

—En el Coliseo romano, con tigres, leones, centuriones, pretorianos, bellas mujeres romanas que alegraban una bacanal… ¡Ah!, y he conocido al Emperador Carlomagno.

Simón pudo cerrar por fin la boca, y entonces sonrió.

—Je, je —acabó por reír—… ¡Je, je, je! ¡Es usted de lo más formidable que he conocido en mi vida!

—Muchas gracias —sonrió Brigitte—. Bueno, supongo que disponemos de un lugar donde yo pueda instalarme para reorganizarme. Pero preferiría que no fuese un apartamento… ¿Tenemos algún chalé en algún sitio discreto?

—Se puede conseguir, naturalmente.

—Nos instalaremos allá. Y llamen a nuestro médico de Roma: sería conveniente que me echase un vistazo a la cabeza y a la espalda. Necesitaré también un equipo completo, así que habrá que pedirlo a la Central, a Mc Gee. Incluida cualquier documentación, pues se han quedado todos los pasaportes que suelo llevar cuando trabajo para la CIA. Y dinero… ¡Tenemos muchas cosas que hacer, Simón! Y no usted y yo solos: voy a necesitar a todos los Simones de Roma.

—¡Cuente con ello! Pero… ¿por qué ha venido en autocar? Si hubiese llamado por radio a los Simones de Nápoles…

—Imposible. Ya le digo que me lo quitaron todo. Intenté

localizar la onda especial nuestra utilizando la radio de un pesquero, pero no fue posible. Así que no tuve más remedio que arreglármelas para volver a Roma… pidiendo ropas y dinero prestado. Por cierto: habrá que devolverlo todo. Y no lo diga, por favor: ya sé que la culpa es mía, por no haber querido ni saber dónde viven ustedes en Roma.

Simón sacudió la cabeza.

—Hagamos un trato —propuso—: yo la llevo a un lugar adecuado… mientras usted, por el camino, me cuenta todo eso con detalle.

* * *

El médico romano no tuvo más remedio que dejar de contemplar la bellísima espalda, en la que estaban marcadas varias señales oscuras, alargadas. Por su gusto, se hubiese pasado mucho más tiempo mirando aquella piel dorada, tersa, pero…

—No quedarán señales —aseguró—. En cuanto a su estado general, y pese al golpe en la cabeza, es perfecto. ¿Por qué no nos hace el favor de vestirse?

Brigitte se sentó sonriendo en el sofá en el que había estado tendida. Estaba desnuda de cintura para arriba, pero puesto que el examen médico había terminado, se puso el áspero jersey que le habían prestado en el *Tritone*, alzando los bracitos de modo que sus senos se alzaron, magníficos, vibrantes, ante la mirada del médico y de los tres Simones que esperaban de pie en un lado del saloncito.

—Bueno —exclamó—… Esperemos que Simón llegue pronto con mi maleta. Muchas gracias por todo, doctor.

—Sería conveniente que le pusiese algo en la cabeza, aunque sólo fuese un esparadrapo: tiene un corte con los bordes hinchados…

—El agua del mar y ahora el aire arreglarán eso. Prefiero no ponerme nada.

—Como quiera. ¿Puedo hacer algo más?

—A menos que alguno de mis Simones tenga paperas, o algo parecido, no. De nuevo gracias.

Hubo algunas risas. El médico se marchó. Simón-Roma se acercó a Brigitte, y le tendió un cigarrillo ya encendido.

—Lo peor —dijo— ha sido lo del Primer Ministro británico: en su aparición por televisión anoche, después que se supo lo del asesinato del economista alemán, dejó a Estados Unidos, representados por la CIA, convertidos en algo así como una horda de bárbaros que están poco menos que dispuestos a invadir Europa. Nos acusó de toda clase de intervencionismos, en todos los terrenos: imposición militar, económica, política... Y otra cosa: Italia y Alemania están prácticamente dispuestas a romper las relaciones diplomáticas, debido al asesinato del economista alemán..., asesinato en el que se supone la intervención de la CIA, naturalmente.

Brigitte asintió, y quedó silenciosa, pensativa, fumando. Sí, las cosas estaban muy mal: el asunto del agente egipcio que había sido asesinado «por la CIA» cuando se disponía a hacer declaraciones en el sentido de que detrás de la OPEP estaban los Estados Unidos de América; el intento de asesinato de Willy Brandt por parte de un *commando* que luego se había demostrado que había estado compuesto por soldados americanos; el intento de secuestro de Karl Bauer..., que finalmente había sido conseguido; el asesinato del economista alemán. ¿Podían censurar demasiado a John Charles Wellington, el Primer Ministro británico, porque estuviese irritado con Estados Unidos y con la CIA?

—Y muchos periódicos de Europa —dijo otro Simón, cuando comprendió que Brigitte regresaba de sus pensamientos— se están haciendo eco de las palabras y actitud del Ministro británico... Especialmente, claro, los periódicos de los países comunistas, que están aprovechando la ocasión. Tenga por seguro que en todas las emisoras de radio del Este de Europa nos están dejando como cerdos y criminales. Grecia parece concedernos el beneficio de la duda, se diría que está de nuestra parte..., de modo que los turcos están acusando a Grecia de estar vendida a toda clase de intereses norteamericanos, se están insultando mutuamente, y parece que se ha vuelto a encender la mecha en Chipre, con nuevos enfrentamientos entre turcos y griegos por la vieja cuestión de esa isla: va a correr la sangre muy pronto entre turcochipriotas y greco-chipriotas.

—Y todo —dijo el tercer Simón, el que había recogido a Brigitte en Via Liguria— debido a las manipulaciones de la CIA en este

continente. Manipulaciones que han llegado al asesinato, como ya sabemos.

—Quizá sería conveniente —dijo Simón-Roma— que usted abandonase momentáneamente este asunto del Emperador y regresase a Langley, ya que a buen seguro la están necesitando allí para introducirla en todo este jaleo.

—Ya estamos introducidos en todo este jaleo —frunció el ceño Baby—… Uno de los casos negros de todo esto es precisamente el secuestro de Karl Bauer, y nosotros estamos buscando a quienes realizaron ese secuestro.

—¿Quiere decir que lo de Karl Bauer forma parte de todo el conjunto?

—Me apostaría la cabeza —la divina sonrió—… Bueno, vamos a dejarlo en la cabellera solamente.

—Eso es prudencia —sonrió Simón—: la cabellera vuelve a crecer, pero la cabeza, no.

—¿Seguro que nuestro representante en Londres y todos los Simones de allá abandonaron Londres sanos y salvos? —Machacó Brigitte.

—Seguro. Anoche fueron escoltados a Heathrow por agentes del servicio secreto británico. Naturalmente, ya están en casa.

—Bien. Entonces, vamos a ocuparnos de buscar ese Coliseo. ¿Dónde está el mapa?

Un mapa de Italia apareció, y Brigitte lo extendió sobre la mesita. Señaló un punto: la bahía de Nápoles.

—Yo fui recogida por el *Tritone* en este lugar, pero, como cuando quise orientarme no podía ver las estrellas, no lo conseguí, así que no sé dónde estuve. De modo que trazaremos un círculo de unas… cincuenta millas alrededor del centro de la bahía de Nápoles, y buscaremos el Coliseo desde el aire. Puede estar en el continente, o en cualquiera de las islas cercanas, como son Ischia, Capri, y otras más pequeñas, como Procida. No busquen más lejos, porque no hace falta. Además, una construcción como ésa no puede pasar desapercibida de ninguna manera, así que debe de ser conocida… ¡Santo cielo, uno no se construye un circo romano sin que nadie se entere!

—Quizá los de Nápoles sepan algo de eso —sugirió Simón.

—Deberían saberlo. Pasen las órdenes allá, y que se pongan a

buscar ese Coliseo con todo el personal y material disponible.

—¿Qué hacemos los de Roma? Quizá deberíamos ir a ayudar…

—No. A los de Roma los quiero a todos aquí, con los ojos bien abiertos y las orejas bien largas. Que recurran a todos los contactos, que vean cómo pueden enterarse de lo que ocurre entre Italia y Alemania. Mientras tanto, yo dirigiré todo el movimiento desde este chalé, a la espera de mi equipo que han de enviarme de la Central. Por cierto…

—Ya está pedido —se adelantó Simón-Roma.

—Bien. Seguramente, un Simón llegará a Roma con él lo más tarde mañana por la mañana… Alguien llega.

Los Simones tardaron tres segundos en oír el motor de un coche, que se detuvo delante del chalé. Uno de ellos fue a echar un vistazo. Regresó antes de un minuto, con el Simón que había ido a buscar la maleta de Brigitte a su apartamento, adonde la había llevado provisionalmente tras la desaparición de la espía en Via Liguria.

—Aunque —dijo por todo saludo— así está usted muy graciosa.

Brigitte sonrió, agarró la maleta, y se fue a uno de los dormitorios, donde procedió a ponerse uno de sus vestidos.

Cuando reapareció en el saloncito, los cuatro agentes de la CIA estaban mirando el mapa de Italia y cambiando comentarios. Se quedaron un instante en suspenso al ver a la divina espía ya correctamente vestida, y luego uno de ellos soltó un suspiro.

—Me equivoqué: ¡está mucho mejor así!

—Muchas gracias —sonrió ella—… Bien: ¿qué están esperando para ponerse a trabajar?

—Ahora mismo —dijo Simón-Roma—… Es una lástima que no sepamos el número de matrícula de aquella camioneta en la que la llevaron a usted a Nápoles. Si localizásemos a Massimo Verni, todo podría ser más fácil.

—Olviden a Verni y a su amiguita de los blancos pechos: se fueron a Buenos Aires.

—¡A Buenos Aires…! Caramba, sí que han viajado. ¿Le parece factible que los nuestros de allá puedan localizarlo?

—¿En Buenos Aires? —Brigitte negó con la cabeza—. No vale la pena complicarse tanto la vida. Una construcción como el Coliseo tiene que ser mucho más localizable que un hombre en una ciudad de más de seis millones de habitantes…

—¿Y por qué ha de estar en Buenos Aires? —preguntó Simón-Roma, que había quedado pensativo.

—El porqué, no lo sé, pero él dijo que se iba allí. Lo oí perfectamente, y le aseguro que mi oído…

—Lo digo porque aquí, en Roma, hay una plaza que lleva el nombre de Buenos Aires. Y otra que lleva el nombre de Río de Janeiro y otra que lleva el nombre de España…

—Es verdad —exclamó otro de los Simones—… La Piazza Buenos Aires. Está, en Via Margherita, muy cerca de Villa Albani.

Brigitte iba mirando de uno a otro.

Frunció el ceño, forzó la memoria… Cosas que no parecían tener mayor importancia ni especial significado podían ser la clave a veces. ¿Qué había oído decir a Massimo Verni?: *Bien, yo me voy ahora a Buenos Aires, así que si tenéis algo que decirme, llamadme allí*. ¿Qué podían tener que decirle los otros a un simple sicario que se iba nada menos que a Buenos Aires? ¿Y por qué irse tan lejos, si al tenerla prisionera a ella nada podían temer?

—¿Podemos conseguir un buen dibujante? —murmuró.

—Desde luego.

—Que venga inmediatamente.

Eran casi las seis de la tarde cuando el dibujante terminaba el «retrato» de Massimo Verni bajo las indicaciones de Baby. Acto seguido, uno de los Simones se encargó de ir a Roma y preparar unas docenas de copias fotográficas del dibujo, para repartirlas entre todo el personal disponible al servicio de la CIA en Roma, que debería apostarse de modo que controlasen completamente la Piazza Buenos Aires y sus calles adyacentes. Si Massimo Verni estaba en algún lugar de esa plaza, o en las cercanías, sería visto, sin la menor duda.

Lo último que hizo Brigitte *Baby* Montfort fue sopesar la conveniencia de llamar a Londres para interesarse por el estado de salud de John Pearson, pero desistió de ello. John era fuerte, sabía que lo había dejado ya fuera de peligro…, y una llamada que permitiese localizar a la agente Baby en Roma sólo serviría para complicar las cosas.

Luego, sí, finalmente, Brigitte Montfort se tendió en el sofá del saloncito, y quedó dormida en el acto.

—Baby —oyó.

Se sentó rápidamente en el sofá, y miró a Simón-Roma, que estaba de pie ante ella, mirándola indeciso.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hora es…?

—Las once y media de la noche. Siento despertarla cuando sólo ha dormido cinco horas, pero hemos localizado a Massimo Verni.

—¿Ya? —exclamó Brigitte.

Simón-Roma se sentó junto a ella en el sofá.

—A las diez y media fue visto cuando cruzaba la Piazza Buenos Aires. Entró en un taller de reparaciones de aparatos electrodomésticos que hay en el número 6 de Via Po, y ya no ha salido, por el momento. Via Po es una calle que termine en Piazza Buenos Aires; el taller de reparaciones en cuestión está a un tiro de piedra de la plaza.

—¿Por qué no me ha avisado antes?

—Pensé que quizá Massimo Verni sólo iba allí de visita, y que luego, mientras usted continuaba descansando, los muchachos podrían seguirlo hasta su alojamiento. Pero, evidentemente, su alojamiento es ése: el taller de reparaciones, a tiro de piedra de Piazza Buenos Aires.

—¿Están seguros de que es él?

—Nuestros compañeros que estaban en el coche cuando se la llevaron a usted en aquel baúl, han visto la camioneta que utilizaron: está estacionada en Via Po, muy cerca del taller de reparaciones.

—Bien… ¡Bien! Llámeme si sucede algo importante.

El jefe de la CIA en Roma se quedó mirándola atónito.

—¿Algo importante? ¡Hemos localizado a Verni!

—Eso puede esperar a mañana por la mañana. ¿Le explico por qué?

—Pues… se lo agradecería, francamente.

—Si Verni está en ese taller, significa que ahí dentro hay o puede haber más hombres empleados de Carlomagno, lo que significa que una visita a estas horas, sin saber dónde ponemos los pies ni cuántos hombres pueden enfrentársenos, no es aconsejable. Massimo Verni debe de estar durmiendo ya, seguramente. Vamos a descansar también nosotros…, los que no permanezcan de vigilancia en Via Po, se entiende. Y ya verá usted como mañana por la mañana, después de un buen desayuno le ofrezco una idea mejor

que la de ir allá a asaltar ese talle de reparaciones.

—Estoy seguro de ello —sonrió Simón—… Que descanse.

—Gracias. Buenas noches, Simón.

Y Brigitte Montfort volvió a quedar dormida en el sofá. Por supuesto, si ella decía que tenía una idea buena, la cosa no admitía grandes análisis: la idea sería buena.

Así de simple.

Capítulo X

A las siete y media de la mañana aproximadamente, se produjo una llamada en la radio de bolsillo de Simón-Roma: era un Simón, recién llegado a la capital italiana en vuelo privado desde Washington, que tenía un recado para Baby. Uno de los Simones fue a recoger a su compañero al aeropuerto Leonardo da Vinci, y a las ocho y media estaban ambos en el chalé. El recado que traía Simón-Washington era un maletín idéntico al que se había quedado en el Coliseo, y que por supuesto contenía todos los trucos y recursos que habitualmente solía utilizar la espía internacional…, incluidos, naturalmente, dos duplicados absolutamente auténticos de pasaportes a nombre de Brigitte Montfort y de Lili Connors.

Baby mostró ambos pasaportes a sus compañeros de la CIA, sonriendo.

—¿Cómo les gusto más, morena o rubia?

—Como sea, pero al natural —dijo Simón-Roma.

—Muy amable. Bien, puesto que no hemos recibido novedad alguna sobre Massimo Verni debemos interpretar que todo sigue igual en ese taller de reparaciones de electrodomésticos.

—Seguramente, abren a las nueve —Simón miró su reloj—… Y faltan todavía veinte minutos.

—A veces me asombra lo perfectamente sincronizadas que ocurren las cosas. ¿Ha desayunado, Simón?

Simón-Washington movió la cabeza, sonriendo. Los demás también sonrieron: era muy propio de Baby preocuparse por un detalle semejante hacia sus Simones incluso en una situación tan crítica como la que estaban atravesando.

—Pues desayune, y luego se queda aquí a descansar… ¿Cómo ha ido el viaje?

—El avión privado era una maravilla, el tiempo bueno, venía a verla a usted… Digamos que ha sido un magnífico viaje. Pero

¿sabe?, al precio que se está poniendo el combustible, he hecho cuentas de lo que ha costado este viaje sólo para transportar un maletín…, y no ha sido unos centavos, precisamente.

—No se preocupe: cuando esto termine pediremos a los británicos una subvención para gastos extras de la CIA.

La carcajada fue general. Brigitte se limitó a sonreír como una buena niña, terminó de examinar el contenido del maletín, y, tras reflexionar unos segundos, rompió la bolsa de plástico hermética que contenía una peluca de cabellos blancos…

* * *

En el taller de reparaciones de Via Po había dos hombres pero sólo uno de ellos dejó de atender el trabajo que estaba haciendo para mirar hacia la puerta. Desde Piazza Buenos Aires llegaba el resplandor del sol, y a esa luz difusa distinguió, en primera instancia, una silueta severa, y el brillo de unos cabellos blancos.

Sonriendo, se acercó a la anciana, que también sonreía amablemente.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo servirla?

—Buenos días, jovencito —dijo la anciana, con voz cascada—: quisiera que me hiciesen una reparación que…

—Perdone —movió la cabeza el hombre, sin dejar de sonreír—, pero eso no es posible.

—¿Cómo que no es posible? Ahí fuera dice…

—Es un taller privado: solamente admitimos trabajos que nos llegan directamente de tiendas destinadas a la venta. Algo así como un servicio de mantenimiento, ¿comprende?

—Sí… Sí, comprendo. ¡Pero es tan poca cosa…! A lo mejor se trata solamente de un hilito que se ha roto, o algo así, y usted, que es tan simpático, podría arreglarme mi aparatito. Vamos, joven…, ¡haga su buena obra del día!

—Pues… Bueno, ¿qué aparato es ése?

La anciana fue hacia el banco de trabajo, colocó encima el maletín forrado de raso negro, lo abrió…, y sacó una pistolita, con la que apuntó a la cabeza del hombre con escalofriante firmeza.

—¿Quiere que pruebe a ver si funciona? —preguntó, siempre

cariñosamente.

Tras el sobresalto lógico, el hombre se quedó mirando la pistolita un instante, y luego los azules y amables ojos de la anciana que ahora parecían congelados. El otro seguía trabajando, seis o siete metros más allá, inclinado sobre un aparato. La anciana movió la pistolita con claro gesto, y su amable receptor no tuvo más remedio que entenderlo, así que dio la vuelta, volviendo la espalda a la anciana… Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo conveniente que habría sido que su compañero le mirase, para hacerle alguna seña: el golpe de la pistola le acertó en la nuca, sin excesiva fuerza, pero con total eficacia, privándole del conocimiento.

Más allá, el otro se volvió, sobresaltado, al oír el golpetazo del cuerpo de su compañero contra el suelo. Lo miró sobresaltado, abrió la boca…, y entonces vio la pistolita en manos de la anciana.

—Sssst —exigió ésta, poniéndose un dedito ante los labios—: no busque complicaciones.

El hombre parecía paralizado. La anciana sacó un objeto de un bolsillo, lo acercó a su boca, y musitó:

—Ahora.

Tan sólo tres segundos más tarde la puerta del taller se abría, y dos hombres entraron, procedentes de la calle. Cada uno de ellos fue hacia uno de los del taller, para proceder a un veloz cacheo, que no dio fruto. Ambos estaban desarmados.

—¿Cuántos más hay dentro? —susurró la anciana, siempre fija su mirada en el prisionero.

—Dos… Dos más.

—¿Aparte de Verni o contándole a él?

—Contándole a él.

La anciana hizo una seña a sus dos amigos, y desapareció de la trastienda, donde esperó a que se reunieran con ella; uno de los Simones arrastraba al hombre desvanecido, y el otro vigilaba atentamente al que permanecía en pie…, y al cual se acercó la anciana por detrás y le golpeó como había hecho con el primero. Simón-Roma lo sostuvo, para evitar el golpe contra el suelo. Luego lo depositó en éste, y miró a la anciana, que señaló hacia unas estanterías.

—Amárrenlos bien con ese hilo eléctrico. Y uno de ustedes quédese con ellos.

—Afuera tenemos más hombres —susurró Simón-Roma—: podemos invadir…

—Ya hemos invadido —sonrió la anciana.

—Puede haber más de dos hombres.

—Puede. Pero da lo mismo. Irán cayendo sin complicaciones.

Esperó a que los dos hombres estuviesen atados de pies y manos. Simón se quedó con ellos, pistola en mano, y Simón-Roma siguió a la anciana más hacia el interior del local. El silencio era absoluto hasta que oyeron unos ronquidos. Se miraron, la anciana sonrió, y fue hacia una de las puertas. Miró al interior de aquel cuarto, volvió a sonreír, y miró a Simón.

—Sigamos buscando.

Más allá había otra puerta, entornada. La empujaron suavemente, hasta que la abertura fue suficiente para ver al hombre que estaba sentado en una silla que sostenía sólo sobre las dos patas de atrás, bien recostado, y con los pies sobre una consola de emisora. En las manos sostenía, abierta, una revista en la que se veían fotografía de chicas desnudas.

Algo debió de oír, porque colocó bien la silla, volvió la cabeza, y dijo:

—Ahora mismo metería un…

Eso fue todo. Se quedó inmóvil, sobresaltado el gesto, muy abiertos los ojos.

La anciana se acercó, echó un vistazo a la emisora y miró al hombre.

—No me diga que esto es Radio Vaticano —dijo.

El hombre no contestó. Continuaba sentado, petrificado. La anciana miró a Simón, le hizo un gesto, y salió del cuarto de la radio Segundos después, entraba en el otro, se acercó a la cama donde Massimo Verni roncaba apaciblemente, se inclinó sobre él, y le descargó una sonora palmada sobre la oreja izquierda, Massimo Verni lanzó un alarido, se sentó en la cama de un salto, y miró a todos lados, con expresión desorbitada e inmediatamente iracunda.

—¡La put…!

Su gesto pasó al pasmo, su lengua quedó paralizada.

—Buenos días, señor Verni —saludó la anciana—… ¿Estaba soñando con la chica de los grandes pechos blancos?

—¿Quién es usted? —exclamó el italiano.

—La abuelita de la chica. ¿Sabe lo que vamos a hacer?: se va a levantar usted, se viste decentemente, y vamos a casarlos. Comprenda usted que la decencia lo impone. ¿O ya están casados y mi nieta no me ha dicho nada al respecto?

—¿Cómo ha entrado aquí? ¿Dónde están…?

—¿Sus amigos? Están bien, no se preocupe. Y usted también seguirá bien si demuestra que es aceptablemente inteligente. Salga de la cama.

Massimo Verni obedeció, mientras la anciana retrocedía hacia donde había visto sus ropas. Encontró la pistola de Verni, se la quedó, y señaló las ropas.

—Vístase: nunca me han gustado los hombres en pijama. Además, el suyo carece de imaginación y de gusto. Santo cielo, ¡y además ronca usted, señor Verni!

Los ojos de éste estaban entornados, los labios apretados. Recogió sus ropas, y comenzó a vestirse, en silencio, procurando no mirar a la anciana.

Le bastaba saber dónde estaba, y, por supuesto, se proponía darle un buen susto a aquella vieja idiota que…

—Olvídelo —dijo ella—: si intenta algo sólo conseguirá a cambio una bala en el vientre. Y eso, porque lo quiero vivo… de momento. ¿Me comprende?

Massimo se estremeció, y no replicó. Sin mirar a la anciana, terminó de vestirse, mientras ésta, recurriendo de nuevo a la radio de bolsillo, efectuaba contacto:

—Simón I y Simón II pueden entrar —dijo—: los demás que sigan vigilando ahí fuera.

Cuando Verni y la anciana salieron del dormitorio, en el pasillo estaban ya Simón I y Simón II, esto es, los dos hombres a los que Verni había dejado con un palmo de narices en Via Liguria.

—Caramba —dijo perversamente Simón II—…, ¡pero si es Massimo Verni, el muchacho en luna de miel!

Más allá, Verni vio a dos de sus compañeros caídos en el suelo, amarrados, y a otro hombre, igualmente pistola en mano, que le miraba fijamente.

—Vamos a Radio Vaticano —dijo la anciana.

En el cuarto de la radio, su operador continuaba sentado en la silla, pero ahora colocada ésta en un rincón. La anciana señaló otra

silla a Verni, y éste comprendió: la agarró, la llevó junto a la otra, y se sentó, a la derecha de su compañero.

—De acuerdo —dijo la anciana—: la primera pregunta se refiere al Coliseo… ¿Dónde está exactamente?

—No lo sé —gruñó Verni.

Los agentes de la CIA se quedaron mirándolo fijamente. La anciana frunció el ceño.

—Vamos, Verni, no sea estúpido. Por si ello le sirve a usted de orientación, le diré que está en manos de la CIA, no de unos cuantos desgraciados autodidactas de la aventura delictiva. Cualquiera de nosotros está capacitado para hacerle confesar a usted absolutamente todo lo que queramos.

—Es verdad que no lo sabemos —dijo el otro, con voz tensa—. Solamente estamos en contacto con el Coliseo por medio de la radio. Recibimos órdenes por medio de ella, y eso es todo.

—El amigo Verni —lo señaló la anciana con la pistolita— tuvo el placer de viajar anteanoche a Nápoles conmigo, acompañando a dos hombres que en estos momentos posiblemente estén todavía en el Coliseo…, si no eran los del helicóptero que me persiguió, pues éstos no tuvieron tanta suerte como yo de ser encontrados en el mar. Negra noche… ¿Está sorprendido por algo, Verni?

—Pero… ¿quién es usted? —exclamó el italiano.

—La joven rubia que usted envió al Coliseo. Pero de lo mal que lo pasé allí, ya ve, he envejecido mucho en apenas dos días. Vamos hablar en serio, ¿le parece? Gracias. Pregunto: ¿dónde está el Coliseo?

—No lo sabemos.

—¿Quién es el Emperador?

—No lo sabemos.

De nuevo el silencio por parte de los agentes de la CIA. Simón-Roma miró a la anciana, y propuso:

—¿Por qué no se va usted a tomar un café y vuelve dentro de quince minutos, Baby?

—Tengo la esperanza de que estos caballeros prefieran otra cosa. Veamos, dicen que no saben dónde está el Coliseo, ni quién es el Emperador Carlomagno… Pero sabrán, al menos, qué se propone el Emperador, ¿no?

—No… No lo sabemos.

La anciana frunció el ceño.

—Voy a tomar un café —dijo, dando media vuelta, y caminando hacia la puerta—... Y les aseguro que no tengo excesiva prisa. Estaré en la terraza de ese bar tan encantador de Piazza Buenos Aires, Simón.

—*Okay*.

La anciana salió del cuarto, y poco después abandonaba el taller de reparaciones. Sabía lo que iba a ocurrir allí dentro, y aunque prefería no verlo puesto que podía evitarlo, estaba segura de que Simón-Roma no lo haría peor que ella, que enfocaría el interrogatorio debidamente.

En Piazza Buenos Aires había un simpático bar, en efecto, con mesas y sillas de colores en la calle, dentro de un recinto formado por grandes tiestos con arbustos. El toldo, a rayas anchas de color amarillo y negro estaba echado, pero sólo como adorno, para lucir, y no para evitar los alegres rayos del sol matinal. Un sitio encantador, sin duda alguna. La anciana se sentó ante una de las mesas, pidió café, y encendió tranquilamente un cigarrillo.

Veinte minutos más tarde, Simón-Roma se reunió con ella. Se sentó, pidió también un café, y encendió un cigarrillo, tras ofrecer a la anciana, que negó con un gesto.

—Realmente, no saben dónde está el Coliseo, ni quién es realmente el hombre que se hace llamar Carlomagno..., a menos que sean mucho más duros de lo que parecen, lo que me permito dudar. Quiero decir que aunque sean muy duros, les hemos demostrado que es una estupidez negarse a decir inmediatamente lo que tarde o temprano tendrían que decir.

—O sea, que no son tontos.

—No demasiado. ¿Le interesa saber cómo fue que Walter Summers, nuestro compañero de Londres, tomó parte en el primer intento de secuestro de Karl Bauer? Ya veo que sí —sonrió el espía—... Bien. Ante todo, se ocuparon de seleccionar a un agente de la CIA en Londres, y el agente seleccionado fue Walter Summers. Le vigilaron, aprovecharon una ocasión en que él estaba fuera de Londres, y entraron en su apartamento para apoderarse de su pistola. Con esa pistola, un asesino de las... centurias de Carlomagno, asesinó al Primer Ministro británico *Sir* Leonard Dingham, en París. Luego, simplemente, esperaron otra ocasión

para hacer intervenir directamente a Walter Summers, pero entonces tenía que ser algo que tuviese que suceder en Londres, o cuando menos en el Reino Unido. Esa ocasión se presentó cuando supieron que Karl Bauer iba a llegar…

—¿Cómo supieron eso?

—¿Lo de Karl Bauer, su llegada a Londres? Ni Verni ni el otro tienen ni idea. A ellos les informaron y les dieron instrucciones por radio desde el Coliseo: el grupo de aquí, de Roma, debía ir a Inglaterra para secuestrar a Karl Bauer cuando llegase a Heathrow. El fracaso fue debido a que no sabían que había en el aeropuerto más agentes del MI6 esperando a los que habían ido a Viena en busca de Bauer. Pero la otra parte del plan sí se realizó: me refiero a lo de Walter Summers. Escuche cómo lo hicieron… Se apoderaron de una de las furgonetas de mantenimiento de la B. E. A., se metieron dentro llevando a Summers bajo amenaza de las armas, y esperaron la llegada de Bauer. Entonces fueron a por él, convencidos de que todo iba a ser muy fácil. Así que, al salir de la camioneta, lo hicieron empujando a Walter Summers, que cayó al suelo… Al mismo tiempo, la pistola de él, que todavía conservaban, fue tirada también al suelo, cerca de Summers… Cuando éste se puso en pie, gritando, avisando a los británicos, ya le estaban disparando por la espalda…, y los británicos, lógicamente, por el frente. La idea, que sí dio resultado, era llevar a Summers allá, con su pistola, matarlo simulando que había sido accidental debido a la refriega o al nerviosismo del grupo secuestrador, y, claro está, dejarlo allá con su pistola que Summers ya no había vuelto a ver. De este modo, cuando ellos se hubiesen llevado a Bauer, quedaría allí el cadáver de Walter Summers, agente de la CIA, y su pistola, con la que había sido asesinado el Primer Ministro británico *Sir* Leonard Dingham. Sólo que las cosas salieron mal en conjunto, ya que los británicos mataron también a Pavelic, y el resto del grupo tuvo que escapar, uno de ellos herido.

—¿Pero volvieron y en esa ocasión sí consiguieron secuestrar a Karl Bauer con el truco del autobús?

—No. Eso lo hizo otro grupo, del que Massimo Verni no sabe nada. El Emperador tiene muchos grupos repartidos en toda Europa.

—En toda Europa… Y esos grupos están haciendo cosas que

acusan a la CIA. Por ejemplo, el asesinato del agente egipcio Refit, el intento de asesinato de Willy Brandt…

—No quedó la menor duda respecto a que los hombres que murieron en ese intento eran soldados de los nuestros, Baby.

—¿Y qué? También era de los nuestros Walter Summers, y sabemos ahora que no obró por voluntad propia, sino obligado. ¿Cuál es la dificultad para secuestrar a tres soldados americanos, llevarlos al lugar de la acción y… sacrificarlos, como hicieron con Summers?

—Ninguna —murmuró Simón—… Ninguna dificultad. Pero no entiendo el objetivo de todo esto.

—Preste atención a lo que está pasando, a las tensiones que se están creando en Europa entre los países de este continente… y entre este continente y Estados Unidos.

—¿Quiere decir que Carlomagno está intentando provocar a todos contra todos?

—Podría ser eso. La pregunta es: ¿qué ganaría con ello? Todos sabemos que si se produjese un conflicto de esa naturaleza nadie saldría beneficiado.

—Quizá Carlomagno piense que él sí saldría beneficiado.

—¿Con una guerra que enfrentase a todos los países de Europa entre sí, y todos contra Estados Unidos? Eso es absurdo.

Simón-Roma frunció el ceño, y quedó pensativo.

También la anciana quedó pensativa, hasta que por fin encogió los hombros.

—¿Qué más les han dicho Verni y el otro?

—Les hemos sugerido que llamasen por la radio al Coliseo y que se las arreglasen para que los de allí les dijesen dónde está ubicado, pero han asegurado que no sólo no se lo dirían, sino que su insistencia haría sospechar a los del Coliseo. En éste, evidentemente hay una gran emisora, capaz de contactar con cualquier punto de Europa a fin de impartir instrucciones a los diversos grupos que esperan su momento de entrar en determinada acción. Si para esa acción disponen de las armas adecuadas, bien. Si no, tampoco hay problema, ya que el grupo recibe instrucciones para desplazarse a determinado lugar de la bahía de Nápoles, donde una lancha les lleva las armas que precisen. Verni cree que esas armas llegan de Checoslovaquia, y que son almacenadas en algún punto de la bahía

de Nápoles, naturalmente, todos pensamos que en el Coliseo, y que son repartidas a medida que van siendo necesarias.

—Entiendo. ¿Qué clase de armas?

—Cualquier arma transportable… Quiero decir, que son armas manejables por un hombre, máximo por dos: pistolas, fusiles, ametralladoras, morteros, bazucas, granadas de mano… Cosas así. Incluso gases.

—¿Gases?

—Sí. Precisamente, el grupo de Roma, el de nuestro amigo Verni, están esperando una partida de gases, que por el momento sólo sabe que tendrían que ser colocados en una red de cloacas. No sabe cuándo ni dónde, todavía. En Roma hay seis hombres más, que están esperando las instrucciones finales.

—¡Esos hombres…!

—Sabemos quiénes son y dónde están —sonrió fríamente Simón —. Podemos cazarlos en cuanto usted lo autorice. Pero será lo mismo que matar una rata con la pretensión de acabar con la rabia: quedarán miles de ratas dispuestas a propagarla.

—Ustedes cacen a los de Roma —murmuró la anciana—, que yo me ocuparé de la rata madre. Es decir, del muy insigne Emperador Carlomagno. ¿Se da cuenta? ¡Todo lo que está sucediendo en Europa últimamente está relacionado! Lo de Refit, lo del intento de asesinato de Willy Brandt, el asesinato de *Sir* Leonard Dingham, el secuestro de Karl Bauer, la enemistad provocada entre Alemania e Italia, el resurgimiento armado del conflicto en Chipre…

—¿Realmente cree que eso puede organizarlo un solo hombre por muy Emperador que sea?

—Estoy segura de que sí. ¿Le parezco a usted tonta, Simón?

—¡Claro que no!

—Pues lo soy. De otro modo no entiendo por qué no he dictado el rostro de Carlomagno a fin de enviar copias fotográficas a Nápoles.

—¡Buena idea!

—Pero un poco lenta, ¿verdad? Nos ocuparemos de…

El zumbido de llamada se produjo en las radios de ambos. La anciana autorizó con un gesto a Simón-Roma a atenderla.

—¿Sí?

—Hola. Soy Simón-Emisora. Acabo de recibir una llamada por la

emisora grande, en interconexión con Nápoles: el Coliseo ha sido localizado.

Capítulo XI

—En realidad —dijo el agente de CIA que pilotaba el helicóptero—, supimos anoche mismo dónde estaba el Coliseo, pero pensamos que valía la pena recopilar algunos datos sobre esa fantasía de millonario…, y del propio millonario. Su nombre es Carlo Magnani.

—Muy divertido —murmuró la rubia que viajaba junto al piloto.

—Sí, ¿verdad? —sonrió éste—. Es de lo más parecido a Carlomagno: Carlomagnani… Sabemos bastantes cosas de él, como por ejemplo que es un riquísimo industrial italiano, algo excéntrico, pero que tiene cierto renombre como filántropo. Incluso, durante una temporada, se dijo de él que podría ser miembro del Club de Roma, pero esto no llegó a realizarse, se ignoran las causas. El Coliseo es, simplemente, su residencia de reposo, en la que últimamente suele pasar muy buena parte de su tiempo. En Ischia, naturalmente, todo el mundo sabe dónde está el Coliseo, y lo ha visto alguna vez. No es ningún secreto.

—Habría sido absurdo intentar ocultar una construcción así, naturalmente. ¿Se sabe de alguien que haya entrado en ella?

—No parece que existan impedimentos expresos en ese sentido. Pero, desde luego, Carlo Magnani la tiene bien custodiada. El Coliseo está en el centro de una gran finca en el sur de la isla, cerca de una pequeña localidad llamada S. Angelo, en la playa. La verdad es que no es un sitio cómodo de visitar, muy bien aislado… Cosas fáciles de comprender en un millonario que busca huir del mundanal ruido. Una cosa que hay que tener muy en cuenta son las relaciones de Carlo Magnani con las autoridades de la isla, las italianas en general, y sus importantes vinculaciones de toda clase con la política y la economía del país…

—Todo un personaje.

—Sí.

—¿Algo le preocupa, Simón?

El agente de la CIA que había recogido a la rubia en determinado lugar cerca de Nápoles, adonde ella llegó en coche, procedente de Roma, asintió con la cabeza.

—Me preocupa todo lo que he dicho de Magnani… Si hemos de atacarlo de algún modo, deberemos tener mucho, muchísimo cuidado. Y más en estos días, ya sabe usted cómo están las cosas en toda Europa con respecto a la CIA.

—Sí —admitió la rubia—… Desde luego, no podemos permitirnos un paso en falso. Aunque yo sé que si atacamos a Carlomagno no será ningún paso en falso.

—El problema consiste en cómo lo hacemos. Si él quiere impedirnos la entrada en el Coliseo, tiene medios sobrados para ponérnoslo muy difícil… Sólo podríamos entrar allí por medio de la fuerza, realizando una auténtica invasión armada que resultaría… espectacular, cuando menos. Tenemos que contar también con que, posiblemente, tendrá sistemas de alarma que le comunicarán directamente con las jefaturas de policía o de *carabinieri* de Ischia, donde su reputación es excelente…, como en toda Italia, e incluso en Europa.

—¡Caramba con el Emperador…!

—Resulta inabordable, en efecto.

La rubia dirigió una mirada de reojo a Simón-Helicóptero, y no replicó. Bajó de nuevo la mirada a las revistas que el agente de la CIA le había proporcionado, y en las que aparecía el hombre llamado Carlo Magnani, en reportajes de alta sociedad y finanzas. No había la menor duda, por supuesto: era él, era el hombre que la había hecho azotar y que había proyectado echarla a las fieras, el hombre que había conocido vestido con una túnica, una corona de hojas de laurel en la cabeza, y rodeado por cuatro hermosas muchachas. ¡Claro…! El auténtico Carlomagno histórico, nacido en 742 y muerto en 814, había tenido cuatro esposas, que se habían ido sucediendo… La diferencia con el Carlomagno actual era que éste parecía disponer de las cuatro esposas a la vez.

Brigitte Montfort, Lili Connors ahora, y siempre Baby, dejó de contemplar las fotografías de Carlo Magnani para mirar el mar.

Un mar hermoso, azul intenso, rizado de blanco, refulgente al sol del mediodía. Un tibio, delicioso sol primaveral. Sobre las aguas se proyectaba la sombra del helicóptero que volaba hacia la isla de

Ischia, tras haber dejado ya atrás la de Procida. Ya comenzaba a verse el tono de la tierra, y el verde de los pinos…

—Y naturalmente —dijo de pronto Simón, que había seguido el hilo de sus pensamientos—, si lo atacamos violentamente, el hecho será cargado en la cuenta de la CIA, aunque nadie pudiese estar seguro de ello. En estas últimas semanas, si alguien le roba un caramelo a un niño, se dice que ha sido la CIA.

—Estudiaremos el modo de no complicar demasiado las cosas. Pero de un modo u otro, iremos a por el Emperador, porque a mí me consta que él está relacionado con esto. Si los informes proviniesen de fuentes más o menos conocidas, vacilaría. Pero yo he estado ahí, en el Coliseo, y sé bien a qué atenerme.

—No he pensado lo contrario. Sólo insisto en que deberemos ir con mucho cuidado. Por otra parte, no tengo la menor duda de que si Carlo Magnani tiene algo sucio en su haber, sus días están contados… Ahí tenemos la isla.

Muy pronto estuvieron volando sobre la isla, cuyas playas brillaban. Pero más aún brillaba algo blanco tierra adentro, y Simón señaló hacia allí.

—Barano d'Ischia, otro pueblecito. El que tenemos enfrente casi en la playa es S. Angelo…, de modo que vamos a ir ahora algo más hacia el interior, y no tardaremos en ver el Coliseo. Salvo que estemos ciegos, claro.

Como ninguno de los dos estaba ciego, muy pronto divisaron el Coliseo, en efecto, perfecto, magnífico, reflejando cegadoramente el sol. Vieron su arena, los graderíos… Ni una sola persona. La construcción estaba rodeada de un espeso bosque de pinos e higueras dispersas, y Brigitte Montfort se imaginó perfectamente las dificultades que tendría cualquiera para alcanzar a ver el Coliseo desde tierra, a menos que se le autorizase la entrada por la recta carretera de asfalto que iba desde el Coliseo a la que comunicaba con la de S. Angelo. En cuanto a llegar por el aire, era lógico que Carlomagno tuviese prevista esta contingencia…, y de tal modo que los visitantes podrían llevarse muchas y desagradables sorpresas.

—Toda una fortaleza, ¿verdad? —comentó Simón. Baby asintió con un gesto.

En circunstancias normales, quizás habría sido suficiente un ataque tipo *commando* por parte de la CIA, pero no en las presentes.

Aparte de que la divina espía era siempre opuesta a operaciones de aquel tipo, colectivas, en las que, incluso con suerte, siempre cabía temer la muerte de uno o varios Simones. También en circunstancias normales ella podría haber llegado a un entendimiento con la dirección del SID, el Servizio de Informazione e Difensa italiano, pero las circunstancias no eran normales, y además, no podía saber hasta qué punto era poderoso y tenía buenas amistades Carlomagno en todos los círculos importantes italianos. Se podía dar el caso de que ella denunciase a Carlo Magnani y como premio se encontrara metida en una trampa por adictos al Emperador…

—¿Usted sabe, Simón, cuál es el mejor modo de entrar en una fortaleza? —preguntó Brigitte.

—Pues no… Bueno, supongo que habrá varios…

—No. Lo cierto es que sólo hay un modo que sea realmente bueno, el mejor: por las buenas.

—No la dejarán entrar por las buenas.

—A la agente Baby ya sé que no, Simón. ¿Sabe usted cuál es el peor defecto de los humanos, en líneas generales?

—¿Cuál?

—La vanidad. Volvamos a Nápoles, a ver cómo está arreglando las cosas por allí Simón-Roma con la ayuda de Simón-Nápoles.

El helicóptero todavía dio una vuelta más por encina del Coliseo. No tenía importancia alguna, ya que en éste debían de estar acostumbrados a la curiosidad ajena…, y preparados adecuadamente para contenerla dentro de unos ciertos límites.

Luego, emprendieron el regreso a Nápoles.

* * *

—A mí, todo eso me parece mucho más que arriesgado —refunfuñó Simón-Roma—. Yo diría que es una temeridad.

—Agravada por el hecho de que en modo alguno es necesario que usted corra semejante riesgo —apoyó Simón-Nápoles.

—Existe un cierto riesgo, desde luego —admitió la rubia Lili Connors—, y es el de que Carlomagno no esté convencido de mi muerte. Pero yo desecharía ese riesgo.

—¿Por qué?

—Cuando escapé de allí en un helicóptero, me siguieron en otro, y sé que ése cayó al mar. Tengo la seguridad de que los hombres que iban en aquel aparato murieron, simplemente porque tuvieron menos suerte o menos astucia que yo, que salté al agua antes del impacto del helicóptero contra la superficie. De acuerdo a la lógica, Carlomagno debe de estar convencido de que si murieron sus hombres, también morí yo cuando se terminó el combustible de mi aparato y, forzosamente, me estrellé en el mar.

—Está bien, supongamos que él ya ni se acuerda de usted por considerar que murió. ¿Por qué concederle la oportunidad de que la recuerde? Podemos reunir cien hombres, si es necesario. Y en cuanto al armamento, no creo que ese tipo tenga la menor oportunidad de oponerse al que podamos conseguir nosotros en veinticuatro horas, por muchas armas que le envíen desde Checoslovaquia o de donde el demonio quiera.

—Y podemos hacer venir desde Alemania a uno de nuestros oficiales militares de estrategia —machacó Simón-Roma—… En pocos minutos, ese oficial puede preparar una invasión por tierra y aire que no concedería la menor oportunidad a nadie de ese Coliseo: paracaidistas y comandos de tierra ocuparían ese lugar en unos minutos.

—¿Con cuántos muertos? —murmuró Lili Connors.

Los dos espías apretaron los labios, y quedaron silenciosos. Tras unos segundos, Simón-Nápoles murmuró:

—Si usted va allá, y la matan, nosotros procederíamos a esa invasión, puesto que ya no nos cabría la menor duda de las actividades de Carlo Magnani. Esa invasión costaría los mismos muertos que si se hubiese realizado en principio. Y entonces, además, la habríamos perdido a usted.

—Encuentre un argumento contra esto —saltó Simón-Roma—, y no le discutiremos más su plan personal.

—Ustedes no quieren entenderlo —insistió la espía—… Ese Coliseo no puede ser tan fácil de tomar en un ataque directo. Carlo Magnani es un hombre poderoso, muy rico, y si realmente tiene unos planes cuya ambición y alcance no podemos todavía determinar con exactitud, él tiene que haberse protegido muy bien. Caballeros, por favor, eso no puede ser un simple circo romano en pequeño, tiene que ser toda una fortaleza.

—¿No le parece excesivamente fantástico? Bien está que haya un tipo tan extravagante y con tanto dinero que se haga construir un Coliseo para él solo, pero de eso a convertirlo en una fortaleza…

—¿Qué clase de fortaleza, por otra parte? —añadió Simón-Nápoles.

—No lo sé, pero…

En la terraza del apartamento de Simón-Nápoles, con vistas al Parco Capodimonte, apareció uno de los Simones que esperaban en el saloncito la decisión de los dos jefes locales y la jefe internacional de la CIA. Los tres se volvieron a mirarlo, sorprendidos por la interrupción.

—Lo siento —sonrió Simón—… ¿Quieren oír el último buen chiste europeo?

—¿Qué chiste? —Frunció el ceño Lili.

—Acaban de darlo por la radio… John Charles Wellington, Primer Ministro británico, continúa arremetiendo contra Estados Unido diciendo…

—A ese tipo habría que cerrarle la boca —masculló Simón-Roma.

—¡Simón! —exclamó Brigitte.

—¡Qué demonios…! ¿A qué viene tanto alboroto? Él tendría que saber perfectamente que la CIA no tuvo nada que ver con el asesinato de su predecesor, ni con todo lo demás. Siempre hemos sido amigos, ¿no es así?

—Menos ahora, que usted está proponiendo su asesinato. Así que… ¿por qué no puede pensar el señor Wellington que también quisimos silenciar a *Sir* Leonard Dingham? Olvide eso… ¿Cuál es el chiste, Simón?

—Bueno, el señor Wellington, tras arremeter contra el intrusismo político y militar de Estados Unidos en Europa, acaba de proponer que ésta se una de una vez por todas.

—El viejo cuento de la Europa unida —masculló Simón-Roma—. ¡Bah!

—Esta vez propone algo más concreto e inmediato: la creación de un solo país confederado, que se llamaría los Estados Unidos de Europa: United States of Europ…

U. S. E.

Los tres le contemplaban pasmados. La primera en reaccionar

fue Lili Connors, que dijo:

—No se realizará invasión alguna, por el momento. Caballeros: se levanta la sesión.

* * *

Aquella misma tarde, en una de las motonaves que hacían el trayecto Napoli-Procida-Ischia, llegó a esta localidad, en la isla del mismo nombre, una pasajera que resultaba bastante interesante. Era una mujer que parecía tener algo más de cuarenta años, de cuerpo macizo, buena estatura, vestida con ropas sólidas de escaso gusto y calzando unos zapatones poco menos que masculinos. Sus cabellos eran negros y los peinaba recogidos austeramente en un moño espeso recogido en la nuca. Sus ojos azules lo miraban todo escrutadoramente, tras los cristales de sus grandes lentes de cristales redondos. No llevaba maquillaje alguno, ni el más pequeño detalle frívolo en su indumentaria o directamente sobre su persona.

Cuando, tras tomar un auto de alquiler, se trasladó a la pequeña localidad de Barano de Ischia, y se instaló en el balneario de aguas termales llamado La Salute, nadie se sorprendió de su nombre y nacionalidad: Erika Schenk, alemana. Y menos aún sorprendió su explicación de que era una escritora histórica que estaba recorriendo Italia. Si alguien habían conocido que tuviese cara de historiadora seria y crítica, era *Fraulein* Schenk, cuyo atractivo femenino brillaba por su total ausencia, A efectos sexuales, parecía que debía de ser más interesante relacionarse con un carabinero que con ella.

Y por otra parte, era de armas tomar, con un genio de mil demonios, que quedó demostrado cuando el encargado de la recepción no pareció satisfecho al manifestar ella que no tenía su pasaporte, y que éste llegaría dos o tres días más tarde, con su secretaria, que todavía estaba en Roma negociando la compra de un libro muy especial sobre historia que su propietario se mostraba reacio a vender, y con el que *Fraulein* Schenk se negaba a conversar «por no terminar rompiéndole la cabeza a aquel estúpido»…

De modo que ya lo sabían: o la admitían inmediatamente, a la espera de su secretaria con el pasaporte y el resto del equipaje, o allí se iba a armar una gresca de las que no olvidarían en muchos

años. La dirección del hotel transigió, y las cosas se normalizaron un poco más cuando aquella misma noche, después de la cena, una mujer que dijo ser la secretaria de Erika Schenk llamó desde Nápoles al balneario La Salute, pidiendo que informasen a *Fraulein* Schenk de que el propietario del libro había viajado a Napoli, y que allí proseguían las conversaciones, que iban por buen camino.

Este recado llegó cuando Erika Schenk no se hallaba en el balneario, sino paseando por Barano, haciendo preguntas a todo el mundo con gran desparpajo y en muy buen italiano, aunque eso sí, con un fuerte y terrible acento germánico.

Las preguntas de *Fraulein* Schenk eran siempre las mismas: ¿conocían en la isla personas interesadas realmente por la Historia?

¿Alguien de la isla tenía un libro de Historia que pudiese ser considerado como especial?

¿Manuscritos antiguos, tal vez?

¿El alcalde de Barano se opondría a que ella visitase con toda libertad la biblioteca del ayuntamiento?

¿Qué consideraban que era más importante de Ischia, históricamente hablando?

Con tantas y tantas preguntas no es de extrañar que alguien terminase por hablarle a Erika Schenk del Coliseo, y de su propietario, el todopoderoso Carlo Magnani.

Capítulo XII

—¿Quién? —Alzó las cejas el Emperador.

—Dice llamarse Erika Schenk —informó el pretoriano que había recibido la consulta desde la alejada puerta de acceso al Coliseo—. Es una alemana que llegó ayer por la tarde a Ischia, y que se alojó en La Salute, en Barano. Una escritora de Historia.

—¿Y qué quiere? —No salía de su asombro Carlomagno.

—Ser recibida. Desea ver el Coliseo, y conversar con el hombre que ha tenido la suficiente inteligencia, fantasía y cultura para construir un Coliseo posiblemente en el lugar más adecuado del mundo. Parece ser que Erika Schenk le considera un erudito en Historia, Emperador, así que desea conversar con usted sobre eso.

Carlomagno quedó pensativo, fruncido el ceño. Estaba en una de las terrazas desde las que se veía el mar, azul intenso, por encima de la gran extensión de verdes pinos de copas apretadas, perfectas. El sol era tibio, agradable. Cerca de él, tendidas completamente desnudas bajo sus dorados rayos, estaban las cuatro bellas muchachas, a las que el pretoriano se esforzaba por no mirar.

—No tengo ganas de conversación —decidió por fin el Emperador—. Que se vaya esa mujer.

—Sí, Emperador.

El pretoriano se alejó, y Carlo Magnani volvió a su *dolce far niente* junto a sus preciosas criaturas. Diez minutos más tarde, el pretoriano reapareció, quedando a la espera de que su presencia, expuesta muy tímidamente, fuese notada. Por fin, una de las chicas lo señaló, y el augusto personaje volvió la cabeza hacia él.

—Acércate —ordenó—... ¿Qué pasa ahora?

—Pasé su orden por teléfono a la verja, Emperador, y los guardias de allí negaron la entrada a esa mujer alemana. Entonces, ella entregó una nota para usted a uno de los guardias, que la ha traído.

Carlomagno se quedó mirando el papel que le tendía su pretoriano. Por fin, con un gesto de fastidio, lo tomó, lo desdobló, y leyó su contenido. Enseguida, frunció el ceño, con gesto colérico.

Luego, de pronto, se echó a reír. En el papel ponía, solamente:

¡CRETINO!

* * *

Hacia las cinco de la tarde, Erika Schenk se hallaba en el jardín del balneario tomando un té con limón, sentada sola ante una mesita colocada sobre el césped, cuando vio aparecer al hombre que llegó acompañado de uno de los empleados de La Salute, el cual señaló claramente hacia ella. El recién llegado asintió, murmuró algo, y se dirigió directo hacia *Fraulein* Schenk, que apretó los labios para contener una sonrisa.

Estuvo mirando al hombre mientras se acercaba, pero de tal modo que éste no podía darse cuenta, ya que, aparentemente, Erika Schenk miraba a su alrededor, con su gesto adusto pese a hallarse en un lugar tan encantador, con flores, zona de césped, parasoles de colores, elegantes mesas y sillones de madera barnizada de blanco… Alrededor, pinos y algunos olivos. Sobre todo esto, un agradable sol rojizo en cuyos cálidos rayos parecía flotar un denso silencio, una paz inaudita.

—¿*Fraulein* Schenk?

Ella desvió la mirada hacia el hombre, siempre fruncido el ceño, hostil la mirada azul tras los cristales de los redondos lentes. Lo miró de arriba a abajo, y, de mala gana, admitió:

—Sí.

—Me llamo Vittorio, *Fraulein* Schenk. Me envía el señor Carlo Magnani.

—¿Y qué demonios quiere usted? —Gruñó Erika.

—Espero que sepa usted a quién me refiero.

—Por supuesto. Ese Magnani es el cretino que se negó a recibirme esta mañana.

—¿Puedo sentarme? —sonrió Vittorio.

—¿Por qué? No tengo nada que hablar con usted, ni deseo alguno de compartir mis minutos de descanso.

Vittorio volvió a sonreír, tomó uno de los sillones que había cerca sobre el césped, y lo colocó frente a Erika Schenk. Se sentó, e hizo un simpático gesto de disculpa, abriendo ambos brazos.

—Voy a rogarle a usted que disculpe la actitud de esta mañana del señor Magnani. Una actitud, por otra parte, plenamente justificada.

—¿Ah, sí? Bueno, no tengo ganas de discutir. ¿Qué es lo que quiere usted exactamente?

—El señor Magnani me envía para rogarle que le disculpe y para invitarla a cenar esta noche en su casa.

—¿En el Coliseo?

—Claro —sonrió otra vez Vittorio.

—¿Y por qué ese cambio de actitud?

—Señorita Schenk, no sé si usted habrá comprendido ya que mucha gente quiere ver de cerca e incluso por dentro el Coliseo. El señor Magnani es un caballero generoso y amable, pero la verdad es que está ya muy cansado de la curiosidad ajena. Se sorprendería usted de la gran cantidad de trucos que ha empleado mucha gente para entrar en su propiedad. La mayoría de esa gente sólo tenía curiosidad, y se consideraba con derecho a satisfacerla aun a costa de mentiras y de molestar en su descanso al señor Magnani, que dicho sea de paso es un hombre sumamente ocupado, por lo que cuando viene al Coliseo no está dispuesto a permitir que le molesten con tonterías…

—¿La Historia es una tontería? —mascullό Erika.

—Permítame terminar. En el caso de usted, sabemos ya que no se trata de tonterías, pero…

—¿Cómo lo saben?

—Bueno —rió simpáticamente Vittorio—… Usted se presentó esta mañana en la propiedad diciendo que era esto y lo otro, que acababa de llegar, que era escritora de Historia… Todo eso. Nosotros le pasamos el recado al señor Magnani, pero éste sabe perfectamente que mucha gente ha mentido para entrar en su propiedad: dicen ser periodistas, artistas, escritores… Casi todos mienten, y los que dicen la verdad son por lo general gente muy molesta. ¿Sabe usted que varias veces han pretendido utilizar el Coliseo para hacer películas de romanos? Ya sabe: de esas de lanzas y espadas, gladiadores, cristianos inmolados. ¿No le parece lógico

que el señor Magnani esté harto de todo eso?

—Pues… Sí. La verdad es que sí. Pero en mi caso…

—Nos hemos ocupado en hacer algunas pequeñas averiguaciones sobre usted en el balneario y en el pueblo, y sabemos ahora que, en efecto, es una escritora interesada realmente por la Historia. Por eso, el señor Magnani le envía sus disculpas y una invitación a cenar…, con el ruego de que acepte.

—Está bien. De acuerdo.

—Se lo agradezco mucho —suspiró Vittorio—. No me habría gustado regresar al Coliseo fracasado. ¿Le parece a usted bien que la recoja dentro de una hora?

—¿Por qué dentro de una hora?

—Bueno… Supongo que tendrá usted que arreglarse, o recoger algunas cosas, cambiarse de ropa… No sé.

—¿Qué tienen de malo mis ropas? —Se las miró Erika.

—Nada en absoluto. Bueno, pensé…

—¿Quiere decir que tengo que ir allá vestida de noche y de todas esas tonterías?

—No, si no lo desea —volvió a reír Vittorio—… Puede usted recurrir a la indumentaria que desee, y no creo que sorprenda tanto al señor Magnani como él la sorprenderá a usted. En lo que a mí respecta, podemos partir hacia el Coliseo cuando guste.

—Tardaré sólo cinco minutos. Sea tan amable de esperarme aquí, Vittorio.

—Con mucho gusto.

Erika Schenk se puso en pie, y se dirigió hacia el edificio del balneario. En recepción dejó un recado para su secretaria, por si ésta llamaba o llegaba, y subió a su habitación. Todo lo que hizo allí fue recoger un feo bolso de piel que ya estaba preparado, y del cual sacó un paquete de cigarrillos, tirando del extremo de uno.

—¿Simón?

—A la escucha.

—Carlomagno ha enviado a un tal Vittorio a buscarme. Voy al Coliseo.

—Baby, tenga cuidado, no puede ser todo tan fácil…

—Lo sé, pero no pienso echarme atrás. Estén todos alerta, pero no cometan el error de intervenir salvo órdenes expresas mías. A menos que dentro de veinticuatro horas no hayan vuelto a saber

nada de mí. Espero que esto quede bien claro.

—Es una locura lo que usted está haciendo, Baby. ¡Con lo fácil que sería tomar por asalto ese lugar…!

—Tengo el presentimiento de que las cosas no son así de simples, Simón, ya se lo dije. Hasta la vista.

—Ojalá sea así…

Erika Schenk bajó el cigarrillo, con lo que quedó cortada la comunicación; guardó el paquete en el bolso, y salió de su habitación. Poco después, se reunía con Vittorio en el jardín. De allí, fueron a donde estaba el coche de Vittorio, frente a La Salute, y partieron inmediatamente hacia el Coliseo. El recorrido, a marcha muy moderada, duró unos cinco minutos solamente, durante los cuales Erika había estado viendo el mar en ocasiones, al fondo. Por fin, se detuvieron ante las verjas, y dos hombres se acercaron a éstas, con gesto amable. Por supuesto, vestían corrientemente a la moda del siglo XX, no a la del VIII. Tan a la moda, que Erika percibió, como aquella mañana, el ligero abultamiento de sus chaquetas en la parte de la axila izquierda.

El coche entró en el recinto, y se deslizó casi en silencio completo por el bien asfaltado sendero. Tan en silencio iba el automóvil que, alrededor de éste, en la insólita paz del lugar, se oía el piar de algunos pajarillos. Erika hizo un comentario al respecto, y pareció que se dedicaba a intentar localizarlos, pero, en realidad, naturalmente, lo que hizo fue buscar más vigilantes o algún sistema de alarma o vigilancia electrónica. No vio nada. Pinos, pinos, pinos… El mar a su derecha. Eso era todo.

El Coliseo apareció muy pronto, apenas dos minutos más tarde. Vittorio miró a Erika, y sonrió al ver su expresión de pasmo.

—Sorprendente, ¿no es cierto?

—¿Sorprendente? —exclamó Erika—. ¡Es increíble!

—Pero verdad. Si realmente tiene usted capacidad de asombro la va a necesitar toda, a partir de ahora.

El coche entró en el Coliseo por una de las amplias arcadas, y se detuvo.

Dos guardias pretorianos aparecieron, y cada uno de ellos abrió una puerta del coche. Erika miró boquiabierta a Vittorio, y éste se echó a reír de buena gana.

—Puesto que usted es historiadora, no creo que necesite muchas

explicaciones, señorita Schenk: simplemente, acabamos de retroceder unos cuantos siglos. La llevaré a donde la espera el señor Magnani.

Se apearon del coche, cruzaron una arcada pequeña, y subieron por unas escaleras de mármol, hasta una amplia galería con adornos de alabastro y plantas y flores. Ahora se veía perfectamente el mar. Pero aún lo vieron mejor cuando subieron al segundo piso. Y mejor, en el tercero… Desde el cuarto, como la noche en que estuvo allí prisionera, Baby contempló una magnífica panorámica sobre el mar y el espeso bosque de pinos.

—Naturalmente, disponemos de tres ascensores en todo el recinto —explicó Vittorio—, pero me ha parecido que a usted le gustarían las cosas más al natural.

—Sí… Sí, desde luego. ¡No salgo de mi asombro!

—Es natural.

En el cuarto piso, ocupando toda la parte de galería encarada al mar, tenía Carlo Magnani sus aposentos, que consistían en simples salas abiertas. A Erika Schenk no le costó ningún esfuerzo reconocer aquel lugar. Pero ahora no se estaba desarrollando una bacanal, ni había esclavos, ni mujeres semidesnudas… Ahora, en el centro de la galería, sobre almohadones, estaba Carlomagno, solo. Es decir, a excepción de cuatro guardias pretorianos colocados en discretos rincones.

—Ha sido un placer conocerla, *Fraulein* Schenk —se inclinó Vittorio.

—¿Eh…? Oh, ya… Sí, gracias…

Vittorio ya se alejaba. Erika dejó de mirarlo para volver su mirada de nuevo hacia Carlomagno, el Emperador, simulando toda la sorpresa que le pareció razonable. Lánguidamente recostado en los almohadones, Carlo Magnani hizo un amable gesto a su invitada.

—Acérquese, señorita Schenk, por favor.

Se puso en pie, y cuando ella, todavía al parecer atónita llegó ante él, le tomó una mano, y se la besó, mirándola luego con simpática expresión maliciosa.

—Tiene usted a este cretino a sus pies, *Fraulein* Schenk.

—¡Oh! Bueno, señor Magnani, siento lo de esta mañana…

—No, no, de ninguna manera. De cuando en cuando va bien que

los demás nos den un toque de atención sobre nuestro comportamiento. Aunque espero que Vittorio le haya explicado los motivos de mi negativa a recibirla.

—Sí. Y los comprendo perfectamente, señor Magnani.

—Llámeme Carlomagno —sonrió él.

—¿Cómo? —exclamó, respingando, Erika.

—Carlomagno —se echó a reír éste—… Carlomagno, el Emperador del Cielo y de la Tierra. A usted debe de parecerle una excentricidad exagerada, pero cuando estoy en este lugar me siento como un emperador así que mis empleados me llaman así. ¿Cree que estoy loco?

Erika Schenk, que parecía perpleja, acabó por sonreír por primera vez.

—Pues no… Más bien, como pensé esta mañana, creo que usted es un hombre con inteligencia y fantasía, con imaginación. Además, ¿qué tiene de malo sentirse emperador?

—No serlo —rió de nuevo Carlomagno.

—Bueno… Dadas las circunstancias, yo diría que usted está en su derecho a sentirse emperador de este lugar. Lo que sí me parece exagerado es lo de sentirse emperador también del Cielo y de la Tierra.

—Todo llegará —aseguró apaciblemente Carlomagno—… ¿Nos sentamos? Se sentaron en los almohadones.

Carlomagno chascó dos dedos, y al instante aparecieron por un lado las cuatro bellas muchachas, corriendo hacia ellos, deslizándose graciosamente por el reluciente suelo de mármol. Erika miró al Emperador, y sonrió de nuevo, un tanto secamente.

—No tengo más remedio que comprender que está usted bien surtido de todo, Carlomagno.

—¡Son mis esposas! —rió de nuevo él—. Permítame presentárselas. La primera es…

—¿Qué más da cuál sea el nombre de cada una? Por supuesto ellas son Desiderata, Kildegarda, Eastrada y Liutgarda, ¿no es así?

—¡Magnífico! —exclamó muy admirado el Emperador—. ¡Realmente, sus conocimientos de Historia son amplios, señorita Schenk!

—Oh, no creo que sea para tanto… Estas cosas se aprenden en la escuela a muy temprana edad. ¿Qué niño, qué escolar, no ha

estudiado a Carlomagno? Hijo de Pipino El Breve, rey de los francos, nacido en el año 742 de nuestra era, y muerto en el 814…, aunque hay quien dice que no nació en el 742, sino en el 747 o en el 748. También, algunos historiadores le atribuyen cinco esposas, no cuatro. Lo cierto es que, históricamente hablando, Carlomagno repudió a una de sus esposas, la desdichada Desiderata, que fue la primera… Lo cual, evidentemente, no está ocurriendo en este proceso de… repetición de la Historia, puesto que veo que usted dispone de las cuatro… ¿Estoy diciendo algo gracioso?

La pregunta era oportuna, porque Carlomagno estaba riendo a más no poder. Sus carcajadas se perdían hacia el silencio del bosque de pinos que rodeaba el Coliseo, y provocaban sonrisas en los guardias pretorianos y en las cuatro esposas.

—¡Es usted formidable! —aseguró el Emperador—. ¡Estoy seguro de que conoce mejor que yo mismo la historia de mi personaje!

—Tengo algunos conocimientos al respecto, es cierto —admitió modestamente Erika Schenk—. ¿Quiere que le exponga la biografía completa?

—No, no… ¡No! Aquí, todos sabemos muy bien quién fue… y quién es Carlomagno.

—En ese caso, quizá pueda conseguir datos fidedignos para ampliar la edición de uno de mis libros que tratan sobre tan importante personaje.

—¡Tendré mucho gusto en complacerla! ¡No hay nada sobre Carlomagno que yo no pueda decirle a usted!

—Lo que significa que he tenido una idea inteligente al solicitar ser recibida por usted, Emperador.

—¡Desde luego! —volvió a reír Carlomagno—. ¿Le gustaría a usted dar un paseo por el Coliseo?

—¡Me encantaría!

—Así lo he pensado. Bien —comenzó a ponerse en pie—, podemos empezar cuando guste. ¿Se sentirá molesta si nos acompañan mis esposas?

—Claro que no.

—Muy amable. Ah, respecto a su bolso, parece un tanto pesado —tendió la mano—… Es mejor que lo dejemos aquí.

—Le aseguro que no me molesta en absoluto, Carlomagno.

—De todos modos —el Emperador se lo quitó suavemente—, es mejor dejarlo aquí. Es una tontería andar por ahí cargados con cosas que no vamos a necesitar.

—Como guste —murmuró Erika.

Carlomagno hizo una seña, y uno de sus pretorianos se acercó, para hacerse cargo del bolso. El Emperador señaló entonces a su alrededor.

—Espero que se haya dado cuenta de que, en su interior, el Coliseo no es exacto al de Roma, ya que en aquél, prácticamente todo el espacio de los pisos está destinado a gradas para los espectadores, que se repartían según sus rangos: la plebe, los artesanos, los patricios… En esta versión del Coliseo hemos tenido que destinar el cuarto piso a habitáculos, aunque lo hemos simplificado bastante; simplemente hemos habilitado grandes aposentos que ocupan el lugar destinado a la gradas. Desde todos los aposentos, que son abiertos y tienen hermosas arcadas, se ve el bosque, las montañas, el mar… Ahora estamos en los míos, y por un pasillo circular podemos ir pasando a los restantes. Por aquí, por favor.

La llevó en dirección contraria a las arcadas, y, en efecto, salieron a un amplio pasillo, también con arcadas interiores, desde el que se veían las gradas de los tres pisos inferiores, y, abajo, la arena.

—Algunos de mis amigos han comentado con frecuencia que podría convertir esto en un extraordinario hotel para millonarios, pero no pienso hacerlo jamás. Es cierto que tendría toda la clientela que quisiera, ya que el lugar no deja de ser interesante, incluso exótico pero no he construido el Coliseo para ganar dinero, sino precisamente para invertir el mucho que gano en otras actividades…

—¿Qué actividades?

—Oh, bueno, tengo varios negocios de mucha envergadura en Italia, y en otros puntos de Europa: industrias electrónicas, alimenticias, un pequeño astillero, unas pocas líneas de transbordadores… También, ocasionalmente, me dedico al contrabando de armas.

Erika lo miró vivamente.

—Supongo que bromea usted.

—Claro —rió Carlomagno—… ¡Claro, bromeo! Bien, observe la arena. No es completamente circular, sino, como el Coliseo de Roma, ovalada. Si mira usted hacia arriba verá la instalación del Velarium… ¿Lo ve?

Estaban caminando por la galería interior, y tras ellos iban las cuatro bellas muchachas… y los cuatro guardias pretorianos En otros puntos de la galería, frente a ellos, se veían más centuriones, inmóviles, mirándolos.

—Sí… Creo que sí.

—El Velarium, como usted ya sabrá, es un gran toldo que puede descorrerse de su instalación habitual para extenderlo sobre el Coliseo. De este modo, cuando había grandes fiestas en la arena, y las gradas estaban atestadas de público, éste podía ser protegido del sol o de la lluvia por el Velarium… En la actualidad, eventualmente puede ser utilizado para que si alguien pasa por encima del Coliseo con avión o con helicóptero no pueda ver lo que sucede en la arena. Es como un gigantesco toldo, que nos aislaría de toda indiscreción visual. En ocasiones ha sido utilizado, cuando algunos amigos y yo hemos asistido a uno de los espectáculos.

—¿Qué espectáculos?

—Oh, los habituales en los circos romanos, naturalmente… Venga por aquí, le voy a presentar a un personaje muy interesante.

Carlomagno señalaba la entrada a uno de los aposentos. Fueron hacia allí, entraron, y enseguida Erika Schenk vio a Karl Bauer.

Capítulo XIII

Karl Bauer estaba sentado sobre un montón de almohadones, con las piernas cruzadas, y sobre éstas tenía un gran mapa extendido. Al oírlos, alzó y volvió la cabeza, y se quedó mirando en primer lugar a Carlomagno. Enseguida, a Erika Schenk, cuya indumentaria actual la hacía destacar entre las demás mujeres, y, por supuesto, en relación con los pretorianos.

—Buenas tardes, señor Bauer —saludó amistosamente Carlomagno, en inglés—… ¿Cómo van esos trabajos?

—Bien —murmuró el austriaco.

Se puso en pie, tras dejar el gran mapa a un lado. Erika lo contemplaba con curiosidad y expectación. Karl Bauer estaba vestido como Carlomagno, es decir, con una blanca y elegante túnica que le llegaba a los pies, calzados con blancas sandalias, y eso era todo. La temperatura primaveral, especialmente agradable en Ischia, así lo permitía…

—Permítame presentarle a la señorita Schenk —se adelantó el Emperador hacia Bauer—. Ella es alemana, y… Oh, perdón, señorita Schenk, estoy cometiendo una gran descortesía al hablar en inglés, idioma que quizás usted no…

—Hablo perfectamente el inglés —dijo ella, en este idioma—. Yo diría que incluso mejor que el italiano.

—Así parece… ¡Me produce una gran complacencia haber tenido el acierto de invitarla! En cuanto al señor Bauer, es austriaco, de modo que pueden ustedes entenderse en alemán, claro está.

—Me parece —sonrió Erika— que ni el señor Bauer ni yo cometeremos la descortesía de hablar en un idioma que usted no conoce, Carlomagno. ¿Cómo está, señor Bauer? —Tendió la mano *Fraulein* Schenk.

—Encantado de conocerla —murmuró el austriaco, también en

inglés.

—Son ustedes demasiado amables —protestó Carlomagno—… ¡De verdad que no me sentiré molesto si deciden hablar en alemán!

—No hay necesidad de ello, puesto que los tres hablamos inglés.

—De nuevo gracias. Bien, señor Bauer, iba a decirle que la señorita Schenk es una escritora de Historia, lo que la sitúa en la cima de mi más alta estimación. En cuanto al señor Bauer… ¿a qué diría usted que se dedica, señorita Schenk?

Erika miró el gran mapa desplegado sobre los almohadones, reflexionó unos segundos, y sugirió:

—Podría ser cartógrafo, geógrafo, geólogo… No sé.

—Digamos que el señor Bauer tiene algo de las tres cosas. Es todo un científico explorador, con sorprendentes teorías que parece ser pueden convertirse en realidad. ¿Está usted al corriente de la crisis energética que están ocasionando los árabes con sus continuos aumentos del precio del petróleo?

—Más o menos —admitió Erika.

—Estupendo. Bueno, pues el señor Bauer puede darles a los árabes el más grande disgusto de toda su historia: ni más ni menos, el señor Bauer asegura que el petróleo puede encontrarse en cualquier parte del mundo, no sólo en Oriente Medio. Según ciertas teorías que están circulando por el mundo en estos momentos, el petróleo árabe podría ser un arma económica de terrible eficacia que están utilizando los árabes para ir controlando el mundo. Un ejemplo de ello es que, según se dice, los árabes han comprado o van a comprar nada menos que la IBM, la gran empresa norteamericana, ya sabe: la International Business Machines. Naturalmente, usted la conoce.

—Sí, por supuesto.

—Claro, por supuesto. También se dice que un grupo árabe podría adquirir en breve la empresa de construcción de automóviles italiana FIAT… Fantástico, ¿no cree? Y claro, a este paso, los árabes se irían apoderando de una seria de industrias básicas mundiales que podrían comenzar por las de construcción de computadoras, pasar por las de automóviles, barcos, aviones… Incluso podrían dedicarse a la compra de industrias alimenticias. ¿Qué le parece?

—Muy interesante. Eso podría colocarlos en una posición muy favorable respecto al control del mundo.

—Exactamente. Pero ocurre que hay ciertos rumores cada vez más insistentes respecto a que detrás de los árabes están los Estados Unidos de América, país que estaría entonces utilizando al mundo árabe como pantalla en la consecución de sus propósitos de imperialismo mundial. Es decir, que mientras todos están maldiciendo a los árabes por sus aumentos de precios de los crudos petrolíferos, resulta que los pobres árabes son marionetas en manos de Estados Unidos, y que sería este país quien, finalmente, ejerciese todo el control económico mundial. ¿Qué le parece esto?

—Estados Unidos podría ejercer el control mundial en todos los sentidos, si así lo desease, por medio de las armas —murmuró Erika Schenk—… Me parece menos malo hacerlo por medio de la economía.

—¿Quiere eso decir que aprobaría una maniobra semejante por parte de los USA?

—No, eso no. De ninguna manera.

—Ah… Entonces, estamos de acuerdo. Pero es que, además, el señor Bauer tiene algo personal que aportar en este conflicto oscuro relacionado con el poder energético: está trabajando en un nuevo sistema de prospecciones petrolíferas que simplificarían muchísimo la localización de bolsas de petróleo. Eso aparte de que el señor Bauer asegura que es absurdo que el petróleo esté concentrado sólo en determinadas zonas de la Tierra. Lo que sucede es que toda una serie de maniobras económicas están condicionando el… «descubrimiento» del petróleo aquí o allá. Por ejemplo, si aceptamos la teoría anterior respecto a la subterránea maniobra norteamericana de utilizar a los árabes como pantalla, podemos pensar que es por eso, al aceptar los árabes ese cometido, que Estados Unidos «descubrió» petróleo en Oriente Medio. Pienso que si en lugar de ser los árabes quienes hubiesen aceptado ese papel lo hubiesen aceptado los japoneses, por ejemplo, pues sería Japón quien habría «descubierto» enormes yacimientos petrolíferos en sus aguas y sus tierras, y los árabes seguirían como hace unos cuantos años.

—Es decir, que Estados Unidos es quien decide dónde debe o no debe «descubrirse» petróleo en el mundo. Todo depende de que el país en cuestión esté dispuesto a aceptar sus directrices, sus instrucciones económicas.

—¡Exactamente! Y los países poco propicios a someterse a las directrices norteamericanas tienen grandes dificultades para encontrar petróleo, pues Estados Unidos va… sofocando esas investigaciones, esas prospecciones petrolíferas, de un modo u otro. Ya sea preocupándoles militarmente, o encauzando con ayudas económicas el desarrollo de ese país o países en otros sentidos, convenciéndoles de que no sería rentable buscar petróleo, que si existía, sería en tan escasa cantidad que, realmente, no valdría la pena localizarlo. Y mientras tanto van produciendo petróleo los países que le interesan a Estados Unidos. ¿De verdad lo comprende todo?

—Sí.

—Magnífico. En ese caso habrá comprendido usted ya que el señor Bauer es… un hombre de oro. Puede encontrar petróleo en cualquier lugar del mundo, incluso en la vieja y torturada Europa, que está a merced de unos y otros. Y yo creo que ya se ha abusado suficiente de Europa, ¿no está de acuerdo? ¡Ha llegado el momento de que Europa, y fíjese bien que digo toda Europa, no un solo país de Europa, sea el nuevo gran poder que vuelva a controlar el mundo! Si conseguimos que los proyectos del señor Bauer se conviertan en realidad, eso será un hecho muy pronto, pues no necesitaremos el petróleo árabe ni americano para nada, nos bastaremos a nosotros mismos, y entonces… Entonces, sí, por fin, yo demostraré cómo se puede ser el Emperador… del Cielo y la Tierra.

—¿Usted?

—Vamos, vamos, señorita Schenk… ¿Quién mejor que yo para dirigir la vieja Europa en su nuevo rumbo de poderío? ¿Está olvidando que soy Carlomagno, el gran conquistador?

Erika y Bauer cambiaron una mirada. Luego, ella murmuró:

—Sí, lo había olvidado por unos minutos, Emperador. Le ruego que me disculpe.

—Disculpada. Bueno, señor Bauer, no le molestamos más en su trabajo. Siga, siga, por favor…

Karl Bauer asintió, miró a Erika Schenk, se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo, señor Bauer.

—Vamos ahora —dijo Carlomagno, tomando de un brazo a Erika— a seguir recorriendo la galería, para que vaya viendo los aposentos… Aunque no creo que valga la pena, pues básicamente son todos iguales. En cuanto a las gradas, ya las ve usted: anillos de asientos para los espectadores, eso es todo… ¿Le parece que bajemos ya a la arena, y que le muestre luego los subterráneos?

—Sí, estupendo —murmuró Erika.

Efectivamente, había ascensores en el Coliseo. En uno de ellos, con cabida para doce personas, descendieron todos a la planta baja. Abandonaron la gran cabina para salir a un pasillo en cuyo fondo se veía la arena, con la luminosidad del sol de la tarde no ya en la arena misma, sino encima, pues los rayos, a aquella hora, llegaban ya horizontalmente, iluminando el último piso intensamente en la parte que miraba al oeste.

Recorrieron el pasillo, y salieron a las arenas. Todavía estaban allí los carros de combate a tracción animal, desde luego. En los engranajes de sus ruedas se veían ahora unas relucientes cuchillas. Carlomagno los señaló.

—He ahí unas armas terribles. Un par de centuriones en uno de esos carros puede despedazar a docenas de enemigos de a pie. Entre los caballos, las ruedas y las cuchillas, los cuerpos saltan en el aire horriblemente despedazados…

—Lo que por fortuna, ya no se hace, en nuestros días —dijo Erika. Carlomagno la miró amablemente, y por sus hermosos ojos pasó una chispa que a Erika le pareció satánica.

—Claro, eso ya no se hace ahora. Antes, sí: soltaban a unos cuantos desgraciados armados con palos para darle una cierta emoción al asunto, y entonces salían las cuadrigas con soldados romanos, y despedazaban a los cristianos…, aunque eso, entiéndalo, fue en una época anterior a la mía.

—Entonces… ¿para qué tiene usted esos carros?

—Por capricho. Y también tengo fieras… ¿Le gustaría verlas? Tengo fieras en verdad curiosas. Algunas de ellas la van a sorprender en muy alto grado, porque… ¿Me perdona un instante, por favor?

Erika asintió.

Estaba ya mirando al centurión que había aparecido precisamente por la entrada a los subterráneos desde la arena, la

que estaba protegida por la reja de hierro descendente, que ahora permanecía alzada. Carlomagno fue hacia allá, estuvo unos segundos conversando con el centurión, y regresó junto a Erika.

—Acabamos de recibir la llamada por radio del primero de mis amigos que acude a la invitación. Irán llegando algunos, en helicóptero, y claro está, tomarán tierra aquí, de modo que había que desconectar la parrilla, lo cual no puede hacerse sin mi permiso.

—¿La parrilla? ¿Qué es eso?

Carlomagno señaló hacia lo alto.

—Como ve usted, ahí está el Velarium, que es una enorme lona que puede ocultar la arena a las miradas de curiosos. Pero hay algo más, algo que no se ve: todo un conjunto de células emisoras de descargas eléctricas que se cruzan en el aire a diferentes niveles, esto es, sin tocarse unas a otras. Las separaciones son mínimas, sin embargo, y están tan hábilmente dispuestas que ni siquiera un paquete de cigarrillos podría pasar por entre ellas. Si ese paquete de cigarrillos fuese arrojado desde un avión a la arena, no llegaría abajo: quedaría chamuscado, convertido en cenizas en cuanto alcanzase el nivel de las descargas eléctricas, que entonces, al coincidir todas en el paquete de cigarrillos, formarían una sola, de un gran poder destructivo. Es como un enrejado, ¿comprende? Nosotros lo llamamos la parrilla, como le he dicho.

Erika Schenk había conseguido contener un escalofrío mientras oía y comprendía perfectamente las explicaciones de Carlomagno. Explicaciones que significaban, lisa y llanamente, que un comando de agentes de la CIA que hubiese saltado al interior del Coliseo con paracaídas, habrían quedado, todos, convertidos en cenizas…

—Se ha quedado usted muy callada, señorita Schenk. ¿Quizá no ha comprendido mis explicaciones?

—Sí… Las he comprendido. Pero me estaba preguntando si realmente considera necesarias esas terribles precauciones. Podrían ocurrir accidentes.

—No, si quien viene al Coliseo pide permiso…, que es lo que tiene que hacer cualquier extraño, ¿no cree?

—Sí… Claro.

—Naturalmente —Carlomagno hizo un amplio gesto a su alrededor—, las precauciones en el exterior del Coliseo son

parecidas. Todo el bosque, que es de mi propiedad, por supuesto, está lleno de ingenios parecidos. Las alambradas pueden ser electrificadas en cualquier momento, hay armas sofisticadas en sitios insospechados, tenemos sistemas de vigilancia por sonar y por televisión… En determinados puntos del bosque hay compartimientos subterráneos donde mis pretorianos permanecen por turnos en casos de emergencia prevista…

—Se diría que teme usted algo, Carlomagno.

—Las cosas se han complicado un poco últimamente. Hace unos días tuvimos aquí un personaje… de lo más interesante. Una mujer, a la que cometí el gran error de no prestar la debida atención. No tengo más remedio que confesar que la subestimé. Por desgracia para ella, cayó al mar, y falleció…, aunque eso me costó las vidas de dos de mis hombres, y la pérdida de dos helicópteros.

—No comprendo bien esto…

—Quizá se lo explique en otro momento. ¿Vamos a ver a las fieras? Son muy interesantes… ¿Qué le ocurre?

Erika no se había movido, y miraba fijamente a Carlomagno que a su vez la miró con las cejas alzadas, interrogante.

—Todo esto que usted me está diciendo… es una broma, ¿verdad, señor Magnani?

—Por supuesto que no —protestó el Emperador—. Ocurre que soy muy celoso de mi intimidad, y que en mis propiedades puedo hacer lo que me plazca. ¿No le parece? Vamos a ver las fieras… ¿Le gustan los leones?

—La verdad es que me resultan simpáticos, sí.

—¿De veras? Pues va a ver ahora mismo a varios de ellos.

Pesaron bajo la reja, siempre seguidos por los pretorianos y las cuatro esposas, que contemplaban no poco divertidas a la maciza alemana de tosco aspecto. Dentro de la sala de la manivela había dos guardias. Y luego había más, por los pasillos…

—Los romanos, evidentemente, sabían construir, eso no puede discutirlo nadie. Estas galerías subterráneas están copiadas de las del auténtico Coliseo de Roma. Son todas ellas funcionales, perfectas considerando la técnica de la época. No crea usted que hoy se construye con más garantías de solidez… Y no hablemos de belleza. Ah, estamos llegando. Tenga cuidado: si se acercase demasiado a las jaulas podrían lastimarla.

Aparecieron en una gran galería, que Erika calculó estaba debajo de la primera planta del Coliseo. A derecha e izquierda se veían jaulas, y dentro de ellas, en compartimientos separados, tigres y leones. Había dos hombres de vigilancia allí, que encendieron más luces cuando apareció Carlomagno. Erika se quedó como calvada al suelo contemplando con un repeluzno de espanto aquellas fieras enjauladas… Había quizá doce leones y otros tantos tigres, y también un par de leopardos, y una pantera negra… Todos los animales estaban silenciosos, unos echados, otros en pie cerca de los barrotes de hierro. Estaban tan delgados que se notaban todos sus huesos, pero no perdían su fiera dignidad, y sus ojos relucían como fuegos amarillos. Uno de los tigres se movió, y Erika pensó que era la armonía misma. Dos leones se pusieron en pie, y sus largas melenas oscilaron, señoriales…

—Observo que se ha quedado muda de asombro —rió Carlomagno—. ¡Seguramente, usted creía que también bromeaba cuando le decía que iba ver leones y tigres!

—Sí… La verdad es que sí.

—Pues ya ve que no hay nada de broma en el Coliseo, señorita Schenk. Va a ver ahora algo formidable.

Carlomagno hizo una seña a uno de los guardias de las fieras, éste asintió, y fue hacia un panel de mandos eléctricos. Bajó una de las palancas, y en el acto, en los barrotes de las jaulas de todas las fieras comenzaron a producirse chispas eléctricas. Y no menos instantemente, la treintena de animales allí encerrados comenzaron a rugir a la vez, con una furia terrible, sobrecogedora. Con tal furia, que las explicaciones que Carlomagno intentaba dar a Erika no podían ser oídas por ésta, así que el Emperador la tomó nuevamente del brazo y salieron de allí, tras una seña al guardia, que desconectó la corriente de los barrotes.

Todavía, mientras caminaban por los pasillos de piedras, seguían oyendo el rugir de las fieras, pero amortiguados. Caminaban junto a unas verjas de hierro muy largas, colocadas en un lado del pasadizo.

—Esta especie de parrillas forman el callejón de las fieras hasta la arena. Cuando queremos que salgan allá, ensamblamos todas las piezas, y se forma así un túnel de rejas de hierro por el que circulan las fieras hacia el circo. De este modo, sabemos con seguridad que irán a la arena y no a otro sitio, lo que sería terrible. Para volver lo

hacen por el mismo camino, claro está. Igual que en los circos de la civilización actual, ¿comprende? De la jaula vivienda a la jaula de trabajo colocada en el centro de la pista, las fieras pasan por estos túneles de rejas.

—Sí, comprendo. Pero dígame, Carlomagno: ¿para qué quiere usted esas fieras? ¡Están tan flacas, tan hambrientas…! Me parece una crueldad tener en un sótano a esos animales, y me pregunto cómo es posible que no se mueran…

—Oh, van muriendo, claro, pero voy comprando otros. No es dinero lo que me falta.

—Así lo entiendo…, y pienso que podría ser empleado en cosas mejores que estos… caprichos que usted ha concentrado en este absurdo Coliseo.

—¿Se siente decepcionada? —sonrió el Emperador.

—Y desconcertada. Todo esto es tan extraordinario que no sé si lo estoy soñando… Esperaba encontrarme a un hombre culto, actual, inteligente…

—Soy todo eso —rió Carlomagno—… ¡Y soy mucho más! Es decir, lo seré pronto. ¿Cree que lo de rebautizarme con el nombre de Carlomagno ha sido un capricho sin sentido? Yo le digo que no. Todo está bien pensado desde el principio…, aunque entonces no contaba con la formidable arma que puede representarme el éxito de los trabajos del señor Bauer. Mis probabilidades de triunfo quedaron consolidadas definitivamente cuando supe que existía el señor Karl Bauer, y cuáles eran sus proyectos.

—¿Y cómo supo usted de la existencia del señor Bauer?

Carlomagno la miró fijamente, y sonrió de nuevo.

—Un amigo me informó. Uno de mis… muñecos, que en estos momentos se ha convertido en el principal: es el que tiene más probabilidades de ser mi marioneta en el gobierno de Europa. Pero no hablemos de eso: tengo cosas más interesantes. Tengo más fieras para mostrarle a usted… Extrañas fieras, ya verá.

Se habían detenido delante de una de las puertas que Erika sabía correspondía a una celda, como otras varias que había en aquel pasillo que ella ya conocía. Al fondo, veía el tramo de peldaños de piedra que ascendían…

La puerta fue abierta, el guardia entró, se encendió una luz dentro, y entonces entró Carlomagno, llevando siempre

amablemente de un brazo a Erika Schenk…, que quedó clavada al suelo, pálida, mirando al hombre que se apoyaba en la pared, con los brazos en alto, metidas las muñecas en argollas de hierro al extremo de cadenas. Un hombre cuya edad no podía calcular, pues estaba barbudo, desgreñado, flaco, consumido. Estaba completamente desnudo, de modo que se veían todos sus huesos proyectándose en la piel como a punto de perforarla.

—Dios mío —gimió por fin Erika.

—Es el más antiguo de mis animalitos especiales, una de las fieras extrañas de que le he hablado. Hizo algo que no me gustó: se convirtió en un serio peligro hace unos meses, cuando estábamos preparando el asesinato de un ministro británico en París, así que mis guardias lo cazaron y lo trajeron aquí, aunque no sé bien qué hacer con él. Supongo que cualquier día lo echaré a los leones… Se llama Igor Vorkin: es un espía ruso, que estuvo husmeando la organización del asesinato de *Sir* Leonard Dingham, así que no tuvimos más remedio que… invitarlo al Coliseo.

Erika Schenk, que parecía impresionada en verdad, cambió de pronto de actitud, sorprendiendo realmente al Emperador. Para pasmo de éste, la escritora alemana se echó a reír.

—¡Esto es formidable! —exclamó—. ¡No sabe cuánto le agradezco que me haya recibido, señor Magnani!

—¿De qué se ríe usted? —Frunció el ceño Carlomagno.

—¡De todo esto, naturalmente…! ¡Qué magníficamente montado está todo, qué buenos actores son sus empleados…! ¿Sabe que he estado a punto de creérmelo todo? ¡Oh, qué tonta he sido…! ¡Se habrá estado divirtiendo usted mucho con mi ingenuidad, con mi credulidad…!

—Ah, sí, mucho —sonrió encantadoramente el bello Carlomagno —… Pero veo que no he conseguido tenerla mucho tiempo engañada. Y es una lástima, porque tengo… tenía más cosas pensadas para contarle, señorita Schenk.

—¡Supongo que sus amigos lo deben de pasar divertidísimo cuando vienen al Coliseo, con todo esto de las fieras, los prisioneros, todo ese sofisticado sistema de seguridad que seguramente no existe…! ¡Es usted realmente imaginativo, señor Magnani!

—Por favor, no destruyamos el encanto: siga llamándome

Carlomagno, si no le molesta.

—¡Claro que no! ¡Pero si lo estoy pasando estupendamente, ahora que por fin he comprendido la broma! ¡No me extraña que sus amigos le visiten a menudo! Estar aquí tiene que ser… muy especial, algo completamente diferente a todas las cosas que tenemos a nuestra disposición en el mundo exterior.

—Especialísimo, en efecto. Es todo un *show*. Peleas de gladiadores, luchas de fieras, romanos contra cristianos… Lo pasamos francamente divertido.

—¡Oh, lamento ahora haber dicho que me he dado cuenta de la broma por fin…! Siga, siga, Carlomagno, como si yo no me hubiese enterado.

—Estupendo… Bien, como le decía, este hombre es un espía ruso llamado Igor Vorkin, que se metió donde no le llamaban. Tengo más espías, en las otras celdas: alemanes, franceses, británicos, checos… En total, creo que tengo catorce animalitos como éste.

—Debe de tener también espías americanos —sonrió Erika.

—No. De ésos, no tengo ninguno, porque los estoy utilizando en el exterior, para simular acciones de la CIA. Por ejemplo, no hace mucho, utilizamos a un americano llamado Walter Summers para una acción que fracasó porque mi muñeco informativo no me advirtió de que el servicio secreto británico, había destacado cuatro hombres más en el aeropuerto de Heathrow. Luego, resultó que ésa había sido una iniciativa personal de última hora de uno de los jefes del MI6, por lo que solamente éste sabía la intervención de esos cuatro hombres… La acción fracasó, pero luego, mejor coordinada, fue un éxito, y pudimos traernos al Coliseo al señor Karl Bauer.

—Lo que significa —rió Erika— que el señor Bauer está en el Coliseo en contra de su voluntad, esto es, secuestrado.

—En efecto. ¿Verdad que es divertido?

—¡Divertidísimo!

—Sí… Fue una operación en dos etapas. Como le decía, utilicé a un espía americano como carnada para provocar una de las… escaramuzas que tanto me interesan por el momento en Europa. También tuvimos que matar a una muchacha llamada Margaret, creo, y que se acostaba con el espía americano… Cosas desagradables, pero inevitables.

—Naturalmente —sonreía Erika—… ¡Cuénteme más cosas!

—¿Más cosas? Bueno, también he organizado el asesinato de un agente egipcio; envié a un grupo de hombres contra el señor Brandt, simulando que algunos soldados americanos formaban parte del grupo, cuando lo cierto era que fueron allí obligados… Todo un montaje. En fin, muchas cosas, todas ellas orientadas a enfrentar a los países europeos entre sí. Ahora mismo, por ejemplo, estaba planeando una acción importantísima en España… Concretamente, en Barcelona.

—¿Qué acción?

—Salgamos de aquí —frunció el ceño Carlomagno—: este hombre apesta.

—Creo que se ha caracterizado demasiado bien —rió Erika—. ¡Incluso está sucio de excrementos! Espero que le pague usted bien su representación, Carlomagno.

—Así lo haré.

Salieron de la celda, cuya puerta fue cerrada. Fueron hacia el tramo de escalones de piedra, salieron a la sala donde estaba la manivela de la reja que cerraba la arena, y salieron a ésta, pasando entre los guardias, y siempre seguidos por las cuatro muchachas y los pretorianos.

Poco después, emprendían el regreso hacia el piso alto, en el ascensor, tras haber señalado Carlomagno el helicóptero que había en un lado de la arena.

—Ya han llegado algunos invitados, como ve. Deben de estar tomando un baño, para refrescarse, y claro está, luego se pondrán ropas adecuadas, es decir, como las mías… Espero que no le moleste que haya invitado a cenar a unos amigos.

—Claro que no —sonrió Erika—… ¿No va a contarme más cosas?

—Ah, sí… Lo de Barcelona, por ejemplo: tengo… o mejor dicho, tenía un grupo en Roma que pronto habría recibido instrucciones para una acción en Barcelona, pero algo debe de haber ocurrido, porque mi emisora central no consigue contacto… adecuado con la de Roma. Es una lástima, porque esa acción deberá ser abandonada, ya que es de fecha fija. En fin, tengo tantos grupos en toda Europa, que por el momento no me preocupa lo que haya podido ocurrir en Roma… En cuanto a Barcelona, no sé si usted sabrá que por estas

fechas, como hacen en Madrid y en otras capitales importantes de ese país, se lleva a cabo un gran desfile militar, que circula por las calles más importantes. Pues bien, yo quería sabotear ese desfile colocando cargas de gas mortífero en las cloacas de las calles por donde debía pasar.

—¡Fantástico! —exclamó Erika, muy abiertos los ojos—. ¡Verdaderamente fantástico! Pero… ¿para qué?

—Como usted debe de saber, España está en la actualidad en un proceso de renovación política que implica una gran apertura hacia todo el mundo. Rusia forma parte del mundo, y claro está, se han restablecido relaciones diplomáticas entre España y Rusia. Y también, entre España y Yugoslavia… En fin, España está dispuesta a dialogar con el comunismo. ¿Le parece que eso puede gustarle a Estados Unidos?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Yo creo que no, y todo el mundo debe de pensar de modo parecido. Lógicamente, Estados Unidos preferiría que España continuase siendo un país anticomunista a toda costa, así que yo había pensado demostrar algo en ese sentido: dentro de las cloacas de Barcelona, cuando ya todo hubiese pasado, se encontrarían algunos cadáveres de hombres afectados accidentalmente por el gas mortal. La conclusión sería que esos hombres habían formado parte del grupo que había colocado las cargas de gas ocasionando la muerte de miles de soldados españoles participantes en el desfile… ¿Y sabe quiénes serían esos hombres?

—¿Americanos?

—Efectivamente. Agentes de la CIA que ya teníamos clasificados para su captura y utilización. También, claro está, pondríamos algún yugoslavo y algún ruso reaccionario, de los que serían considerados como no dispuestos a admitir relaciones Este-Oeste. ¿Conclusión?: la CIA había organizado aquello para enfrentar a Rusia y a España e impedir o dificultar muchísimo esas nuevas relaciones. Quedaría claro que habían intervenido rusos, lo que serviría de pista para algunos, que considerarían que esos rusos habrían sido los culpables de todo si algo no hubiese fallado.

—No comprendo esto…

—Todos comprenderían que la CIA pretendía utilizar a rusos para dejar allí, en las cloacas, sus cadáveres, pero al existir ese fallo,

los de la CIA también murieron, de modo que no pudieron completar su plan de acusar a los rusos y yugoslavos reaccionarios… Y a todo esto, claro, habrían muerto miles de soldados españoles, lo que no sería bien digerido por el Gobierno de Madrid, ¿verdad?

—Supongo que no, claro… ¡Pero todo esto es terrible! Bueno, quiero decir que lo sería si fuese verdad… ¡Qué imaginación tiene usted, Carlomagno!

—Mucha. Tengo tantos proyectos e ideas como cabellos. Soy un hombre de gran inventiva… Ahí llega otro grupo de invitados. ¿Realmente no le molesta que nos acompañen en la cena?

—Claro que no. Será encantador, estoy segura.

Estuvieron mirando el helicóptero que había aparecido en lo alto del Coliseo hasta que tomó tierra, en el centro de la ovalada pista. Tres hombres y tres mujeres saltaron a ésta, saludaron con la mano, y Carlomagno respondió al saludo, sonriente.

—Todavía vendrán algunos más —dijo—. No quieren perderse la gran fiesta.

—¿Cuál fiesta?

—La de mañana temprano, con los primeros rayos de sol… Vamos a sacrificar a todos los prisioneros en la arena. A todos. Con una gran sorpresa para usted, señorita Schenk.

—¿Qué sorpresa? —rió la escritora.

Carlomagno señaló hacia el interior de uno de los aposentos, y entraron todos allí, menos una de las muchachas, que se alejó rápidamente.

—Se instalará usted aquí esta noche —dijo Carlomagno—, pues no pienso dejarla marchar sin que haya asistido a la fiesta, naturalmente. ¿O quizá tiene usted otros compromisos?

—No… ¡Y aunque los tuviese, no me perdería esto por nada del mundo!

—No tema, no se lo perderá. En realidad, usted va a ser la principal invitada, señorita Schenk, la… atracción principal.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

La muchacha que se había alejado, entró en el aposento destinado a Erika Schenk, portando en las manos una fuente con agua, y unos blancos paños. Se acercó a Carlomagno, éste tomó uno de los paños, lo empapó en agua, y lo acercó al rostro de Erika

Schenk, que retrocedió sobresaltada… para encontrarse sujeta por los fuertes brazos de dos de los pretorianos. Carlomagno sonrió, y comenzó a frotar suavemente el rostro de Erika con el trapo mojado… de modo que fue arrancando el maquillaje, las pecas magistralmente colocadas, las arrugas, la rigidez de los labios. Le quitó los lentes y los entregó a una de las muchachas.

El silencio era total.

Cuando Carlomagno terminó, tenía ante él el bello rostro juvenil de Brigitte *Baby* Montfort.

Pero el Emperador todavía no había terminado… Soltó el austero moño de la espía, dejando que los negros cabellos se desparramasen sobre hombros y espalda, con aquella suave ondulación, lanzando hermosos reflejos casi azulados.

Carlomagno estaba verdaderamente impresionado viendo aquel rostro.

—Desnudadla —murmuró.

Las cuatro muchachas procedieron a desnudar a Brigitte, por supuesto poniendo en evidencia los trucos de relleno que ésta llevaba encima, de modo que en menos de dos minutos la maciza y poco atractiva Erika Schenk quedaba convertida en la bellísima joven de cuerpo magnífico, espléndido, de piel dorada, de formas tan hermosas que el Emperador del Cielo y de la Tierra estuvo largo rato sin habla contemplándola.

Por fin, con evidente esfuerzo, Carlomagno recuperó el habla:

—Cuando se fue de aquí la otra vez, se dejó un maletín que contenía muchas cosas curiosas. Y varios pasaportes, a varios nombres: Nora Tisdale, Galina Cherkova, Monique Lafrance, Lili Connors, Brigitte Montfort… Un formidable arsenal de pasaportes, que, naturalmente, sólo encajan con una personalidad también formidable en el mundo del espionaje internacional… ¿No está de acuerdo, Baby?

Brigitte Montfort no contestó.

Su mirada era fría, altiva, casi despectiva.

No se arrepentía en absoluto de su incursión temeraria al Coliseo, ahora que sabía que una invasión por aire y tierra habría sido una auténtica masacre de agentes de la CIA y colaboradores.

—No he logrado comprender cómo, pero el hecho cierto es que usted consiguió una pista hacia mí —prosiguió Carlomagno—… Lo

que, como es natural, me hizo comprender que mi estancia en el Coliseo debía darse por terminada si usted salía con vida de este lugar. Erróneamente, creí que había muerto, estrellándose en el mar con el helicóptero, como mis hombres que salieron a perseguirla creyendo que la alcanzarían enseguida, antes de que se les terminase el combustible. Evidentemente, la habían valorado a usted en muy poco. Y yo también…, de modo que ahora estamos en paz, ya que…, ¿en verdad creyó que yo no la identificaría, que no comprendería lo que estaba ocurriendo? ¿De verdad ha creído usted que le he estado explicando todos mis proyectos e instalaciones porque soy un charlatán bobo e ingenuo? Vamos, vamos, señorita Schenk; créalo o no, está usted hablando con el futuro Emperador… del Cielo y la Tierra, aunque, por el momento, esté dispuesto a conformarme con la Tierra…, empezando por Europa, claro… ¿Realmente creyó que estaba tratando con un pobre imbécil? Todo lo que le he contado es cierto, aquí no hay bromas en nada, ni *shows* de ninguna clase. Supongo que ya ha comprendido eso.

—Desde luego. Y como ya lo tenía previsto prácticamente todo, usted no se saldrá con la suya. Haga lo que haga conmigo, no saldrá con vida de Ischia.

—¿Realmente cree eso? ¿Continúa considerándome imbécil?

—Toda la isla está ocupada por la CIA, por tierra, mar y aire: no podrá escapar. Seguramente, me matará a mí, pero usted no provocará guerras en Europa, ni entre Europa y Estados Unidos. Yo moriré, pero usted no escapará.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo pretendo escapar de Ischia? —se sorprendió simpáticamente Carlomagno—. ¡No pienso hacer semejante cosa, se está demasiado bien aquí! Digamos que me… desembarazaré de todos mis enemigos, que me tomaré una temporada de descanso, y que dentro de un tiempo, volveré a intentarlo. En cuanto a escapar, podría hacerlo en cuanto lo desease.

—Imposible.

Carlomagno movió la cabeza con un gesto de simpatía.

—Usted no ha terminado de entenderlo todo. Pero, en fin, ya no dispongo de tiempo para más explicaciones, pues debo preparar el gran espectáculo final antes de retirarme a descansar y a meditar sobre el nuevo enfoque de la reaparición de Carlomagno. Mis

amadas esposas le facilitarán a usted una túnica…, y espero que sea tan amable de asistir a la cena.

—Lo haré con mucho gusto.

—Gracias. Hasta luego, entonces. Naturalmente —sonrió una vez más— lo más absurdo que se le podría ocurrir es intentar escapar del Coliseo: eso es absolutamente imposible… sin mi consentimiento y ayuda. Nos veremos en la cena.

Capítulo XIV

En la cena fueron servidos los mejores manjares imaginables, y los mejores vinos del viejo continente. Los criados iban de un lado a otro con grandes fuentes de comida, y sirviendo el vino en jarras. Carlomagno recurría de cuando en cuando a su lira, ofreciendo a los invitados una música que resultaba agradable, acompañada de versos inventados por él mismo, según aseguraba, en aquel momento, improvisados.

Había en total dieciocho invitados, todos ellos ataviados con túnicas, naturalmente. La escena era parecida a la de la vez anterior, cuando Brigitte había estado allí también como prisionera. Besos larguísimos entre las parejas, pechos al aire, música, manjares, risas. El espectáculo estuvo a cargo de las cuatro mujeres de Carlomagno, pero no sólo actuaron ellas, sino parejas de gladiadores que demostraron su habilidad en la lucha con armas. Luego, hubo un encuentro doble entre cuatro luchadores de grecorromana. Hubo también la extraordinaria exhibición muscular de un gladiador untado de aceite, que se paseó por el gran salón con vistas al mar haciendo tensiones de todos y cada uno de sus pasmosos músculos, que las damas palpaban con grititos de entusiasmo.

Por supuesto, el ambiente se fue caldeando, alcanzando altísima temperatura a medida que avanzaba la noche. Para mayor ambientación, fueron apagadas todas las luces eléctricas, quedando entonces la iluminación a cargo de grandes antorchas que despedían un agradable aroma de incienso.

—¿Sus amigos de la CIA tienen pensado atacar esta noche, quizá? —preguntó en una ocasión Carlomagno a Brigitte.

—Claro que no.

—Ah, magnífico, me disgustaría que estropeasen la fiesta, y más aún que turbasen nuestro descanso. ¿Atacarán mañana, entonces?

—No atacarán —sonrió Brigitte—. Yo presentí que el Coliseo no debía de ser fácil de tomar por las armas, así que ordené que, simplemente, esperasen. Ustedes están acorralados, eso es todo.

Carlomagno se echó a reír, recurrió a su lira, y se puso a cantar una dulce canción de amor a la luz de la luna. Las miradas de todos los invitados, y también las de los guardias y los criados, fueron hacia él…, es decir, hacia Brigitte, que yacía a su lado sobre almohadones. La belleza de la espía americana resplandecía de tal modo con la túnica y sus parcialmente mostrados encantos que las demás mujeres sentían en todo momento el aguijón de la envidia, del rencor; especialmente, las cuatro bellas muchachas que, evidentemente, formaban el serrallo particular del Emperador, el cual las tenía muy olvidadas; sus ojos relucían más cada vez que miraba a la bella norteamericana tendida sosegadamente junto a él, desnuda salvo la túnica, con el cabello cogido en un artístico moño romano en lo alto de la cabeza, rodeado por una cinta de plata. La piel de Baby era, a la luz de las antorchas, como un auténtico destello de sol en las sombras movientes, y sus grandiosos ojos azules debían de causar envidia al mismísimo cielo primaveral que se veía fuera del Coliseo…

… pero quizá no merezca ninguna
recibir el amor a la luz de la luna

Cantaba el Emperador. A sus últimos versos, las mujeres replicaron con protestas en las que exigían sí ser amadas a la luz de la luna. Brigitte las iba mirando, inescrutable el rostro. Conocía muy bien aquella clase de mujeres riquísimas, que no se privaban de nada que la vida pudiese ofrecerles con placer. En cuanto a sus maridos, si es que lo eran, tampoco tenía grandes dudas sobre ellos: hombres con dinero, que habían formado un grupo de apoyo financiero para el Emperador del Cielo y la Tierra, y que a su debido tiempo, esperaban recibir recompensas fantásticas en poder y dinero, en dinero y poder, que todo es lo mismo. Sí, también había conocido a muchos hombres como aquellos, a muchos…

Carlomagno dejó de tocar y cantar, y Brigitte aplaudió graciosamente, sonriente. Luego, con un gesto de su barbilla, señaló a los demás invitados.

—¿Saben ellos que están rodeados por la CIA? —preguntó.

—Claro que no. No habrían venido si les hubiese informado de eso. Para ellos, esta es una fiesta más de las muchas que les vengo ofreciendo. Se divierten como locos.

—¿Le parece que éste es momento para estas fiestas?

—Por supuesto. Ellos forman todo mi ejército actual de apoyo, y tal como están las cosas me interesa tenerlos aquí, precisamente.

—¿Por qué?

Carlomagno sonrió. Se desentendió un instante de Brigitte y ordenó que llamasen a Marco. Marco era el asombroso atleta de los músculos increíbles, que apareció a los pocos segundos, todavía reluciente de manteca su hermoso cuerpo gigantesco. Se plantó delante del Emperador, y esperó, ante el expectante silencio de todos.

—Éste es el fin de la fiesta —dijo Carlomagno—… Debemos retirarnos todos a descansar pronto, porque habremos de levantarnos con el sol, para el espectáculo en las arenas. Marco, espero que nos complazcas grandemente.

—Sí, Emperador —sonrió el apuesto gigante. Carlomagno se volvió hacia Brigitte, sonriendo.

—Bien… Vaya con él.

—¿Con Marco? —Alzó las cejas Brigitte.

—Sí. El último número de la fiesta es siempre el mismo… Marco es un experto… ¡Y tan hermoso! Después de vérselo hacer a él, todos nos retiramos con auténticos deseos de gozar de la noche… y de dulce y delicada compañía.

—¿Me está usted diciendo que debo… formar pareja con Marco en una demostración de amor para todos ustedes?

—Así es. Como ve, no la estoy tratando tan mal antes de eliminarla. ¿Va a negarse usted? Le advierto que sería inútil, pues la potencia muscular de Marco solucionaría cualquier problema en ese sentido. Y, realmente, sería más… excitante que usted se resistiese.

—No pienso hacerlo —sonrió Baby—… Como bien ha dicho usted. ¡Marco es tan hermoso!

Brigitte se puso en pie, en medio de un denso silencio. Pero enseguida comenzó a sonar un tambor invisible, con lentos y cadenciosos redobles. La espía se quitó la túnica, quedando completamente desnuda…, a excepción de las sandalias.

Se acercó a Marco como flotando sobre el reluciente suelo, lentamente, delicadamente.

Su cuerpo parecía auténticamente de oro a la luz de las antorchas, Marco había quedado inmóvil, pero de pronto tendió los brazos, y la espía quedó entre ellos, acariciando la fantástica musculatura de acero. La boca de Marco se acercó a los senos de Brigitte, pero ésta lo apartó con un gesto delicado, se alejó de él, describió un par de giros, y se soltó el negro cabello, que relampagueó como fuego negro. Se acercó a Marco, le tomó las manos, y se las puso a la espalda de él mismo, de modo que no podía tocarla, juego que Marco aceptó.

Entonces, Brigitte se apretó contra él, alzó el rostro ofreciendo los labios, y Marco fue en busca de ellos…, encontrándose de nuevo con el vacío, pues Brigitte se apartó, giró de nuevo, ahora alrededor de Marco, y llegó a su espalda, donde tomó de nuevo las manos, para pasarlas ahora y dejarlas juntas sobre el vientre del gladiador.

Se abrazó a la musculosa espalda, y comenzó a besarla…, hasta que Marco no pudo contenerse, y se volvió, la agarró por la cintura, la alzó como si fuese una pluma hasta que la cintura de Brigitte quedó a la altura de su rostro, y la besó…

Brigitte lanzó un gemido que parecía música, se dobló por la cintura, y su boca quedó ante la de Marco, que, todavía sosteniéndola en alto, comenzó a besarla en los labios…, hasta que ella, enseguida, apartó la boca, cerró los ojos, y se dobló hacia atrás, dejando colgar su cabeza, su larga cabellera, mientras se acariciaba ella misma las bellísimas formas de su cuerpo.

Marco la depositó en el suelo, y ella abrió los brazos. El gladiador se colocó sobre ella…

—¡Basta! —Se puso en pie de un salto Carlomagno—. ¡Basta! El tambor dejó de sonar, el silencio fue total. Todas las miradas, sorprendidas, estaban fijas en el Emperador, cuyas facciones se veían tensas, crispadas…, si bien no era el único, ni mucho menos.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar uno de los invitados.

—He tenido una idea mejor —consiguió sonreír Carlomagno—. Todos sabemos que cualquiera de nuestras mujeres querría estar ahora en lugar de nuestra invitada especial. Así pues… ¿por qué conceder a ella lo que desean las demás? Propongo que Marco sea sorteado entre todas, y la afortunada será la que nos ofrezca el

cuadro de amor… Luego podrá pasar la noche con Marco.

—¿Y aquel de nosotros que se quede sin mujer? —preguntó otro de los invitados.

—Aquel de vosotros que se quede sin mujer, recibirá esta noche la visita de Hildegarda, Liutgarda, Desiderata y Fastrada… ¡Las cuatro para él en esta misma noche!

La conformidad fue absoluta, apoyada con grititos de entusiasmo por parte de las invitadas.

Se procedió al sorteo, mientras Brigitte regresaba a su sitio, y se tendía de nuevo, sin preocuparse por la túnica, mirando dulcemente a Carlomagno, que no podía apartar sus ojos de los de la espía.

—No me gusta el amor en público —murmuró ella—… Y por otra parte, yo estoy acostumbrada a reyes, no a siervos. A reyes y a emperadores.

Los ojos de Carlomagno relucieron. No dijo nada. Se quedó mirando luego el final del sorteo, el final del espectáculo… Ya no miró a Brigitte hasta que, finalmente, quedaron los dos solos en sus aposentos, como sumergidos en un silencio denso hecho de luna.

—Es una lástima que mañana tengas que morir —dijo Carlomagno.

—No me matarás después de lo de esta noche —sonrió Brigitte.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque conmigo sí te sentirás, verdaderamente, el Emperador del Cielo y la Tierra…, y de todo el universo.

Capítulo XV

El universo se reducía a aquel agujero en el centro del Velarium, que había sido extendido sobre el Coliseo. Un agujero de un par de metros de diámetro solamente, por el que se veía el cielo, todavía rojo de sol, y por el que entraba el reverberante resplandor del amanecer, ocasionando una dulce penumbra de paz en el silencioso circo romano.

Silencioso, pese a que había bastante gente en él.

Los tres helicópteros de los invitados de Carlomagno habían sido colocados en un lado, junto a los carros romanos de combate. Siguiendo todo el contorno de la pista, estaban los guardias del Emperador, bizarros y hermosos, esperando. La gran reja que separaba el circo de los pasadizos estaba alzada, y junto a ella se veía al hombre encargado de accionar la rudimentaria manivela que al girar hacía subir o bajar los pesados barrotes.

El palco del Emperador estaba vacío, pero inmediatamente encima, en el de los patricios de mayor privilegio, los senadores y hombres de gobierno, estaban los invitados, esperando, casi todos ellos con rostros macilentos, en los que se reflejaba claramente el cansancio de una noche de disipación, de orgía hasta el límite. Estaba bien claro que ninguno de ellos había dormido… El fin de fiesta era precisamente aquel; ahítos ya de todos los placeres, solamente quedaba el más excitante de todos: la Muerte.

Por fin, cuando el ambiente estaba rojo de sol desde lo alto, aparecieron el Emperador del Cielo y la Tierra y su bellísima prisionera. El rostro de Carlomagno, aunque cansado, resplandecía, y sus bellos ojos contemplaron su pequeño reino con satánico destello. Junto a él, la espía americana, angelical con su túnica blanca, de nuevo recogidos sus cabellos en un moño romano en lo alto de la cabeza, sonreía, como el ser más feliz del mundo. Desde arriba, los ojos de las cuatro bellas muchachas se clavaron como

puñales en ella cuando se volvió, como hacía Carlomagno, para saludar a sus invitados. Brigitte Montfort mantuvo su sonrisa, con una chispa de malicia, de burla, que hizo palidecer a Liutgarda, Desiderata, Fastrada y Hildegarda: aquella sonrisa de burla les hizo comprender que el Emperador había repudiado… a cuatro esposas a la vez.

Carlomagno saludó a estilo de la legión romana, esperó a que se sentase Brigitte, y lo hizo él, a su lado, acariciándole una mano. Abajo, los centuriones esperaban… El Emperador se inclinó hacia Brigitte.

—Había pensado organizar una verdadera fiesta de Muerte, pero me siento fatigado, y harto de todo esto. Además, tendría que haber enviado a buscar los caballos para los carros, y en estas circunstancias no me parece prudente, teniendo a la CIA alrededor del Coliseo.

—Muy acertado —sonrió la divina espía.

—De modo que vamos a pasar directamente a la diversión más simple. ¿Conoces el juego de la esperanza de la vida?

—No sé a qué te refieres…

—Dentro de unos minutos, los catorce prisioneros aparecerán en la arena, se formarán parejas, y una vez debidamente provistos de armas, tendrán que enfrentarse. Hay catorce hombres que tendrán que luchar, pero sólo siete de ellos podrán quedar con vida. Los siete vencedores, han sido advertidos todos al respecto, podrán continuar viviendo.

—¿Quieres decir que perdonarás la vida a siete? —musitó Brigitte.

—No, mujer —rió el Emperador—… Eso es lo que les he dicho a ellos por medio de mis pretorianos. Pero lo cierto es que los siete vencedores, que habrán demostrado ser los más fuertes y hábiles, tendrán que enfrentarse entonces a los leones… ¿Comprendes?

—Sí —palideció Brigitte—… Por supuesto que comprendo. ¿Y a eso llamas tú… el juego de la esperanza de la vida? ¡Yo diría que es el juego de la muerte inevitable!

—En efecto —volvió a reír Carlomagno—… Pero si a esos hombres no les prometieses la vida y quizá la libertad si vencen a los otros siete, no lucharían con el entusiasmo con que lo van a hacer… ¡Y dejaría de ser excitante! Primero, se matan entre ellos, y

cuando los vencedores se las prometen tan felices, aparecen las fieras… ¿No es ingenioso?

—Mucho. ¿Y qué pasa luego?

—Pues… normalmente, nos retiramos ya a descansar, hasta el mediodía. Pero en esta ocasión todo va a ser muy diferente, debido a tu intervención. Me has colocado en una situación que me obliga a tomar las últimas medidas de seguridad. Por lo que voy a sugerirte que no te apartes de mí en ningún momento, no quisiera perderte.

—¿Te sientes Emperador del Cielo, de la Tierra…, y del universo entero? —sonrió dulcemente Brigitte.

—Sí —murmuró Carlomagno—… Así es. Lo has conseguido, y no tengo por qué negarlo…, ni por qué prescindir de ti durante mucho, mucho tiempo en que viviremos solos y felices.

—¿Solos? ¿Dónde? Porque si esperas poder escapar del círculo que la CIA ha tendido en torno al Coliseo…

—No me inquieta la CIA, ni nadie… Todo está previsto desde que comencé a poner en marcha mis planes. Unos planes que quedaron definitivamente modelados en cuanto tuve noticia de la existencia de Karl Bauer… Ese hombre, si realmente lograse sus proyectos, sería mi gran baza. Por eso, él vendrá con nosotros.

—¿Con quiénes?

—Con nosotros dos.

—Pero… ¿adónde vendrá con nosotros?

—A la salvación del caos. Y ahora, perdóname, pero todos están ya muy impacientes…

—Carlo, querido… ¿puedes concederme un pequeño capricho?

—Por supuesto que sí. ¿De qué se trata?

—Solamente quiero ir más abajo, para ver a esos hombres que van a salir a luchar a la arena. Todos ellos, según me dijiste tú mismo, son… colegas míos, espías… Quisiera verlos de cerca, por si identifico a alguno.

—¿Con qué objeto? —se sorprendió el Emperador.

—Quizá tú no conozcas bien el mundo del espionaje… Es un mundo especial, cruel, despiadado. Es muy posible que algunos de esos hombres me hayan perseguido alguna vez… Ahora, es mi momento. Me gustaría poder reírme de ellos… Y se me ocurre que lo conseguiría tan sólo diciéndoles, cuando saliesen, *morituri te*

salutan!

—¡Los que van a morir te saludan! —tradujo del latín Carlomagno—. ¡Pero eso se lo decían los gladiadores al emperador César, no a Carlomagno!

—¿Qué más da? Es sólo un capricho de tu amante compañera.

—Ve abajo, si lo deseas —murmuró el Emperador, acariciando el cuerpo de Brigitte por encima de la suave tela de la túnica—. ¡Pero ten mucho cuidado!

Ella asintió, y abandonó el palco del Emperador. Abajo, en la arena, los diez pretorianos que estaban esperando la aparición de los hombres que iban a morir, miraron a Carlomagno, que asintió con un gesto. Segundos más tarde, Brigitte quedaba instalada prácticamente encima de la gran entrada a los subterráneos, por donde debían salir los espías que se matarían unos a otros, y luego, las fieras que terminarían con los supervivientes.

El guardia que estaba junto a la reja, en el borde del anillo inferior, esto es, en la arena, recurrió a una trompa que emitió un largo sonido musical anunciando la buena nueva de las competiciones en el circo, y el sonido se extendió por todo el Coliseo, y, naturalmente, pasadizo adentro. Luego, hubo quizás un minuto de expectación, hasta que comenzaron a aparecer los catorce hombres, los catorce espías europeos que Carlomagno había estado reteniendo en las mazmorras del gran circo imitación del auténtico.

Cuando los catorce hombres aparecieron, los espectadores, esto es, los amigos de Carlomagno, comenzaron a gritar y a reír, dando ánimos a unos o a otros, según sus preferencias a tenor de sus gustos visuales. En realidad todo era un sarcasmo brutal hacia aquellos hombres que más bien parecían sombras, despojos. Más de la mitad de ellos estaban desnudos, todos desnutridos, derrotados de antemano; la idea de enfrentar a aquellos hombres por parejas era sencillamente satánica. No vencería el mejor de cada pareja, sino, sencillamente, el que menos tiempo llevase allí dentro, el menos débil.

Caminaban arrastrando los pies, caídas las cabezas sobre los flacos pechos… Casi todos olían a excrementos, muchos de ellos tenían sobrecogedoras llagas infectadas. Era un pequeño ejército de moribundos desesperanzados.

Salieron a aquel resplandor de sol naciente que llegaba desde lo alto del Velarium, por el agujero de dos metros de diámetro. ¡La mañana primaveral era tan hermosa…! Algunas cabezas se alzaron, algunos ojos consiguieron vislumbrar aquel tono rojo-dorado de un amanecer rodeado de mar y de pinos. En algunos labios resecos y agrietados, hubo algo que podía parecer una sonrisa…

Desde su palco, Carlomagno dio una urden, y los pretorianos se acercaron a los condenados irremisiblemente a muerte, y comenzaron a ponerles armas en las manos: espadas, lanzas, tridentes, redes. El mundo retrocedía cientos de años. Fueron necesarios casi cinco minutos para que los espías europeos quedasen armados y enfrentados por parejas, atónitos, temblorosas las piernas tantos días inmóviles. El guardia de la brillante trompa musical se dispuso a emitir el toque de combate.

Pero en su lugar, se oyó, de pronto, con extraordinaria nitidez, la voz de Brigitte Montfort, más pura y vibrante que el más musical de los clarines:

—¡Espías! —resonó su grito en todo el Coliseo—. ¡Luchad JUNTOS por vuestras vidas!

El idioma utilizado fue el inglés, que todos estaban obligados a conocer. Hubo un instante de indecisión, de desconcierto general. En ese instante, Brigitte *Baby* Montfort saltó de modo increíble los tres metros y pico que separaban su posición de la arena donde esperaban los luchadores improvisados. Fue como el salto insólito de una gata, increíble, majestuoso. Las doradas piernas de seda resistieron el impacto de la caída, la gata rodó sobre sí misma, saltó…, y quedó frente al guardia que se disponía a tocar la trompa, y que no tuvo ni siquiera tiempo de comprender qué ocurría: una mano pequeña, bella, de apariencia delicada, se convirtió en una extraña garra de acero, que impactó blandamente contra su garganta. De la trompa brotó un metálico sonido roto, y el hombre cayó hacia atrás, fulminantemente muerto.

La espía se inclinó sobre el guardia, y tomó la pistola automática que llevaba en el cinto, como una incongruencia más en aquel extraño mundo creado por el Emperador del Cielo y de la Tierra…

Uno de los centuriones, reaccionando, sacó su pistola, y comenzó a apuntar a Brigitte. En aquel mismo instante, resonó la voz del Emperador en todo el Coliseo:

—¡No! ¡No la matéis!

Y al mismo tiempo, uno de los espías alzó el brazo derecho por encima de su hombro, sujetando con fuerza la lanza, que salió al instante disparada hacia el centurión, con fuerte silbido. El arma se hundió profundamente en el pecho del «romano», que fue lanzado violentamente hacia atrás, soltando la pistola, hacia la que se abalanzó otro de los espías…, que quedó en la línea de tiro de otro de los pretorianos. Pero, cuando éste se disponía a apretar el gatillo, otro de aquellos hombres saltó hacia él, espada en alto…

¡Craaaash!, crujió el casco metálico bajo el metal afilado. Casco y cabeza se partieron, se abrieron bajo el tremendo golpe…

Pero Brigitte ya no podía perder el tiempo prestando atención a lo que sucediese en la arena, porque tenía planes mucho más importantes. Saltó al interior de la sala de la manivela, apuntó a ésta, y apretó el gatillo dos veces. La manivela se rompió, comenzó a girar y la reja cayó con fuerte sonido, aislando los corredores de los subterráneos.

Pistola en mano, Brigitte echó a correr hacia la profundidad de aquéllos. Pasó ante puertas abiertas de calabozos de cuyo interior brotaba hedor a excrementos, a sudor, a horror… Un guardia de los que sólo llevaban un taparrabos, como el repugnante y enano Octavio, apareció ante ella, muy abiertos los ojos, como alucinado…

¡Crack!, restalló la pistola que empuñaba la espía. Y el hombre saltó grotescamente, echando los pies hacia arriba, cayendo de cabeza. Hacia el fondo del subterráneo comenzaron a oírse los rugidos de las fieras. Detrás de Brigitte, un rumor de voces, de gritos, estampidos de disparos… No podía hacer más. ¡No podía hacer más de lo que estaba haciendo por sus colegas, por los espías…! Si no conseguía lo que se había propuesto, todos morirían. No podía volver para ayudarlos, sino que debía seguir adelante, y hacer lo que había pensado…, lo que sí sería en realidad ayudarlos…

Otro guardia apareció, pero ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse ante la aparición de la bellísima mujer de ojos azules que corría siempre hacia el fondo de las galerías de piedra…

¡Crack!, disparó de nuevo Brigitte. La bala dio en el centro de la angosta frente, y el hombre cayó con la cabeza parcialmente

reventada por la bala que le acertó tan implacablemente. Sólo cinco segundos más tarde, Brigitte aparecía en el último tramo de aquella zona de pasadizos, donde dos hombres estaban terminando de ensamblar el tramo de parrillas metálicas que uniría con la puerta de salida de la gran sala donde estaban las fieras, el resto del callejón de rejas que llevaba a la arena, al circo. La estupefacción de los dos hombres fue absoluta. Tanto, que Brigitte ni siquiera se molestó en disparar contra ellos.

Apuntó por encima de sus cabezas, hacia donde estaba la instalación eléctrica que permitía abrir las jaulas a distancia, o provocar aquellas chispas que enfurecían a los animales.

¡Crack, crack!, tronó la pistola en manos de Baby.

Se produjeron chispas, chasquidos, rugidos… Las rejas lanzaron sus destellos eléctricos, las puertas se abrieron simultáneamente, algunas de las fieras lanzaron rugidos pavorosos saltando en el aire, retorciéndose.

Los dos guardias se habían vuelto a mirar hacia las jaulas y al ver los resultados de aquellos disparos quedaron lívidos como cadáveres.

—¡No! —gritó uno de ellos—. ¡No, no, no…!

Dio la vuelta, y echó a correr, seguido por el otro, ambos despavoridos. Por delante de ellos, ahora en sentido inverso, corría Brigitte Montfort. Por detrás, los leones, tigres, leopardos, las dos panteras… En el mismo instante en que Brigitte se metía dentro de uno de los calabozos y cerraba la sólida puerta tras ella, a sus oídos llegaban los alaridos de los dos hombres, y el furioso rugir del grupo de fieras. Cuatro o cinco de éstas quedaron atrás, disputándose las dos presas recién cobradas, mientras las demás pasaban con atronador rugido de hambre y furia por delante de la puerta de la celda en la que se había encerrado Brigitte. Ésta sabía lo que iba a ocurrir a continuación: las fieras llegarían ante la reja que no podría ya ser alzada, retrocederían, encontrarían otro camino para salir de los subterráneos, y aparecerían en la primera planta del Coliseo, desde donde podrían pasar a las gradas, o a los otros pisos… Estaba a punto de salir cuando oyó los rugidos de las fieras que se habían quedado rezagadas, y que ahora, tras mondar ferozmente dos cuerpos humanos, corrían detrás de las demás, horrorosamente hambrientas y enfurecidas. Cerró de nuevo la

puerta, esperó un par de minutos, y volvió a asomarse. Lejos, sonaba el coro de rugidos horripilantes, que se iba disolviendo… ¿Qué ocurriría cuando las fieras apareciesen en las gradas, y viesen a los invitados de Carlomagno…?

Fuese lo que fuese lo que ocurriese, se lo habrían merecido sobradamente. En cuanto a ella, todo lo que tenía que hacer era encontrar el lugar donde Carlomagno tenía su emisora especial, controlar a los hombres que hubiese allí, y llamar a Simón-Roma y a Simón-Nápoles, dándoles instrucciones, informándoles de cómo estaba todo montado allí dentro. Aunque lo primero era llegar a las instalaciones que le permitiesen desconectar el sistema de células eléctricas que formaban la parrilla por encima del Coliseo.

Corriendo siempre a toda velocidad, llegó ante la reja sin haber visto nada que pudiese orientarla hacia el lugar donde estaba instalada la emisora y los demás controles electrónicos. ¿La había engañado Carlomagno? ¿Todo era mentira, sólo había pretendido asustarla, por si ella disponía de secretos medios de avisar a sus compañeros de la CIA que no lo hiciese por temor a que todos muriesen achicharrados?

—¡No! —gritó al llegar ante las rejas—. ¡No, no, no, no utilicéis los helicópteros, no!

En la arena yacían los pretorianos de Carlomagno, rebozados en su propia sangre, y algunos de los espías. Los demás se disponían a abordar los helicópteros, evidentemente dispuestos a intentar la fuga por el agujero del Velarium. Se volvieron hacia las rejas, llameantes los ojos, demudados los rostros…

—¡No os mováis de aquí! —continuó gritando Brigitte—. ¡Si despegáis caeréis todos muertos, hay una barrera eléctrica arriba! ¡Quedaros en la arena!

—¡Erika!

Brigitte se volvió, alzando la pistola. Se quedó apuntando a Carlomagno, que quedó lívido ante ella, desorbitados los ojos. Por un instante, el dedo de la espía se crispó en el gatillo, pero la razón se impuso a cualquier otro sentimiento, incluido el asco, el odio…

—¡Llévame a los controles! —Se acercó a Carlomagno, amenazándole con la pistola—. ¡Pronto!

—¡Es lo que he venido a hacer! ¡Estás loca, no habrías podido salir con vida de aquí si yo no hubiese venido a buscarte por el

túnel secreto! ¡Ven conmigo!

Recorrieron apenas veinte metros antes de que Carlomagno se detuviera. Parte de la pared del subterráneo aparecía hundida en un rectángulo perfecto, y Carlomagno señaló el negro hueco.

—¡No preguntes nada! ¡Entra ahí!

Brigitte obedeció. Se oían cerca rugidos de fieras, pero cuando estaban ya muy cerca Carlomagno cerró aquella puerta hecha completamente de piedras, y todos los sonidos dejaron de existir… Una luz se encendió, y pudieron verse el uno al otro. Había un estrecho tramo de escalones de piedra ascendente, y otro, algo más ancho, descendente. Carlomagno señaló este último.

—¡Por aquí!

—Tú primero —le apuntó Brigitte con la pistola.

El Emperador del Cielo y la Tierra lanzó una exclamación de ira, y se lanzó escalones abajo, seguido por la espía. Llegaron de pronto a una estancia cuyo contenido no sorprendió en absoluto a la agente Baby: había allí tres hombres, una emisora, muebles metálicos, pantallas de televisión y de sonar… En el techo zumbaba un renovador de aire.

—¿Qué ocurre? —exclamó uno de aquellos hombres, sobresaltado.

—Una pequeña emergencia —consiguió controlarse Carlomagno —. Yo voy a encargarme de todo esto. Vosotros, subid arriba, al cuarto piso. No, no, por las escaleras, no: utilizad el ascensor.

Hubo un cambio de miradas entre los tres hombres encargados de los controles. Las pantallas de televisión estaban encendidas, y se veían diversos puntos del bosque que rodeaba el Coliseo: todo en calma, todo tranquilo.

No había alteraciones en el sonar.

No había sonado ninguna alarma.

—Pero… ¿qué es lo que pasa? —insistió uno de ellos.

—Es una prueba importante. ¡Vamos, salid de aquí! ¡Tengo que controlar el tiempo que se necesita para abandonar este lugar!

Todavía hubo una vacilación entre los tres hombres, pero el propio Carlomagno fue hacia un lado de la pared, presionó en determinado punto, y un panel se abrió hacia él, dejando un hueco en el que había una cabina metálica. Los tres hombres entraron en ella, Carlomagno cerró el panel, y se volvió hacia Brigitte.

—Debería matarte —jadeó—… ¡Debería matarte!

Capítulo XVI

Brigitte Montfort frunció el ceño, y movió un poco la pistola con la que estaba apuntando al Emperador.

—Me parece que no te has dado cuenta de la situación, querido mío —dijo ásperamente—: soy yo quien podría matarte a ti.

—Eres una estúpida —gritó Carlomagno—… ¿Cuánto tiempo crees que vivirías si me matases? ¿No has comprendido que nadie podrá sobrevivir en toda la isla si no está conmigo? ¿Aún no has comprendido esto?

—¿Quieres decir… que realmente no tienes que abandonar la isla para ponerte a salvo?

—¡Claro que no! Pero sí tengo que llegar a mi refugio privado… ¡Y quiero que tú vengas conmigo! Podría estar solo meses y meses en ese lugar, pero ¿por qué estar solo si puedo tener conmigo a la única mujer que realmente me ha impresionado? Por eso he perdido tiempo en buscarte, aun a riesgo de tropezarme con los leones antes de llegar al pasadizo secreto. ¡Ven conmigo! Y no pierdas tiempo, porque dentro de poco, todo el Coliseo estallará… ¡Toda la isla de Ischia va a saltar en mil pedazos!

—Por el amor de Dios —jadeó Brigitte—… ¡Eres un criminal como no he conocido otro! ¡Tienes que impedir…!

—¡Ya no hay tiempo! Pulsé los mandos de explosión antes de introducirme en el pasadizo, y los únicos controles que hay en el Coliseo aparte de esos de arriba están en mi refugio. Es un refugio antiatómico, que tengo construido hace tiempo, por si en mis planes de enfrentar a los países europeos, la cuestión llegaba demasiado lejos y se producían agresiones atómicas antes de que por medio de Pinocho pudiese pasar a controlar todo el continente…

—¿Quién es Pinocho? ¿De qué estás hablando?

—¡NO TENEMOS TIEMPO! —aulló Carlomagno.

—No vamos a movernos de aquí hasta que contestes a mis

preguntas…, después de haber desconectado los sistemas de…

—¡Podemos hacerlo todo desde mi refugio! ¡Pongámonos a salvo, y luego discutiremos tú y yo lo que conviene hacer! ¡Deja de apuntarme con esa pistola!

Los azules ojos de la espía internacional estaban fríos como hielo, los dulces labios sonrosados parecían de piedra, duros, rígidos… Pero de todos los impulsos que podían movilizar a Brigitte Monfort, el más fuerte, el más intenso, había sido siempre el de la inteligencia, como había demostrado esperando el momento oportuno para pasar al contraataque dentro del Coliseo, ante el propio Carlomagno, sus invitados, sus pretorianos, sus guardias y fieras de los subterráneos.

Era una estupidez estropearlo todo ahora en un segundo.

—Está bien —sonrió—… Haremos lo que tú dices, querido.

Carlomagno lanzó una exclamación, corrió hacia Brigitte, pasó junto a ella, y llegó al fondo de la sala donde estaban las instalaciones electrónicas. Al apretar otro resorte, apareció un nuevo hueco, al tiempo que se encendía una luz iluminando un largo pasillo cuyas paredes parecían metálicas.

—¡Corre! —gritó Carlomagno—. ¡Corre!

Entraron los dos, él cerró aquella puerta imperceptible, y señaló hacia el fondo del pasillo. Llegaron allí, se abrió otra puerta, aparecieron unos escalones. Al final de éstos, otro corredor, luego otra puerta… El sudor resbalaba por el rostro de Brigitte, sus nervios estaban tan tensos que se sorprendía ella misma de poder soportarlo… Una puerta de un grosor inaudito se abrió ante ellos sin que apretase Carlomagno ningún resorte. Entraron los dos, se cerró la puerta silenciosamente, y Carlomagno lanzó un largo y profundo suspiro.

—Bien… ¡Ahora ya puede ocurrir cualquier cosa ahí fuera, que a nosotros no nos afectará en absoluto!

—Pero no debe ocurrir nada —murmuró Brigitte—… Tienes que impedir desde aquí todo lo que…

—¡Tonterías! —rió Carlomagno—. ¿Por qué he de detener un proceso que tanto tiempo me costó prevenir y organizar? Desde el principio, lo preparé todo contando con que en determinado momento pudiese estar en dificultades. Ese momento ha llegado…, y todos los que me han ocasionado esas dificultades lo van a pagar.

—¿Quieres decir que no piensas hacer nada por impedir que la isla de Ischia salte en pedazos?

—¡Claro que no pienso hacer nada! Tal como tú has colocado la situación, lo que me interesa es hacer creer que todos hemos muerto, y dentro de un tiempo, cuando salga de aquí, proseguir mis planes… Estás en un refugio antiatómico, nada puede ocurrimos aquí dentro, y podemos vivir en este lugar no menos de un año, pues tengo de todo para soportar ese tiempo. Ischia entera explotará… ¿y sabes qué pensarán en Europa?

—No… ¿Qué pensarán?

—Hay datos preparados para que se piense que la explosión, así como las instalaciones del Coliseo que encuentren los que dentro de unos meses se atrevan a venir a lo que quede de Ischia, ha sido todo cosa de la CIA, que tenía aquí un activísimo cuartel general, desde el que, en efecto, dirigía toda una sede de operaciones en Europa destinadas a desarticularla, a enfrentar a unos y otros para, finalmente, aparecer como la gran potencia amiga y benévola que acudía en ayuda de la pobre Europa… Mientras tanto, además, mi muñeco político irá…

—¿Te refieres a Pinocho?

—Sí —Carlomagno se dejó caer en un sillón, soltando una carcajada—… ¡Me refiero a Pinocho, en efecto, ni principal muñeco político! ¿Sabes lo que quiere decir eso de «muñeco político»?

—Supongo que sí: alguien que será manejado por ti.

—¡Exacto! Ésa es la idea… Y mientras nosotros permanecemos aquí, a la espera de que se esfumen las radiaciones atómicas de la explosión que asolará Ischia, él irá trabajando. Tengo varios muñecos políticos, pero el más importante en estos momentos, dada la relevancia que está obteniendo, es Pinocho. Sí, cuando salgamos de aquí, él lo tendrá todo muy adelantado…

—¿Y quién es Pinocho? Quiero decir, su nombre verdadero.

—¿Qué importa eso?

—Me gustaría que contestases a mis preguntas con exactitud —frunció el ceño Brigitte, moviendo la pistola—… Todavía soy yo quien manda aquí, querido mío.

—¡Tonterías! —rió Carlomagno—. No puedes ser tan rematadamente estúpida de matarme. Si lo hicieses, jamás saldrías de este refugio. Podrías vivir dos o tres años aquí dentro, quizá

más…, pero lo cierto es que jamás saldrías. Sólo yo sé cómo se sale de aquí, de modo que… dudo mucho que me mates. Yo moriría enseguida, pero tú irías muriendo lentamente, en completa soledad durante tres o cuatro años.

—Me parece que la idea no me gusta demasiado —frunció de nuevo el ceño Brigitte.

—Entonces, sólo tienes que elegir: sola con mi cadáver, o… los dos en agradable compañía.

Brigitte permanecía con el ceño fruncido. De pronto, tiró la pistola sobre otro sillón, encogió los hombros, y sonrió.

—¡Bueno! —exclamó graciosamente—. Supongo que lo mejor será que me disponga a pasar aquí una temporada… en tu agradable compañía. ¿Qué se te ocurre que podríamos hacer, en primer lugar?

—Podríamos amarnos —sugirió muy risueño Carlomagno—. Sería un modo muy personal de afrontar estos meses de vida en reclusión mientras ahí afuera todo se convierte en cenizas.

Brigitte miró alrededor.

Estaba rodeada de cuatro paredes metálicas que no ofrecían el menor resquicio. Era cono estar en una gran caja decorada como un habitáculo ultramoderno, con mobiliario funcional, libros, un lecho enorme, sillones, un sofá, un magnífico tocadiscos quadrafónico, alfombras… El confort era formidable. Pero por confortable que fuese un lugar, no se podía vivir en él sin aire. ¿Por dónde llegaba el aire?

—Estoy demasiado excitada pera hacer el amor ahora —dijo con tono de cariñosa disculpa—… Y si quieres que te sea sincera, me gustaría saber, ante todo, qué está ocurriendo ahí arriba. Pero si lo que realmente deseas en estos momentos es poseerme…, tuya soy.

—Eso es lo que deseo —asintió con voz ronca el Emperador—. Desnúdate y tiéndete sobre la alfombra.

—Sí, querido mío.

Brigitte se quitó la túnica, quedando ante Carlomagno con toda su espléndida belleza al desnudo. Siempre mirándole, sonriéndole prometedoramente, se tendió en la alfombra, donde sus tersas carnes doradas formaron un contraste con el tono azul, parecido al de sus ojos. Tendió los brazos hacia Carlomagno, que la contemplaba fijamente.

—Ven… Ven, mi bien… Puesto que quieres olvidar el mundo, vamos a olvidarlo juntos…

Carlo Magnani tragó saliva, y se puso en pie, lentamente. Estaba pálido, demudado el rostro, extraviados los ojos. Se acercó a Brigitte, se arrodilló junto a ella, y comenzó a acariciarle el vientre y los senos, muy despacio. Sus manos estaban frías como hielo.

—Ven —insistió ella—… Por favor, ven a mí ya, tómame…

El Emperador del Cielo y la Tierra parecía no oír nada. Su mirada se deslizaba siempre extraviada sobre las más bellas y dulces formas de mujer que había visto en toda su vida, sobre la más fina piel que parecía hecha de rayos de sol…

De pronto, lanzó un alarido, se puso en pie, y saltó hacia el sillón donde Brigitte había tirado la pistola. Empuñó ésta, y se volvió hacia la espía, que se había incorporado sobre los codos y lo miraba con expresión de sobresalto.

—¡Cállate! —gritó el Emperador—. ¡Cállate, maldita víbora! ¡Ya no quiero que me engañes más…! ¡Ya es suficiente! Me engañaste anoche, cuando te entregaste a mí…, como si fueses… una muñeca vacía. ¡No me diste nada, nada, nada…! ¡Era como tener en mis brazos una muñeca… una muñeca hinchable… que hubiese recibido toda la sabiduría del amor! No… Del amor, no… Sólo de los recursos sexuales… ¡Sólo eso!

—No eres justo conmigo —murmuró la espía—… ¿Acaso alguien te había hecho más feliz alguna vez?

—¡No! ¡Pero sé que todo era mentira dentro de ti! Esta mañana todavía creía que todo había sido verdad, y hasta lo creía cuando corrí en tu busca después de lo que hiciste… Pero ahora ya no… ¡Ya no! Estás… estás mintiéndome de nuevo, para engatusarme, para llevarme a ese mundo de placer que jamás antes conocí…, pero que es falso… Y entonces, cuando esté en tu poder, como anoche… querrías saberlo todo, me harías preguntas, me dominarías, querrías saber cómo puedes salir de aquí, o impedir que Ischia se convierta en cenizas con todas cuantas personas hay en ella. Querrías saber quién es Pinocho, y otros hombres que me están sirviendo… ¡Querrías saberlo todo, y entonces, lo sé, me matarías tú a mí! ¿No es así? ¡¿NO ES ASÍ?!

—Claro que no, querido… Solamente quiero…

—¡Mentira! ¡Todo mentira! ¡Y por todas tus mentiras, quiero

verte muerta…! ¡MUERTA!

¡Crack!, restalló con gran resonancia el disparo en el refugio especial de Carlomagno.

La bala partió, rebotó en la alfombra junto a Brigitte, que no se había movido. Intentar un salto era absurdo: Carlomagno estaba a más de cinco metros de distancia, y ella estaba todavía tendida sobre la alfombra. Permaneció inmóvil, sin atreverse a dejar de mirar aquellos ojos fijos en los suyos, sin querer mirar la mano masculina, cuyo temblor percibía claramente…

¡Crack!, disparó de nuevo el Emperador.

Le bala pasó ahora por encima de la cabeza de Brigitte, que no se atrevía a moverse, a hacer nada. Ni a respirar siquiera. Su única probabilidad de supervivencia estaba en su mirada, en mantener sus ojos fijos en los de Carlomagno, cuya mano temblaba más y más a cada instante.

Y de pronto, Brigitte Montfort se echó a reír.

—¡Me amas! —exclamó—. ¡Oh, pobre tonto, me amas, me amas locamente, me amas más que a ti mismo, en una sola noche he conseguido apoderarme de la voluntad del Emperador del Cielo y la Tierra…! ¡Estás disparando contra mí, pero no quieres matarme…, no PUEDES matarme! ¡No podrás matarme nunca! ¿O crees que sí? ¡Vamos, demuéstralo! ¡Dispara! Aquí tienes mi pecho… Mira mi seno izquierdo, acércate más, dispara contra él… ¡Vamos, dispara! ¿O prefieres hacerlo contra mi vientre? ¿O contra mi rostro? ¿Podrías disparar contra mis ojos? ¿Podrías herirme en la boca, en mi frente que adoras…? ¡Dispara!

La reacción de Carlomagno fue del todo inesperada para la espía internacional. Lo que ella esperaba era una reacción violenta, un acercamiento de él, aunque fuese para realizar el esfuerzo de matarla, y entonces saltar contra Carlomagno, intentar algo…

Pero, los disparos verbales de la divina espía habían hecho blanco mucho más certeramente de lo que ella misma esperaba: Carlomagno lanzó un chillido, se metió la punta de la pistola en la boca, y apretó el gatillo.

¡Crack!, resonó el disparo que reventó por la coronilla la cabeza del Emperador. El cuerpo de éste cayó hacia atrás, lanzando un horrendo chorro de sangre alrededor.

Y frente a Carlomagno, petrificada por el espanto y la sorpresa,

Brigitte Montfort estuvo inmóvil, incapaz de reaccionar, durante cuatro o cinco segundos. De pronto, se puso en pie de un salto, y corrió junto al cadáver del Emperador del Cielo y la Tierra.

—¡No! —gritó—. ¡No, no, no…! ¡Tienes que decirme cómo detener esa masacre, tienes que decirme cómo salir de aquí…!

Se quedó mirando los saltones ojos inyectados en sangre de Carlo Magnani, la crispada boca, el horrible boquete, las manchas de sangre.

—Tienes… tienes que decirme cómo salir de aquí, no puedes morirte ahora, tienes que decírmelo… ¡Tienes que decírmelo!

La voz de la espía internacional se rompió en un sollozo. Pero casi inmediatamente, se puso en pie, y miró con expresión desorbitada alrededor.

¿Por dónde llegaba el aire? Era imposible vivir allí meses e incluso años sin aire. ¿Por dónde llegaba el aire? ¿Por dónde, por dónde, por dónde…?

Recogió la pistola del suelo, y comenzó a golpear la pared. El sonido era desesperantemente macizo, sólido, denso. Toc-toc-toc-toc-toc-toc-toc-toc-toc… Ni siquiera veía dónde estaba exactamente la puerta por la que habían entrado. Sabía por dónde estaba, pero no dónde exactamente. De pronto, se volvió a mirar la librería, llena de libros, y algunos jarrones de adorno. ¿Y detrás de la librería? ¿Y detrás del tocadiscos, o de la cama, o de…?

No… No, no, no… Carlomagno se había suicidado en aras de un extraño amor-odio que le impedía prescindir de ella y le impedía complacerla, pues sabía que eso sería su perdición, su derrota. Y se había matado sabiendo que ella también moriría, que se quedaría allí con él, quizá por muchos, muchos años… ¿Cómo podía estar tan seguro Carlomagno de que ella, una espía internacional de altísimos vuelos, una gran veterana, no iba a encontrar el modo de salir de allí? ¿Cómo podía estar *seguro*?

Regresó junto al cadáver, se quedó mirándolo, y tras breve vacilación, se decidió. Introdujo en la boca de Carlomagno la punta de la pistola, y la abrió, sin ningún esfuerzo, pues el cadáver todavía estaba caliente y blando. En la parte izquierda del maxilar superior vio la muela postiza, de oro.

—No puede ser —se dijo a sí misma, angustiada—… No puede ser así…

No obstante, colocó el cañón de la pistola bajo esa muela de oro, y entonces cerró las mandíbulas de Carlomagno, de modo que la dentadura del maxilar inferior apretase el cañón de la pistola contra la muela de oro; igual que si Carlomagno hubiese apretado la boca con fuerza…

Detrás de *Baby* Montfort se oyó un suavísimo chasquido, y la puerta se abrió, dejando visible el pasillo metálico; el primero de ellos. Con una exclamación de alegría, Brigitte corrió hacia la puerta, se detuvo en seco al llegar a ésta, regresó para recoger la túnica, que se puso sobre la marcha, y continuó corriendo por aquellos pasillos, hasta que llegó al cuarto de los controles electrónicos, jadeando, perlada su frente de sudor.

Se quedó mirando el conjunto de aparatos con expresión desorbitada.

—Cálmate —se dijo en voz alta—… Tienes que calmarte…

Se sentó ante el conjunto de pantallas de televisión, y comenzó a manipular en los mandos, pues no le interesaba el bosque, sino el interior del Coliseo… El espectáculo que vio la hizo cerrar los ojos. En las diversas pantallas se veían leones y tigres deambulando de un lado a otro, o devorando personas, o caídos muertos, acribillados a balazos… Al único lugar donde las fieras no habían llegado, paradójicamente, era a la arena, donde se veía a los catorce hombres harapientos o desnudos y algunos centuriones, éstos caídos, así como cuatro hombres de los que habían estado prisioneros de Carlomagno. Los demás, armados, miraban a todos lados, todavía indecisos, pero mirando con frecuencia hacia los helicópteros… En una de las pantallas apareció el aposento de Karl Bauer, donde dos leones se habían repartido la pitanza representada por el austriaco. Por la amplia galería interior, que se veía desde dos puntos distintos, se veían pedazos de cuerpos femeninos…

—Dios mío…

En las demás pantallas, las que controlaban el bosque que rodeaba el Coliseo, no se veía nada. Simplemente, pinos. Al parecer, la guardia del exterior no se había enterado de nada, o quizás habían abandonado sus puestos, para huir… Pero no irían muy lejos, mientras permaneciesen en la isla estaban en peligro de muerte, como todos los agentes y colaboradores de la CIA, las miles de personas que residían en Ischia o estaban de visita, tomando

apaciblemente baños termales, o el sol, descansando…

La atención de Brigitte se desvió hacia la emisora. Podía recurrir a ésta, intentando sintonizar con los Simones, para advertirles del peligro que estaban corriendo todos ellos y todas las personas que hubiese en la isla. Pero… ¿tendría tiempo de advertirles, tendrían ellos tiempo de hacer algo, podrían hacer algo…?

De pronto, en los paneles vio el pequeño dispositivo para luces de emergencia… «Emergency Light». Las palabras, en el idioma que mejor conocía, estaban allí escritas, en letras grandes, que aún se lo parecieron más a ella. «Emergency Light»… Eso significaba que si todo el Coliseo se quedaba sin energía procedente del exterior, podían conseguir luz allí dentro, aunque fuese sólo para salir del paso, para afrontar la emergencia. Una emergencia que significaría que en todo el Coliseo no habría energía eléctrica normal, la que abastecía todos los servicios normalmente… Lo que significaría, a su vez, que todo dejaría de funcionar allí abajo si ella desconectaba la energía normal.

Todo dejaría de funcionar.

Todo dejaría de funcionar.

Todo dejaría de…

La cabeza de Baby giró a derecha e izquierda. Su rostro estaba crispado, bañado en sudor de angustia, sus ojos aparecían desorbitados, la boca crispada… Vio el tablero de mandos, fue hacia él, y alzó una mano hacia las palancas… Si bajaba aquellas palancas, todo dejaría de funcionar, incluso los mecanismos que llevarían los impulsos eléctricos a los dispositivos que harían estallar la carga atómica que Carlomagno había asegurado existía en algún lugar…

¿Cuánto tiempo tenía?

Sudando como nunca en su vida, Brigitte Montfort fue a sentarse frente a la emisora, y comenzó a mover el dial, cuidadosamente, en busca de la onda de la CIA en aquella parte de Europa… Las gotas de sudor cayeron sobre la consola, los dedos le resbalaban sobre el dial, notaba tensos todos los nervios, los músculos del cuello…

—¿Sí?

La espía se estremeció.

—¡Simón! —gritó—. ¡¿Es usted, Simón?!

—Simón-Roma, sí. ¿Está bien?

—Dios mío… Simón, escúcheme atentamente… ¡Por favor, no me haga repetir nada, no tengo tiempo…, no tenemos tiempo! Tienen que entrar en el Coliseo, pero por arriba… Verán extendido el toldo, de modo que tendrán que rasgarlo antes de poder bajar a la arena. Traigan cargas de gas, o armas poderosas, pues las fieras están sueltas. Sobre todo, no crucen el bosque, hay varios hombres de Carlomagno por allí, que atacaremos luego, partiendo del interior del Coliseo, también con gases… Utilicen todos los efectivos, pero con la mayor discreción posible. Luego, partiendo de los subterráneos, busquen una entrada a más galerías subterráneas, donde me hallo ahora. Está a unos veinte metros de la reja de hierro que separa el corredor grande de la arena, a la izquierda yendo hacia el fondo: debe de haber algún resorte… Encontrarán unos cuantos hombres en la arena: son agentes de varios servicios secretos europeos, atiéndanlos. Simón: ¿me ha entendido?

—Sí. Quería preguntarle…

—¡No! ¡Ya no puedo esperar más! ¡Adiós!

Ni se molestó en cortar la comunicación. Corrió hacia las palancas, las bajó rápidamente…, y al instante quedó sumida en la más completa oscuridad, el silencio fue el más denso y terrible que había conocido en su vida.

Durante unos segundos, quedó inmóvil. Luego, caminó a tientas hasta los paneles, localizó palpando el dispositivo de luz de emergencia, y apretó el botón. Apareció una difusa luz roja…, y eso fue todo. Hasta casi cuatro horas más tarde, no comenzó a oír las lejanas voces, que se fueron acercando.

Finalmente, aparecieron unos haces de luz penetrando en el sótano de control.

—¡Baby! —Sonaban ahora fuertemente las voces—. ¡BABY!

La espía internacional se puso en pie, y se acercó… a aquel amarillento resplandor.

—¡Aquí! —respondió a la llamada—. ¡Aquí, Simón!

* * *

—De modo que Bauer murió —murmuró John Pearson.

La rubia que estaba sentada en una silla junto a él, en el cuarto de la clínica, asintió con un gesto. John Pearson puso gesto de

resignación, y se quedó mirando fijamente el techo, como si allí estuviese el secreto de todo, de la Vida…

—¿Cuándo sales de aquí, John? —murmuró la rubia.

—Dentro de unos días. Cuatro o cinco todavía… Pero ya estoy bien.

—Eso se nota —sonrió ella—… Tienes muy buen aspecto.

—A todos nos sienta bien descansar unos días —intentó bromear Fantasma—… ¿Las autoridades italianas aceptaron las explicaciones de la CIA?

—No recurrimos exactamente a las autoridades italianas, sino al SID. Por supuesto que aceptaron todas las explicaciones. Y no pudieron ya dudar en absoluto cuando entre todos localizamos la carga atómica. Había, además, ramificaciones de explosivos por impulsos eléctricos que habrían hecho explotar más cargas, éstas convencionales, en distintos puntos de la isla. Y encontramos también, detrás de uno de los paneles de la librería del refugio de Carlomagno, una salida a una larga gruta en la que había rieles, y sobre ellos una pequeña lancha… Yo la utilicé, me puse al volante de ella, la dejamos deslizar…, y fui a caer directamente al mar desde un agujero en unas rocas al que nadie, nunca, había hecho caso.

—Es decir, que Carlo Magnani lo tenía previsto TODO.

—Sí.

—Menos enfrentarse a Baby, claro está —sonrió el convaleciente herido.

—Menos eso —sonrió también Brigitte Montfort, disfrazada de Lili Connors, rubia, ojos verdes.

Pearson quedó de nuevo silencioso unos segundos, hasta que por fin logró reaccionar.

—Sin embargo —musitó—, no todo ha quedado resuelto, me refiero a los muñecos políticos de Carlomagno. Ellos todavía están libres, y quizá más adelante vuelvan a intentar algo.

—No harán nada sin la dirección y el apoyo del Emperador del Cielo y de la Tierra. Además, cuando vean que cae el principal de ellos, si es que saben que forma parte del grupo, olvidarán todo este asunto y se darán por muy satisfechos por haber salido tan bien librados.

—¿El principal…? ¿Te refieres a Pinocho?

—Claro.

—Nunca sabremos quién es, Brigitte.

La divina espía miró su relojito de pulsera, y sonrió. Encendió dos cigarrillos, y tendió uno a Pearson, que se quedó mirándola con expresión incrédula.

—¿O sí lo sabemos? —exclamó.

—John… Como uno de los más importantes jefes del MI6, ¿podrías detener a cualquiera que hubiese estado cometiendo traición en vuestros sistemas políticos? Por ejemplo, al hombre que hubiese informado de la existencia de Karl Bauer, cuándo, cómo y por dónde llegaba, cuándo sería sacado de Whitehall para ser trasladado a un lugar más discreto y aislado… Al hombre que estaba dispuesto a ser el primer y principal muñeco político de Carlomagno, al que éste llamaba Pinocho… ¿Podrías detenerlo?

—Sin la menor duda. ¿Por qué?

—Dentro de un par de minutos, si es puntual, entrará por esa puerta. Me permití citarlo aquí por teléfono… utilizando a uno de mis Simones, que dijo ser uno de tus hombres, y que tú necesitabas verle aquí con la máxima urgencia.

—Dios… ¡Has conseguido eso, también!

—En realidad… no estoy muy segura. Todo dependerá de la reacción del hombre que va a venir. Un hombre actualmente de gran relevancia en Europa, por su actitud decidida, su antagonismo claro hacia Estados Unidos, su talla de líder, sus hábiles propuestas ya iniciadas para que Europa se convierta en los United States of Europa, los U. S. E…

—No —jadeó Pearson—… Eso no puede ser… ¡Estás equivocada esta vez, no puede ser…!

—Ya te digo que no estoy segura, que depende de su reacción. Si me equivoco, no pasará nada, todo quedará como una broma. Pero si acierto, el hombre es todo tuyo, John. En lo que a mí respecta, y aunque me gustaría quedarme unos cuantos días contigo, no puedo hacerlo. Debo regresar a casa, para atender un asunto que me tiene preparado tío Charlie. Y además, quisiera estar allí cuando lleguen las cartas de agradecimiento procedentes de los servicios secretos a los que he devuelto unos cuantos hombres… que pronto estarán bien.

—¿Realmente crees que la CIA recibirá esas cartas?

—Debería recibirlas —sonrió Lili Connors—. Pero en realidad, no importa. Yo me consideré pagada cuando vi cómo me miraban aquellos colegas supervivientes… Eso fue suficiente para mí. Lo demás, es todo… hojarasca. Bueno, me parece que tu presa no es demasiado puntual. Claro que hay gente que no concede importancia a unos minutos más o menos.

—Estás equivocada… Tienes que estarlo, Brigitte.

La rubia fue a replicar, pero en eso momento se abrió la puerta de la habitación, y entró John Charles Wellington, el Primer Ministro británico, sonriente, cordial.

John Pearson palideció, y Lili Connors se quedó mirando impasible a Wellington, que hizo un gesto de sorpresa al verla…

Un gesto un tanto tenso, que sólo Baby captó.

—Buenas tardes —saludó—. Me alegro de verla, señorita…

—Gracias. Es usted muy amable, Pinocho —murmuró Baby.

John Charles Wellington quedó lívido como un cadáver, su rostro se desencajó; por un instante, incluso pareció que fuese a caer desmayado al suelo, y posiblemente esto no ocurrió porque se agarró al respaldo de la cama de Pearson, que le contemplaba casi tan pálido como él, horrorizado ante aquella revelación fruto del disparo verbal de la espía más peligrosa del mundo.

Ésta se puso en pie, se inclinó para besar los fríos labios del espía británico, y murmuró:

—Me voy ya… Hasta siempre, Fantasma.

Este es el final

—¡Siempre consigue lo que quiere! —vociferó Minello—. ¡Si ella dice que les va a regalar doscientos cincuenta mil dólares, pues eso, les regala doscientos cincuenta mil dólares! ¡A mí, una vez, me regaló una docena de corbatas de seda!

Mistress Rutheford oía a Frank Minello, pero en realidad, no le escuchaba.

No podía atender las palabras de Frankie, porque sus ojos, toda su atención, estaban fijos en aquel cheque por doscientos cincuenta mil dólares que la señorita Montfort acababa de entregarle. Y tan atónita y al borde del desmayo estaba *Mistress* Rutheford como las dos damas que la acompañaban.

—Dios mío —pudo balbucear por fin *Mistress* Rutheford—… ¡Doscientos cincuenta mil dólares! Un cheque por…

—Contra un banco de Suiza —cortó la divina—. Como ve, *Mistress* Rutheford, mi viaje por Europa ha dado resultado positivo. Algunos amigos aceptaron colaborar, y abrieron una cuenta en la que fueron haciendo depósitos hasta reunir la cantidad necesaria para el gimnasio.

—Debe… debe de tener usted… muy buenos amigos…

—No puedo quejarme —sonrió la bellísima señorita Montfort, cuya belleza resplandecía más que mil soles—… Incluso conseguí que colaborase un emperador.

—¡Oh! —exclamaron las tres damas a la vez—. ¡Un emperador!

—Sí… Un hombre riquísimo, que disponía de tres helicópteros, por ejemplo. Los vendimos, y entre eso y otras pequeñas cosillas, conseguimos la cifra. ¿Tomarían té, *Mistress* Rutheford?

—Con mucho gust… ¡No! No, no… ¡Gracias, pero nos vamos inmediatamente a ingresar este cheque, y a visitar al arquitecto que…! Y tendremos que pedirle al alcalde de Nueva York que…

—Si tienen algo que pedirle al alcalde, recurran a Brigitte —dijo

Frankie—: ese hombrecillo hará lo que ella le pida.

—¡¿De veras?! —exclamó *Mistress* Rutheford.

—Frankie exagera un poco —sonrió *Miss* Montfort—, pero lo cierto es que tengo algunos amigos en el ayuntamiento, en efecto.

—¡Zambomba, y en la Casa Blanca! —aulló Minello—. Bueno… ¡ya me veo de instructor de gimnasia! Por cierto: ¿ustedes también serán alumnas mías?

Las tres damas se quedaron mirando atónitas y aterradas a Frankie, que sonrió como un niño travieso, y guiñó un ojo a Brigitte. Cuando ésta soltó la carcajada, las tres damas pensaron que no podía haber criatura más deliciosa ni en el Cielo ni en la Tierra…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Detector de maldad*. <<

[2] Véase la aventura titulada *El enlace*. < <

[3] Nadie, en italiano. <<